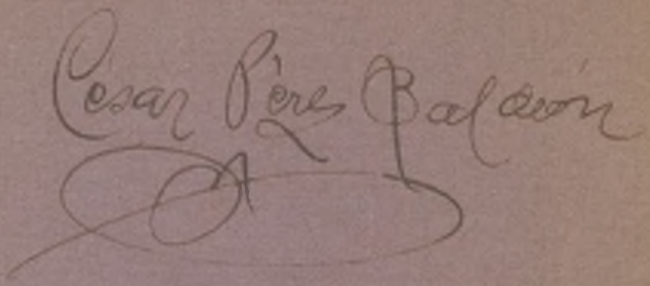
Félix G. Olmedo, S.I.

¡VIVA ESPAÑA!

F. G. Olmedo, S. I.

¡Viva España!



21/2065

¡VIVA ESPAÑA!

ES PROPIEDAD

Voluntad, Serrano, 48.-Madrid.—3.015

R. 94263

César P. Baldón

¡VIVA ESPAÑA!

POR

FÉLIX G. OLMEDO

S. J.

Dibujos de F. Marco

César

RAZON Y FE
PLAZA DE SANTO DOMINGO, 14
Madrid, 1924

Imprimi potest:
Joannes Cañete, S. J.,
Praep. Prov. Toletan.

Nihil obstat:
E. Ugarte de Ercilla, S. J.,
Cens. eccles.

Imprimatur:
† *Leopoldus,*
Episc. Matriten.-Complut.

A S. A. R.

EL SERMO. SEÑOR PRINCIPE DE ASTURIAS,

A SUS AUGUSTOS HERMANOS Y A TODOS

LOS NIÑOS ESPAÑOLES

Mi padre fué un soldado de Primo de Rivera;
mi abuelo, un voluntario de O'Donnell y de Prim,
y yo, a los nueve años, asalté una trinchera
que defendía un moro más malo que Abd-el-Krim.

Se llamaba *el Conejo*, pero no era cobarde,
y sabía más cuentas y más nidos que yo,
y corría más, pero... pensó que aquella tarde
vendría con él Pepe, y Pepe no llegó.

Y le vencí. Los suyos huyeron. El no huía;
aun quiso defenderse, pero cayó a mis pies,
rugiendo de coraje, lo mismo que en Pavía
cayó ante Juan de Urbieta el joven rey francés.

Le puse sobre el pecho la punta de una caña
que me había servido de sable y de bridón,

diciéndole: «¿Te rindes? Yo soy el rey de España?»
«Sí», dijo; y por su rostro rodaba un lagrimón.

Siguiendo los consejos de algunos más prudentes,
le até con un tirante las dos manos atrás,
y, como le apretaba, apretaba él los dientes,
diciendo por lo bajo: «¡Ya me las pagarás!»

Volvieron los vencidos, y moros y cristianos
nos pusimos en marcha al toque de un clarín.
(Haciendo ante la boca un tubo con las manos
se oye un clarín, diciendo con fuerza: *tararín.*)

Al son de los clarines y al son de los tambores
(los tambores se imitan, diciendo: *rataplán*)
entramos en el pueblo, como los triunfadores
romanos. Yo montaba un soberbio alazán.

Al llegar a la escuela, soltamos el cautivo
dando vivas a España y a su rey, que era yo.

.....

Yo, que ya no soy niño, ni rey, cuando esto escribo,
no os seguiré contando lo que después pasó.

Vuelvo a empuñar mi sable o mi cetro de caña,
que ahora es una pluma (cetro o sable también),
escribo en la portada de un libro: ¡VIVA ESPAÑA!,
y os lo ofrezco a vosotros. ¿Y a quién mejor? ¿A quién?

Félix G. Olmedo, S. J.

Madrid, 28-X-1923.

LIBRO PRIMERO

LA TIERRA ESPAÑOLA

I

EL AMOR A LA PATRIA ES SANTO. — ESPAÑA ES NUESTRA PATRIA. — AMEMOS A ESPAÑA, A TODA ESPAÑA; AMÉMOSLA COMO ES

LOS DOS GUZMANES

MUY bien, Gonzalo, muy bien! —dijo don Félix cerrando la *Gramática*.

—Falta el ejemplo—añadió el niño con viveza.

—A ver...

Gonzalo recapacitó un poco y continuó:

—«Esforzóse el valeroso Guzmán, trayendo a la memoria el apellido de *Bravo*, y, como si le mirara España en figura de dama desde alguna reja, tan fieras cuchilladas tiró a entrambos (moros), que, habiéndose adargado mal el mancebo Mahamed, le abrió toda la cabeza hasta los hombros, y, como al golpe de la segur del labrador cae en la sierra de Cuenca el alto pino, extendiendo los brazos, midió la tierra.» (Lope de Vega, *Guzmán el Bravo*.)

—¡Muy bien, pero muy, muy bien!—exclamó entusiasmado don Félix—.¿Te gusta ese ejemplo?

—Mucho—contestó el niño—. Y diga usted añadió—: ¿ese Guzmán es el que no quería entregar a los moros la ciudad de Tarifa y les tiró un cuchillo para que mataran a su hijo?

—No, hombre—dijo riéndose don Félix—. Aquél era Guzmán *el Bueno*, y éste es Guzmán *el Bravo*.

—Y éste—preguntó el niño—, ¿mató también al otro moro?

—¿Cómo al otro?

—Sí, porque el ejemplo dice que eran dos.

Don Félix no había reparado en esta circunstancia y, mientras abría el libro para ver lo que Gonzalo preguntaba, decía, como si lo viese:

—Sí, hijo, sí; también al otro lo mató. Y fíjate en esto que añade: que para cobrar nuevos bríos, pues el pobre debía estar ya cansado de tanto matar moros, trajo a la memoria su apellido de *Bravo* y se imaginó que España, en figura de dama, le estaba mirando desde una reja, lo cual era para enardecer a cualquiera que tuviese una gota de sangre española, cuanto más a un caballero noble y tan cabal y tan bravo como éste.

—Pero España—objetó el niño—no le miraba de verdad.

«... y como si le mirara España en figura de dama desde alguna reja...»

(Guzmán aparece en el dibujo en traje de moro, como lo finge Lope.)

—¿Cómo que no?—replicó don Félix—. España le miraba y le sigue mirando por los ojos de todos los españoles, a los cuales recuerda de continuo los hechos gloriosos de sus antepasados para que los imiten y sean como ellos o mejores. Porque España, entiéndelo bien, no es solamente este territorio que aparece representado en los mapas—y al decir esto señalaba uno que había colgado en la pared—. *España somos nosotros*, tú y yo, y todos los que hemos tenido la dicha de nacer en ella; es nuestra familia, pero no aislada, sino unida a otras familias, con las cuales ha formado un pueblo; y ese pueblo, que es el nuestro, está unido, a su vez, a otros pueblos de la misma región, con los cuales formó al principio un pequeño estado independiente, cuyos límites se extendían o estrechaban, según los tiempos y el resultado de las guerras que sostenía el nuestro con otros Estados o tribus comarcanas. Pero llegó un día—tenía que llegar—en que la presencia de un terrible invasor, al cual no podían hacer frente, uno por uno, estos pequeños Estados, les hizo conocer su impotencia y la necesidad que tenían de unirse para rechazar al común enemigo. Y de esta unión, que iban haciendo cada día más estrecha los lazos de la religión y de la sangre, el odio al invasor, la convivencia en las campañas,

los triunfos comunes y las comunes derrotas, brotó finalmente la unión definitiva de todos los Estados peninsulares en uno solo, que se llamó ESPAÑA.

HORA entenderás bien por qué se llama santo el amor a la Patria.

«Amarás a tus padres», nos dice Dios; y nosotros los amamos. Pero nuestros padres no son dos seres aislados, como dos fieras de un bosque; son dos miembros de una familia cuya sangre ha llegado hasta nosotros por una larga serie de generaciones. Y esa familia, que es la nuestra, está unida a otras familias que han ocupado el mismo territorio, han profesado la misma religión, han tenido los mismos ideales, las mismas leyes, la misma cultura, los mismos destinos históricos que la nuestra; y han ido elaborando a través de los siglos las ideas, los sentimientos, las aspiraciones, que son como la sangre de nuestro espíritu. De este modo, aquel amor, que en un principio parecía destinado únicamente para nuestros padres, pasa luego a los padres de nuestros padres y se extiende a la familia, al pueblo natal, a la región, a la Patria.

Imagínate ahora un español cualquiera, un castellano, por ejemplo, cuyo amor patrio no traspasa los límites de su provincia, y sustituye la línea de puntos, que la separan de las demás, por otra de cruces o de rayas, como las que señalan en los mapas los límites entre dos naciones. Ese tal, no sólo no sería buen español, pero ni siquiera buen cristiano, pues quebrantaría a sabiendas el precepto que manda honrar a los padres, por los cuales no son entendidos solamente los naturales, sino todos aquellos que tienen alguna autoridad en toda la nación, autoridad que él no estaría dispuesto a reconocer y acatar mientras no se despojase de sus ideas separatistas.

De manera que, si somos lo que debemos,

TENEMOS QUE AMAR A ESPAÑA,
A TODA ESPAÑA,

sin exceptuar un solo pueblo; y tenemos que amarla como es, no como la pintan ahora ciertos *chauvinistas* y patrioteros, que se dicen muy españoles y son los mayores enemigos de España, pues reniegan de su fe y de sus glorias religiosas, sin las cuales España no es España. A España hay que amarla como es, porque es

nuestra Patria; y la Patria, lo mismo que la propia madre, ninguno la elige a su capricho; acepta la que Dios le da. Pobre o rica, hermosa o fea, joven o anciana, mi madre es mi madre, y por eso la prefiero a todas las mujeres. Pobre o rica, grande o pequeña, feliz o desgraciada, tributaria de Roma o reina de dos mundos, España es mi Patria, y por eso la antepongo a todas las naciones.

No quiere decir esto que hayamos de amar todo lo que hay en España, bueno o malo. No: lo malo, si se conoce como malo, se odia y se detesta y, si es posible, se destruye; pero no se ama nunca; no se puede amar. Reconozcamos que hay males en España—¿y dónde no los hay?—; pero, en vez de sacarlos a la pública vergüenza, que esto jamás lo hace un buen hijo, procuremos remediarlos. Lo bueno, sí; lo bueno debemos amarlo en todas partes; pero más en nuestra Patria, porque nos toca más de cerca y lo podemos llamar nuestro. Como nuestro debemos mirar todo lo bueno que hay en España, y procurar que se conserve y vaya adelante.

BRAVO, bravo!—dijo, penetrando en la habitación, un señor como de unos cincuenta años, de noble aspecto y finos modales.

Don Félix se puso en pie para saludarlo; pero don Gaspar, que así se llamaba el recién llegado, añadió, estrechando la mano del maestro:

—Iba a entrar hace un momento para ver cómo daba la lección mi sobrino; pero, al llegar a la puerta, oí la voz de usted y, como era tan hermoso lo que decía, no me atreví a interrumpir su explicación. No sé lo que habrá sacado de ella mi sobrino. Yo la he oído con verdadero entusiasmo, y le aseguro a usted que, de todos los discursos patrióticos que he oído, ninguno me ha gustado tanto como éste.

—¡Qué cosas tiene este don Gaspar!—dijo don Félix poniéndose algo colorado—. ¡Cuántos discursos habrá oído y pronunciado usted mismo mucho mejores!

—No lo crea usted—replicó vivamente don Gaspar. Y notando la turbación del maestro, añadió en tono festivo—: ¿Cree usted, don Félix, que sabría dar cuenta Gonzalo de lo que usted ha dicho?

—Creo que sí—respondió don Félix—, por-

que, aunque la materia es algo difícil, no es ésta la primera vez que la oye.

Y, dirigiéndose al niño, añadió:

—Dime, Gonzalo: ¿tú qué eres?

—Español—contestó el niño sin vacilar.

—Y eso, ¿qué quiere decir?

—Quiere decir que mi Patria es España.

—Pero España—continuó el maestro, recalcando mucho las palabras—, ¿es solamente el territorio que aparece representado en los mapas?

—No, señor; no es solamente el territorio; somos también nosotros, todos los que hemos nacido y nos hemos criado en él.

—¿También los portugueses?—preguntó don Gaspar.

—No, los portugueses, no—respondió el niño.

—Ahora, no; pero antes sí lo fueron—dijo don Gaspar.

Y don Félix añadió con aire de tristeza:

—¡Cosas que Dios permite para castigo de nuestros pecados! Si hay dos pueblos llamados a formar uno solo, y a vivir siempre unidos, son España y Portugal, porque, como muy bien dijo su tocayo y paisano, don Gaspar Núñez de Arce:

> Hermanos son el español y el luso:
> un mismo origen su destino enlaza,
> y Dios la misma cuna les dispuso.
> .....

Juntos pueblan los términos de España,
y parten ambos con igual derecho
el mar, el río, el llano y la montaña.
Cuando algún invasor, hallando estrecho
el mundo a su ambición, con ellos cierra,
la misma espada los traspasa el pecho.
El mismo hogar defienden en la guerra;
el mismo sentimiento los inspira:
cúbrelos, al morir, la misma tierra,
y tan unidos la razón los mira
como los fuertes dedos de una mano,
y las cuerdas vibrantes de una lira.
.....
Juntos mostraron su indomable brío
en lid reñida, infatigable y fiera,
contra un poder despótico y sombrío.
Y juntos alzarán, cuando Dios quiera
poner fin a su mutua desventura,
una patria, una ley y una bandera.

Hizo una pequeña pausa don Félix, y luego continuó, dirigiéndose a Gonzalo:

—Dices que España no es solamente el territorio material que aparece representado con ese nombre en los mapas; que España somos principalmente nosotros, todos los que hemos nacido en ese territorio y nos llamamos españoles. Ahora pregunto: ¿España es eso sólo?

—No, señor—respondió al punto Gonzalo.

—Pues ¿qué falta todavía?

—Falta lo principal, lo que hace que todos

los españoles sean unos y formen una sola nación y no varias.

—Y eso, ¿qué es?

—Una cosa así como el alma que une todos nuestros miembros y está en todos ellos dándoles vida y movimiento, o como la sangre que une todos los individuos de una familia.

—Pero eso, al fin y al cabo, ¿qué es?

—Las ideas, los sentimientos, las virtudes, la cultura, la historia, las leyes y las instituciones; todo lo que los españoles hemos recibido de nuestros mayores y es como el espíritu y la sangre que España nos comunica, al darnos el ser de españoles, y por eso llamamos a España nuestra madre Patria.

—¡Admirable, admirable!—dijo al oir esto don Gaspar.

Y don Félix prosiguió:

—Dime, Gonzalo: ¿Por qué se llama santo el amor a la Patria?

—Porque es cosa de Dios—contestó el niño.

—¿Cómo que es cosa de Dios?

—Sí, porque Dios manda que amemos a nuestros padres.

—¿Y nuestros padres son la Patria?

—Sí, señor, porque por padres no se entienden solamente los naturales, sino todos aquellos de los cuales se ha valido Dios para comuni-

carnos todo lo bueno y santo que hay en nosotros, y representan de alguna manera a Dios, que es el Padre común de todos.

—Según eso, serán también nuestros padres el rey, los prelados, los gobernadores civiles y militares, los jueces, los alcaldes y todos los que tienen alguna autoridad sobre nosotros.

—Sí, señor, y como a tales les debemos amor, respeto y obediencia.

—¿Y hemos de amar a toda España o sólo alguna parte de ella?

—A toda, sin exceptuar un solo pueblo.

—¿Y hemos de amarla como es o como quisiéramos que fuese?

—Como es.

—¿Por qué?

—Porque la Patria ninguno la elige a su capricho; acepta la que Dios le da.

—Bien. Pero en España hay cosas malas.

—Procuremos que no las haya o que no haya tantas; pero no las saquemos a la pública vergüenza, que eso nunca lo hace un buen hijo.

En este momento apareció en la puerta de la habitación doña Carmen, y dijo:

—La hora.

Don Gaspar, que estaba de espaldas a la puerta, se volvió para preguntar qué hora era aquélla; pero don Félix se lo explicó, diciendo:

—Es el bedel, que nos avisa que ha terminado la clase.

Don Gaspar se quedó, como dicen, viendo visiones.

—¡Esto es admirable!—repetía. Y volviéndose de nuevo a la puerta y levantando la voz, dijo—: Carmen, entra.

—Voy en seguida—contestó desde fuera doña Carmen. Luego se oyó que decía a una de las criadas—: Dile a Teresa que avise cuando esté el chocolate y que mande traer caramelos rusos para el niño.

Y entró. Gonzalo se frotaba las manos de gusto. Su mamá oía sus lecciones desde el mirador, y cuando las sabía sin falta mandaba que le pusieran caramelos rusos en la merienda.

—Veo, Carmen—dijo don Gaspar a su cuñada—que entre tú y don Félix habéis planteado y resuelto divinamente aquí, en Ríoseco, el problema de la reforma de enseñanza. Siento que no hayas estado aquí para que oyeras lo que nos ha dicho este pequeño Salomón.

—Lo he oído—dijo doña Carmen—. Desde el mirador se oye todo. ¿Por qué crees tú que he mandado que le traigan caramelos rusos?

—¡Ahora me explico!—exclamó don Gaspar.—¿De modo que los caramelos...?

—Son el premio—añadió doña Carmen.

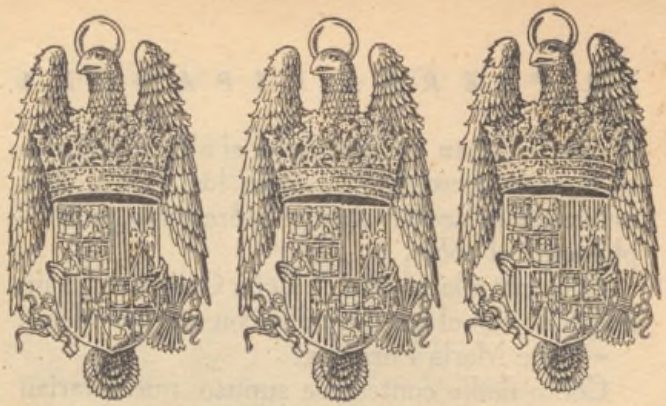
—Pero, hija—observó don Gaspar—, ese es un premio extranjero. Ya podías darle otro más español.

—El más español que hay—dijo doña Carmen. Y, acercándose a su hijo, le dió un beso y un abrazo, diciendo—: Dios te bendiga, hijo mío.

Avisaron que ya estaba a punto el chocolate; y, sin esperar segundo aviso, se dirigieron todos al comedor. Gonzalo iba muy contento.

II

AMEMOS A ESPAÑA COMO LA AMARON NUESTROS PADRES; COMO LA AMÓ DIOS. — EL DÍA QUE NACIÓ ESPAÑA LE REGALÓ DIOS UN NUEVO MUNDO QUE TENÍA GUARDADO PARA ELLA



EL POBRE

DURANTE la merienda, llegó a pedir limosna un pobre anciano de aspecto venerable. Su frente, surcada de arrugas y coronada de canas, parecía un cofre antiguo, apolillado y polvoriento; pero guardaba tesoros de experiencia. Sus ojos, hundidos y casi ocultos bajo unas cejas espesísimas, parecían dos manantiales secos; pero habían derramado muchas lágrimas. Sus labios, secos también y muy cerrados, parecían la cicatriz de una profunda herida; pero sobre ellos florecían dulces sonrisas de gratitud y de resignación cristiana. Casi todo el día lo pasaba rezando en las iglesias. Mientras estaba en un pueblo, sólo pedía una vez en cada casa. Comía

lo que le daban de limosna, y si algo le sobraba lo repartía secretamente entre los pobres más necesitados. Le llamaban el *pobre santo*, o simplemente el *pobre*.

Al llegar a la puerta de doña Carmen dió un golpecito con el bastón, y dijo con voz muy débil:

—¡Ave María Purísima!

Como nadie contestaba supuso que estarían merendando, y esperó a que terminasen.

No habrían pasado dos minutos cuando se abrió con estrépito una puerta interior, y se oyó a Gonzalo que decía:

—Tío, yo voy delante con *Cipión*.

Luego, hablando con otro y haciendo un pequeño ruido con los dedos, añadió:

—Vamos.

Abrióse entonces la puerta del zaguán y apareció en ella Gonzalo, seguido de un hermoso perdiguero mallorquín, que le había regalado un señor de Valencia, muy amigo de su padre. Gonzalo venía enojado con *Cipión*, porque no quería comer caramelos rusos.

—Toma—le dijo por última vez, metiéndole uno en la boca.

El perro lo dejó caer y, levantando la cabeza, dió un fuerte ladrido. Entonces reparó el niño en el pobre. Hizo callar al perro y, cogiéndole del collar, volvió a entrar en casa, gritando:

—¡Mamá, mamá! El pobre.

Poco después salió doña Carmen con un pedazo de pan y una escudilla de leche en la mano. Puso el niño la escudilla sobre un poyo que había a la puerta y le dijo al pobre que se sentase y la tomase. Luego le dió su madre unas monedas, diciéndole que las besase y se las diese también al pobre para que rezase por su papá.

El anciano se conmovió profundamente y, mirándole con ternura, exclamó:

—¡Dios te bendiga, hijo mío, y te haga tan bueno como tu padre!

Doña Carmen dió un beso a su hijo; le alisó un poco el pelo, que lo tenía revuelto, y le puso un sombrerito de paja con una cinta en que se leía la palabra ESPAÑA.

—Ahora ya vamos juntos—dijo Gonzalo volviéndose a su tío y a don Félix, que habían presenciado conmovidos aquella escena.

—Sí, hijo, vamos juntos—dijo don Gaspar—, que tú eres buen compañero.

Llamó el niño a *Cipión*, y cogiéndole del collar para que no molestase al pobre, salió.

Al llegar al Paseo del Duque tiró don Gaspar una piedrecita para indicar a don Félix el solar del antiguo palacio de los Almirantes, y el perro se lanzó inmediatamente a cogerla.

—¡Tonto, que es un caramelo ruso!—le gritó

el niño. Y al verlo volver sin nada, le decía riendo—: ¿No te lo dije yo? ¡Si eres tonto de capirote!

Sacó él entonces una pelota de goma, y la arrojó diciendo:

—¡Anda, que es una perdiz!

El perro se lanzó como una flecha detrás de la pelota, y volvió en seguida con ella. El niño se la quitó de la boca y volvió a arrojarla en varias direcciones; y el perro volvía siempre con ella al lado de su amo, cuyas caricias le gustaban más que los caramelos rusos.

De pronto notó Gonzalo que habían desaparecido sus compañeros. Guardó tranquilamente la pelota y, poniendo junto a sí al perro, le dijo:

—A ver quién llega primero.

Y echó a correr hacia la iglesia de San Francisco.

UANDO entró en el templo, estaba su tío contemplando los altares del crucero.

—Mira—dijo a su sobrino mostrándole el de la derecha, que representaba el martirio de San Sebastián—. Con unas cuantas paletadas de barro, como el que se emplea para hacer ladrillos,

ha representado aquí un gran artista la fortaleza de los mártires en ese joven cristiano que sonríe plácidamente en medio de los tormentos.

—¿Y dice usted—preguntó el niño—que es de barro?

—De barro cocido. Míralo.

Y le mostró un pedazo roto de color de ladrillo.

—¡Es verdad!—exclamó el niño—. Y esas —añadió, señalando dos estatuas orantes que había en el presbiterio—¿también son de barro?

—No; esas son de bronce.

—¿Y qué santas son esas?

—No son santas; digo, no son santas canonizadas, aunque merecían serlo, porque las dos fueron muy buenas. Pero me choca que no sepas quiénes son esas señoras.

Gonzalo hizo un gesto muy expresivo, como diciendo: No tengo el gusto de conocerlas.

—Pues son de tu familia—continuó don Gaspar.—Esta de la derecha es doña Ana de Cabrera, condesa de Módica, mujer del Almirante de Castilla don Fadrique Enríquez; y esta otra es su hermana doña Isabel de Cabrera, esposa de don Bernardino Enríquez, hermano del Almirante. Uno de tus apellidos es Enríquez, y por eso te decía que estas dos señoras son de tu familia.

Gonzalo las miró atentamente, como queriendo reconocerlas, y luego añadió:

—Esta se parece a tía Dolores, y ésta a tía Jacoba.

Rióse de la ocurrencia don Gaspar; y el niño siguió preguntando:

—Y diga usted, tío, ¿por qué las pusieron ahí?

—Porque doña Ana y su esposo don Fadrique fueron los fundadores de este convento, y sus cuerpos están enterrados en esta iglesia. Don Fadrique mandó que su esposa y su cuñada, que habían vivido en opinión de santidad, fueran colocadas en el presbiterio, y que se pusiera en su sepulcro esta inscripción: ELLAS DONDE MERECIERON Y YO DONDE MERECI; es decir, a los pies de ellas. El sepulcro de don Fadrique debió estar aquí abajo, en medio del crucero; pero, como ves, ha desaparecido. El palacio de los Almirantes estaba en frente de la iglesia, en lo que es ahora Paseo del Duque, y comunicaba con ella por un pasadizo que había encima de la puerta de Posadas y venía a dar a esas tribunas. Ahí—dijo señalando las del lado del Evangelio—pasaban en oración noches enteras don Luis Enríquez y su mujer doña Ana de Cabrera, por quien se unió segunda vez el estado de Módica con la casa de los Enríquez. ¡Lástima—añadió—que hayan desaparecido los

retratos de los Almirantes que había antiguamente en el convento! ¿Sabe usted, don Félix, dónde han ido a parar esos retratos?

—Usted dirá—dijo don Félix.

—No; pregunto si usted lo sabe.

—Es la primera noticia que tengo de ellos. Tal vez se conserve todavía alguno en el hospital, que es lo único que queda del convento.

Pasaron allá, y nadie les supo dar razón de tales cuadros. Los que había en el hospital eran todos modernos.

—¿Sabe usted, ahora que me acuerdo—dijo a la hermana que los acompañaba un viejecito que hacía de portero—, dónde puede que haya algún cuadro de esos? En el desván de la torre.

—¡Ave María Purísima!—dijo, riéndose, la hermana.—¡Buenos se pondrían ustedes de polvo y de telarañas!

—Eso es lo de menos—dijo don Gaspar—. ¡Ea! Niceto (así se llamaba el ancianito), guíenos usted a ese desván que dice.

Y allá subieron por una escalerilla, que crujía y temblaba como si fuera a hacerse pedazos.

—Arrímense bien a la pared—decía Niceto—. ¡Cuidado con la cabeza, que hay aquí una viga atravesada! Algunos coscorrones me he dado yo en ella. Ahora hay que ir a tientas por un

pasillo que tampoco está muy católico. ¿Ven ustedes algo?

—Muy poco—decían los tres. Y seguían caminando en silencio. Al llegar al extremo del pasillo, dijo Niceto a sus acompañantes:

—Aquí es.

Y abriendo una puerta desvencijada, los introdujo

EN EL DESVAN

ALLI había de todo: muebles rotos, esteras, trapos sucios, escobas usadas, libros antiquísimos, latas de conservas, un jaulón de perdiz, una guitarra sin cuerdas ni clavijas, una muñeca descabezada, todo revuelto y lleno de polvo y de telarañas.

—De haber algún cuadro—dijo Niceto—tiene que estar allí, detrás de aquellas tablas.

Apartólas un poco y sacó un marco viejo, todo apolillado.

—¡Bien va eso!—dijo don Gaspar.

Niceto sacó otro marco por el estilo del primero; luego otro más viejo todavía; luego un cartón pintarrajeado de verde.

—¿Esto no será?—dijo, poniéndolo a la luz para que lo viesen.

—No, hombre—dijo don Gaspar—. A ver, saque usted ese otro que parece que tiene algo de tela. Ese no; el siguiente.

Niceto sacó un cuadro viejísimo, lleno de telarañas.

Don Gaspar se lo arrebató al punto de las manos, gritando:

—*¡Eureka, eureka!*

—¿Qué cuadro es ese?—preguntó don Félix.

—¡El retrato de un Almirante!—contestó, entusiasmado, don Gaspar. Sacudió el polvo con el pañuelo y leyó algunas palabras que había debajo.—Mira—dijo, mostrándoselo a Gonzalo—; éste es el primero de tus abuelos, *don Alonso Enríquez*, Adelantado mayor de León y Almirante de Castilla, hijo del gran Maestre don Fadrique y nieto de Alfonso XI, apellidado *el Justiciero*. En su juventud fué trovador a la manera provenzal, y de él son estos dos versos que se han hecho famosos:

Porfía mata venado,
que no montero cansado;

que parecen aludir a su casamiento con doña Juana Hurtado de Mendoza, llamada la *Rica-*

hembra. Resistíase ella a casarse con don Alonso, hasta que un día, acalorado, le dió éste un bofetón. Doña Juana, tan esquiva hasta entonces, hizo venir al punto un sacerdote, que los casó allí luego, porque en ningún tiempo se pudiera decir que hombre que no era su marido se había atrevido a ponerle las manos en la cara.

Fué don Alonso varón tan prudente y de ánimo tan esforzado, que en su tiempo era tenido por el mejor capitán de mar y tierra. Vez hubo que con solas trece galeras rindió veintisiete de los moros. Y juntamente fué tan devoto de la Pasión de Cristo, que nunca se recogió a meditarla que no derramase abundantes lágrimas. Y aquel hombre que conoció en Castilla cinco Reyes, dió a Aragón una Reina y a España el primer Rey Católico, renunció sus estados y dignidades en su hijo don Fadrique y se retiró los últimos años de su vida al convento de Guadalupe, donde murió santamente el año 1429. Míralo bien... Parece que todavía está amenazando a la morisma y que la mano se le va instintivamente al puño de la espada.

—¿Han aparecido más?—preguntó a Niceto.

—Sí, señor, estos cuatro.

Los examinó atentamente don Gaspar, y poniéndolos en orden sobre una cornisa, añadió:

—Los cuatro son de la misma escuela y quizá

de la misma mano que el primero. Este—dijo, comenzando por el de la izquierda—es don Fadrique, segundo Almirante de Castilla y primer conde de Melgar, padre de la Serenísima Señora Doña Juana Enríquez, Reina de Aragón y de Navarra y madre de Fernando *el Católico*. Vivió en el reinado de Enrique IV, el más afrentoso de toda nuestra Historia. «Nunca la justicia se vió tan hollada y escarnecida; nunca imperó con mayor desenfreno la anarquía; nunca la luz de la conciencia moral anduvo tan a punto de apagarse en las almas.» Entonces fué cuando los nobles castellanos osaron poner sus manos en la Majestad Real en aquel tristísimo paso de comedia, conocido en nuestros anales con el título de *Farsa de Avila*. «Tiemblan las carnes, dice Mariana, en pensar una afrenta tan grande de nuestra nación. La cosa pasó de esta manera: Fuera de los muros de Avila levantaron un cadalso de madera en que pusieron la estatua del Rey Don Enrique con su vestidura Real y las demás insignias de Rey: trono, cetro, corona. Juntáronse los señores, acudió una infinidad de pueblo. En esto, un pregonero, a grandes voces, publicó una sentencia que contra él pronunciaban, en que relataron maldades y casos abominables, que decían tenía cometidos. Leíase la sentencia y

desnudaban la estatua poco a poco, y, a ciertos pasos, de todas las insignias Reales. Ultimamente, con grandes baldones, la echaron del tablado abajo.»

—¿Y ya no volvió a haber más reyes?—preguntó el niño, horrorizado.

—Allí mismo—continuó don Gaspar—proclamaron a don Alonso, hermano del Rey, al grito de: *¡Castilla, Castilla por el Rey don Alonso!* Pero esto fué origen de nuevas guerras, que duraron hasta que, muertos don Alonso y don Enrique, subió al trono castellano Isabel *la Católica*, la mejor Reina que ha habido en el mundo. ¡Y lo que es el instinto del pueblo! Cuando más arreciaba la tormenta y no se veía esperanza de remedio por ninguna parte, dice un cronista que comenzó a oirse en Castilla un cantar *que descian las gentes nuevas a quien la música suele aplacer, a muy buena sonada*:

Flores de Aragón
dentro en Castilla son:
Flores de Aragón
dentro en Castilla son.

E los niños tomaban pendoncicos chiquitos, y caballeros en caballos de cañas, jineteando decían: ¡Pendón de Aragón! ¡Pendón de Aragón! Con esto daba a entender el pueblo que el remedio de

aquellos males había que buscarlo en Aragón, casando a la Infanta Isabel con el Príncipe don Fernando. El Rey y algunos nobles quisieron impedir este enlace, y aun trataron de apoderarse de doña Isabel, cuando venía a celebrar sus bodas en Valladolid; pero frustraron sus intentos el Arzobispo de Toledo y el Almirante don Fadrique, los cuales salieron al encuentro de Isabel con buen número de caballeros y la condujeron secretamente a Valladolid, donde, siendo padrino don Fadrique, se celebraron, el día 19 de octubre de 1469, aquellas bodas dichosísimas

en que por siempre uniéronse *dos cetros y dos almas*
y con que al fin España, España empezó a ser.

EL ANILLO DE LA REINA

UENTA un poeta catalán que aquel mismo día dijo la mar al Dux de Venecia: que ya no quería desposarse con él; que iba a recibir el anillo nupcial de otra mano más pura y más hermosa que la suya.

Poco después tuvo la Reina un sueño miste-

rioso. He aquí cómo se lo cuenta ella misma al Rey Fernando:

Soñé que la Alhambra mora
un día, al rayar la aurora,
me abría su corazón.
(El mío duda aun ahora
si fué verdad o ilusión.)
Soñé que estaba bordando
rico manto para ti,
las labores imitando
de aquellos mármoles, cuando
vi un pajarillo, Fernando,
que andaba revoloteando,
alegre, cerca de mí.
Yo le oía embelesada;
y, cuando más descuidada
le oía, me arrebató
mi anillo de desposada,
y se perdió en la enramada,
mientras le decía yo,
llorando, desconsolada:
«Pajarito volandero,
por aquel a quien adoro,
por aquel que yo más quiero,
¡ay!, no pierdas mi tesoro.»
Sordo a mis quejas amantes,
siguió volando, ¡ay de mí!
Mi anillito de diamantes,
nunca tan bello te vi.
Tierra afuera, tierra afuera,
llegué a la orilla del mar,
y en su desierta ribera
me senté, triste, a llorar.

«... y, cuando más descuidada
le oía, me arrebató
mi anillo de desposada...»

Ya de vista lo perdía
cuando vi resplandecer
una luz que parecía
la que la estrella del día
despide al atardecer.
El extraño pajarillo
dejó caer en el mar
mi anillo de oro; mi anillo
fué el astro que vi brillar.
Al caer en Occidente
se abrió el mar con hondo hervor
y del golfo transparente
vi brotar islas en flor.
Bajo el sol del mediodía
las vi a lo lejos brillar
con la luz que brillaría
un manto de pedrería
extendido sobre el mar.

Aquel era el regalo de bodas que Dios hacía a la Reina Isabel y por ella a la dichosísima nación española que acababa de nacer en sus brazos.

Algunos años después, una tarde frigidísima de enero, llegó a la puerta del convento de la Rábida un pobre peregrino, muerto de frío y de tristeza, a pedir una limosna para sí y para un hijo suyo de pocos años. Aquel pobre se llamaba *Cristóbal Colón*.

Notó al decir esto don Gaspar que ya era casi de noche, y dió por terminado el escrutinio.

Mientras bajaban encargó a Niceto que limpiase bien aquellos cuadros y los trasladase a otro lugar más decente; que él volvería pronto por allí y vería lo que se había de hacer de ellos.

III

FUÉ TAN GRANDE ESPAÑA QUE EL SER HIJO SUYO ERA LA MAYOR NOBLEZA. — MIREMOS BIEN DE DÓNDE VENIMOS Y ADÓNDE DEBEMOS IR. — LA MEMORIA DE NUESTROS PADRES ES LUMBRE DE NUESTRA VIDA. — AMEMOS A NUESTROS PADRES Y AMAREMOS A ESPAÑA COMO ELLOS LA AMARON

DE SOBREMESA

DON Gaspar no cabía en sí de gozo aquella noche. Hacia el fin de la cena volvió a tomar el hilo donde lo había dejado en el hospital, y con ocasión del retrato de don Alonso Enríquez, que era el tercero de los cuadros allí descubiertos, trazó él uno admirable del reinado de los Reyes Católicos.

—Entonces—dijo haciendo suyas las palabras de un cronista—*fué en España la mayor empinación, triunfo e honra e prosperidad que nunca España tuvo*. Pasada aquella terrible crisis del reinado de Enrique IV, y sabiamente encauzadas por los Reyes Católicos las energías nacionales, comenzó aquella primavera de glorias y de triunfos en que los españoles, llenos de la conciencia de su propio valer, se sentían

capaces de todo, hasta de lo imposible. «La fortuna, dice Menéndez y Pelayo, parecía haberse puesto resueltamente de su lado y como que se complaciese en abrumar su historia de sucesos felices y aun de portentos y maravillas. Las generaciones nuevas crecían oyéndolas y se disponían a cosas cada vez mayores. Un siglo entero y dos mundos apenas fueron lecho bastante amplio para aquella desbordada corriente. ¿Qué empresa humana o sobrehumana había de arredrar a los hijos y nietos de los que en el breve término de cuarenta y cinco años habían visto la unión de Aragón y Castilla, la victoria sobre Portugal, la epopeya de Granada y la total extirpación de la morisma, el recobro del Rosellón, la incorporación de Navarra, la reconquista de Nápoles, el abatimiento del poder francés en Italia y en el Pirineo, la hegemonía española triunfante en Europa, iniciada en Orán la conquista de Africa y surgiendo del mar de Occidente islas incógnitas, que eran leve promesa de inmensos continentes, nunca soñados, como si faltase tierra para la dilatación del genio de nuestra raza, y para que en todos los confines del orbe resonasen las palabras de nuestra lengua?»

Hizo una pequeña pausa don Gaspar, y después añadió:

—¿Qué elogios serán dignos de aquel don Fadrique Enríquez, cuarto Almirante de Castilla? En 1518 propuso a las Cortes de Valladolid que, mientras viviese la Reina Doña Juana, no se proclamase Rey su hijo Carlos I, y se pidiera a éste «que no se dieran a extranjeros oficios, ni beneficios, ni dignidades, ni gobiernos, ni cartas de naturaleza, y los que se habían dado se revocasen». Luego, viendo turbada la paz de Castilla por la guerra de las Comunidades, dejó su retiro de Cataluña y trabajó sin descanso para que los comuneros depusiesen las armas y procurasen por medios pacíficos que oyese el Emperador sus justas querellas. ¿Y qué decir de don Fernando Enríquez, quinto Almirante de Castilla y primer duque de Ríoseco, que no lo digan mejor y más alto Italia, Alemania y Flandes, testigos de sus proezas al lado del Emperador Carlos V? ¿Qué de los tres Luises, sexto, séptimo y octavo Almirantes? Canten su gloria las palmas de Túnez, los laureles de San Quintín y de Pavía y las columnas romanas que unió el tercero de ellos a las sagradas áncoras de los Enríquez. ¿Y qué decir de don Juan Alonso Enríquez de Cabrera, nono Almirante de Castilla, a quien él tanto quiso, y de la célebre victoria por él alcanzada en Fuenterrabía contra el gran Príncipe de Condé?

Había éste señalado por suya aquella plaza, y cuando iba a apoderarse de ella, se la arrebató de las manos el Almirante y le obligó a emprender una vergonzosa retirada.

No acabaríamos en toda la noche—dijo, volviéndose a Gonzalo—si quisiéramos recordar tan sólo los nombres y hechos gloriosos de tus antepasados.

—¿Y para qué recordarle esas cosas?—dijo doña Carmen.—Para que se le llene de humo la cabeza, y no sirva para nada.

—No para que se le llene de humo la cabeza, sino de luz; para que viendo de dónde viene, sepa adónde debe ir.

NOBLEZA OBLIGA

decían nuestros mayores; y el que ha recibido de los suyos un apellido ilustre, aunque no tenga ninguno de sus antiguos privilegios, tiene la obligación de imitar las virtudes y hechos gloriosos de sus padres, y no debe permitir que sus retratos anden por los desvanes de un hospital. La memoria de nuestros mayores es la lumbre de nuestra vida, y sus retratos los mejores confidentes de nuestras obras. ¡Qué verdad tan profunda encierran estos versos, grabados en el sepulcro de Pedro Ansúrez!:

La vida de los pasados
Reprehende a los presentes;
Y tales somos tornados,
Que el mentar los enterrados
Es ultraje a los vivientes.
Porque la fama del bueno
Lastima por donde vuela,
Al bueno con el espuela
Y al perverso con el freno;

Fuera de España las grandes familias se oponen por todos los medios posibles a que lleven su apellido los que no llevan su sangre. En España somos más democráticos, no por falta, sino por sobra de nobleza. «No ha habido, dice un escritor del siglo XVII, nación tan poderosa, ni tan remota, que no haya admirado y temido el valor de los españoles. Era éste tan conocido, que en Africa, América, Asia y Europa nos han dado más victorias las banderas que las espadas. Por esta constante fama, un español, sólo con serlo, era noble en cualquier parte del mundo; y aun siendo cautivo de bárbaros infieles hallaba respeto y veneración en tanto grado, que el más ilustre español no heredaba de sus padres mayor nobleza que la de la Patria.» (Juan Cortés Ossorio, S. J., *Constancia en la fe*, cap. II, núm. 15.)

Si a algún español se le llena de humo la ca-

beza, será porque la tiene tan flaca que no puede llenarla de otra cosa. Yo creo que a Gonzalo no se le llenará de humo, sino de luz, con la cual irá conociendo cada día mejor a su Patria y la amará cada día más, y querrá hacer por ella lo que hicieron sus padres. Y no mirará con altivez a los que no llevan un apellido ilustre como el suyo, porque sobre todos los apellidos ilustres y sobre todos los títulos nobiliarios pondrá el título glorioso de hijo de España.

El amor a la Patria tiene que nacer del amor a la familia, del

AMOR A LOS PADRES

SI el amor a la Patria ha de ser, como debe ser, robusto y obrador, desinteresado y de sacrificio, es necesario que se robustezca primero el amor a los padres, y se haga capaz de los mayores sacrificios. «Del que ama a sus padres creemos que podrá amar a la Patria. Pero del mal hijo, del que reniega de los que le dieron el ser o se avergüenza de ellos o los desampara, no podemos esperar que será buen patriota.» Por eso le decía a usted, don Félix, que no

había oído ningún discurso tan patriótico como la sencilla explicación que hizo usted del patriotismo poniendo como fundamento el amor a los padres.

—Es que no hay otro—dijo don Félix—. Tan convencido estoy de ello, que la primera lección de patriotismo que doy a mis discípulos se reduce a una explicación clara y sencilla del cuarto mandamiento de la Ley de Dios. Y tengo observado que los que desde niños aman a sus padres con ese amor fuerte y de sacrificio de que usted hablaba son los que, llegada la ocasión, se sacrifican más heroicamente por la Patria. «Un hombre que adora a su madre no puede dejar de ser un buen soldado, respetuoso, dócil, pundonoroso y valiente. Valiente, sí, porque las almas que sienten el amor de una manera profunda y firme, no pueden ser cobardes. Ese soldado, si va a la guerra, se hará matar en el campo de batalla y expirará con el nombre de su madre en los labios. Enseñadle lo que es la Patria, hacedle comprender que la Patria son cien mil madres y cien mil familias como la suya, y amará la Patria con entusiasmo. Pero hay que comenzar por la madre. ¡Oh! Si se pudiera descubrir el primero y verdadero germen de todas las acciones honradas y generosas de que nos enorgullecemos, lo descubriría-

mos siempre en el corazón de nuestra madre.» (E. de Amicis, *La Vida Militar*, pág. 105.)

¡VIVA ESPAÑA!

UANDO estalló la última guerra de Melilla (1909), fué llamado a filas un discípulo mío que estaba haciendo en Valladolid la carrera de maestro y era el único sostén de su madre. Inmediatamente entró en acción la brigada de Cazadores de Madrid, a que él pertenecía, y el 27 de agosto cayó mortalmente herido en el Barranco del Lobo. Desde el hospital de Melilla me escribió una carta pidiéndome que consolara a su madre. «Estoy gravemente herido, me decía; pero creo que sanaré pronto. Cuando vi la muerte tan cerca, me horroricé pensando que ya no volvería a ver a mi madre. De pronto gritó un jefe a mi lado: ¡Viva España! Y me lancé a morir. Yo no sé lo que tenía aquel grito; pero sentí al oirlo un amor tan grande a España, que si mil vidas hubiera tenido entonces, mil vidas hubiera dado por ella.»

Con esta carta enviaba unos versos que había escrito la noche antes. Quiero recitarlos, porque son muy hermosos y prueban lo que decimos:

A MI MADRE

¡Mi madre! Dios me conceda
que, antes de morir, la pueda
abrazar.
En su seno, ¡en aquel seno!,
bebí la miel de lo bueno
vertí la hiel del pesar.
Era un alma que tenía
tan dentro de sí la mía
que, al querer
separarlas, fué tan fuerte
el dolor, que fué de muerte.
¡Ved cuán grande debió ser!
Ella, al calor de sus besos,
que aún llevo en mi frente impresos,
modeló
en mi corazón de niño
el ídolo de cariño
que tanto, tanto adoró.

Ella, clavando en mis ojos
los suyos, a veces rojos
de llorar,
despertaba en mi alma pura
aquella sed de ternura
que iba en su pecho a saciar.
Ella, joven todavía,
a un mismo tiempo ofrecía
fruto y flor.
Era madre, y aun guardaba
su faz de virgen, que orlaba
la aureola del pudor.
¡Madre mía, madre mía!
Esta luz de poesía
que hay en mí
es la luz de tu mirada,
en mis ojos reflejada;
es mi amor que vive en ti;
es mi pecho que te ama;
es mi sangre que te llama;
es mi ser,
flor y fruto de tu vida;
es tu juventud florida,
que en mí vuelve a renacer.
¡Mi madre! Dios me conceda
que, antes de morir, la pueda
abrazar.
En su seno, ¡en aquel seno!,
bebí la miel de lo bueno,
vertí la hiel del pesar.

Dios no le concedió este consuelo. La pobre madre murió de dolor pocos meses después y

voló a dar a su hijo aquel abrazo que no le había podido dar en la tierra.

Doña Carmen no pudo contener las lágrimas. Don Gaspar tosió un poco para disimular su emoción, y dijo en tono de broma:

—Resultado de todo lo dicho: que Gonzalo tiene que querer mucho a su mamá y algo también a su tío; que desde mañana correrán por cuenta de éste los caramelos rusos, y que Gonzalo, por su parte, se compromete a ganarlos todos los días, como hoy, a juicio de su mamá. Y ahora, como ya es tarde y Gonzalo tiene sueño, se levanta la sesión.

Dió Gonzalo las buenas noches, y mientras salía don Gaspar acompañando a don Félix hasta la puerta, acostó doña Carmen a su hijo, después de rezar con él las oraciones de la noche. Dió luego las órdenes necesarias para el día siguiente a las criadas, y antes de acostarse volvió a entrar en el cuarto de su hijo, le arregló la ropa de la cama y le dió un beso en la frente con mucho cuidado para no despertarlo.

Gonzalo estaba despierto todavía; pero se hizo el dormido para que no creyera su mamá que estaba enfermo. Cuando ella salió, sintió el niño una cosa extraña en la frente. Era una lágrima que, al besarlo, había derramado su madre.

IV

EL GRAN LIBRO DE LA PATRIA. — TODO LO QUE NOS RODEA NOS HABLA DE DIOS, DE NUESTROS PADRES, DE NUESTROS HÉROES, DE NUESTROS SANTOS, DE NUESTROS ARTISTAS, DE NUESTROS SABIOS, DE NOSOTROS MISMOS Y DE LOS QUE VENDRÁN DESPUÉS DE NOSOTROS

LECCIÓN DE GEOGRAFÍA

DON Gaspar se levantó al día siguiente más tarde que de ordinario.

—Temí que te hubieras puesto malo—le dijo su cuñada, mientras le servían el desayuno.

—Nada de eso—dijo don Gaspar.—Con el hallazgo de los cuadros me olvidé ayer de todo, hasta del correo, y a última hora tuve que escribir varias cartas y dar un vistazo a los periódicos.

—¿Hay alguna novedad?

—Ninguna. Vivimos en el mejor de los mundos. La única que a ti puede interesarte es que uno de estos días saldré para Soria con la Comisión Ejecutiva encargada de estudiar las exca-

vaciones de Numancia. Si Gonzalo se examinara pronto, podría venir conmigo. ¿Qué te parece?

—Que te va a marear mucho.

—Al contrario: yo creo que nos entenderemos bien y haremos buenas migas. Es un encanto ese chiquillo. ¿Dónde está ahora?

—En clase. ¿No lo oyes? Está acabando de dar la lección de Geografía.

Abrió, al decir esto, la puerta de cristales que daba al mirador, y se oyó distinta y clara la voz de Gonzalo, que decía:

—«En resumen: la Península Ibérica es una tierra meridional europea, de trazos fuertes en el suelo, de acentos vivos en el cielo, de aires finos y secos, de temperaturas extremas, de vegetación más cualitativa que cuantitativa, de más luz y más sol que lluvias y humedades, de tantas rocas como tierras, de paisajes siempre más clásicos que románticos.»

—Es decir—añadió don Félix—más parecidos a los de Italia y Grecia que a los de Suiza o Alemania, que son fríos y nebulosos. No está mal ese resumen; pero a mí me gusta más este otro, porque está hecho con más amor. Es de Alfonso *el Sabio*.

STA España que decimos tal es como el paraíso de Dios; ca riégase con cinco ríos cabdales, que son Ebro, Duero, Taio, Guadalquivir, Guadiana, e cada uno dellos tiene entre sí et el otro grandes montañas e tierras; e los valles et los llanos son grandes et anchos; et por la bondad de la tierra y el humor de los ríos llevan muchos fructos et son abondados. España la mayor parte della se riega de arroyos et de fuentes, et nunca le menguan pozos cada lugar o (donde) los ha menester. España es abondada de mieses, deleitosa de fructas, viciosa de pescados, sabrosa de leche et de todas las cosas que se della facen; llena de venados et de caza, cubierta de ganados, lozana de caballos, provechosa de mulos, segura et bastada de castiellos, alegre por buenos vinos, folgada de abondamiento de pan; rica de metales, de plomo, de estaño, de argen vivo (azogue), de fierro, de arambre, de plata, de oro, de piedras preciosas, de toda manera de piedra mármol, de sales de mar et de salinas de tierra et de sal en peñas, et dotros veneros muchos: azul, almagra, greda, alumbre et otros muchos de cuantos se fallan en otras tierras; briosa de sir-

go (seda) et de cuanto se face del, dulce de miel et de azúcar, alumbrada de cera, complida de olio, alegre de azafrán. España sobre todas es engeñosa, atrevuda et mucho esforzada en lid, ligera en afán, leal al señor, afincada en estudio, palaciana en palabra, complida de todo bien; non ha tierra en el mundo que la semeie en abondanza, nin se eguale ninguna a ella en fortalezas et pocas ha en el mundo tan grandes como ella. España sobre todas es adelantada en grandez et más que todas preciada por lealtad. *¡Ay España! Non ha lengua nin engeño que pueda contar tu bien.*» (*Crónica general de España*, número 558.)

ON estos ojos quisiera yo que miraran las cosas de España todos sus hijos; con esta lengua de oro y de miel quisiera yo que hablaran de ella nuestros geógrafos e historiadores; con este entusiasmo quisiera que la cantaran nuestros poetas, y que todos, en los viajes y en los paseos, desde la ventana o desde el mirador, contemplásemos el campo, los ríos, las montañas, el cielo, las nubes; no con esa mirada superficial e indiferente que no llega a posarse en

ningún objeto, sino con esa otra mirada fija y amorosa, en que parece que el espíritu se derrama sobre la naturaleza y se une y compenetra con ella, para sentir hasta las más ligeras palpitaciones de la vida y oir ese no sé qué que están continuamente balbuciendo todas las cosas. Porque has de saber que todo lo que nos rodea es como un gran libro que nos habla de Dios, de nuestros padres, de nuestros héroes, de nuestros santos, de nuestros artistas, de nuestros sabios, de nosotros mismos y de los que vendrán después de nosotros.

DE DIOS

nos dice que El es el Criador de todas las cosas; que la bondad y hermosura que en ellas resplandece la han recibido de Dios, fuente de todo bien; que la felicidad que vamos buscando no nos la pueden dar ellas; que Dios las ha puesto en este mundo para que nos dirijan a El, para que cada una, a su modo, nos diga las perfecciones que hay en El y nos ayude a seguir adelante por el camino de la virtud, que es el único que conduce hasta Dios, verdad infinita y bien sumo del hombre.

DE NUESTROS PADRES

nos dice ese libro que por aquí pasaron ellos; que este fué el escenario de su vida; que ellos rompieron esas tierras y las regaron con sus sudores en tiempo de paz, y en tiempo de guerra con su sangre; que ellos plantaron el árbol que nos da sombra y el que nos regala con sus frutos; que ellos hicieron la casa donde vivimos y el templo donde oramos; que un día se durmieron soñando en nosotros a la sombra de esa parra y que otro día, soñando también en nosotros, se durmieron para siempre a la sombra de esa cruz.

DE NUESTROS HEROES

nos dice que por aquí pasaron al frente de sus mesnadas; que este sol de Castilla reverberó en el acero de sus corazas, como reverbera el día del Corpus en la plata de las custodias y de los ciriales; que estas brisas agitaron un día las plumas de sus airones y las sedas de sus estandartes, que parecían a lo lejos, sobre el incendio del ocaso, las alas con que los corazones de aquellos héroes volaban a la gloria; que esta tierra

que pisamos está mezclada con las cenizas de cien generaciones gloriosas; que el día en que degeneremos de los pensamientos de aquellos héroes no tendremos en todo el mundo un rincón donde escondernos de ellos, pues no hay en todo él un puñado de tierra sin una tumba española.

¡Y qué cosas tan tiernas nos dice

DE NUESTROS SANTOS

ese gran libro! Un día iban a la escuela dos niños, llamados Justo y Pastor. Oyeron decir por el camino que había estallado una furiosa persecución contra los cristianos, y como si les

dijeran dónde había un tesoro, arrojan la cartilla y se van corriendo al prefecto Daciano a decirle que ellos son discípulos de Cristo y quieren dar la vida por El. Otro día son dos hermanitos, Teresa y Rodrigo de Cepeda, que se escapan de su casa para ir a tierra de moros a que los descabecen por Cristo. Por aquí pasó jugando con la palma del martirio otra niña, Eulalia, que con cara de risa iba contando las heridas que hacían en sus delicadas carnes los verdugos, y hablando con su divino Esposo decía: «Te están escribiendo en mi cuerpo. ¡Oh, con qué gozo leo en estos rasgos sangrientos tus victorias! La sangre de mis heridas brota pronunciando tu nombre, Jesús.» Por aquí pasó también la virgen Engracia, a la cual destrozaron todo el cuerpo, le arrancaron los pechos y, abriéndole uno de los costados, le dejaron descubierto el corazón, y así, viva y muerta, sobrevivió a su martirio algunos días.

Pues si de nuestros santos pasamos ahora a

NUESTROS SABIOS Y ARTISTAS

¡cuánto nos dice también de ellos todo lo que nos rodea! No es posible dar un paso en España sin encontrar una biblioteca o un archivo,

un templo suntuoso o una catedral, un palacio o un museo, una estatua o un cuadro, una joya o un tapiz, alguna venerable antigualla, alguna centella del saber y del arte de nuestros mayores. Nuestros héroes y nuestros santos hicieron de España una inmensa armería y relicario; nuestros sabios y artistas, una inmensa biblioteca y un museo inmenso, donde, por encima de los bufones y de los borrachos, por encima de las lanzas y de los plumajes, por encima de los santos y de las Madonas, se levanta, sobre la cumbre más alta del arte y de la historia, aquel portentoso Crucifijo de Velázquez, que parece una instantánea recogida por el genio de la pintura en la cima del Calvario.

¿Y qué nos dice

DE NOSOTROS MISMOS

todo esto que vemos y llamamos nuestro? Nos dice que miremos bien de donde venimos y adonde vamos; que cultivemos nuestros campos y nuestro espíritu; que estudiemos nuestro glorioso pasado y preparemos un porvenir aún más glorioso; que un pueblo viejo, como el nuestro, no puede renunciar a su cultura y a su historia sin matar la parte más noble de su

vida y caer en la imbecilidad senil, en la muerte.

¡Oh qué responsabilidad tan grande pesa sobre nosotros! ¡Qué cuenta tan estrecha tenemos que dar a Dios y a la historia de nuestros actos!

Luego añadió en tono familiar:

—Te digo estas cosas porque veo que ya las entiendes, y quiero que desde ahora sean ellas la norma de tu vida.

No estará de más—añadió—que entre hoy y mañana des un vistazo a las lecciones 16 y 17, que quedaron algo flojas; y con esto damos por terminado el último repaso.

Don Gaspar indicó a su cuñada que cerrase la puerta del mirador, y luego le dijo:

—Mucho me habíais alabado a este don Félix, pero veo que os habíais quedado cortos.

—Es muy bueno, ¿verdad?—dijo doña Carmen.

—Muy bueno y muy sabio.

—Eso dicen.

—Pero lo que a mí me admira no es precisamente lo que sabe, sino la manera que tiene de enseñarlo y el espíritu y fervor con que lo enseña. Los niños deben estar encantados con él.

—Si vieras cómo le quieren. El día que no

saben la lección o cometen alguna falta, no sienten tanto el castigo como el disgusto que con ello dan a don Félix.

—Mamá, mamá—gritó Gonzalo desde el corredor—, que te has olvidado de avisar la hora, y don Félix tiene mucha prisa.

—Es verdad—dijo doña Carmen. Y saliendo al encuentro de don Félix añadió—: Como hoy se ha levantado tan tarde mi cuñado, he perdido el compás y se me ha ido el santo al cielo.

—No se apure usted—dijo don Félix—. Lo que sentiría es que se nos hubiera puesto enfermo don Gaspar.

—Estoy como nunca—dijo éste—. Lo que pasó fué que anoche me acosté algo tarde y ha habido que dar lo suyo a la naturaleza. Diga usted, don Félix: ¿qué día se examinará Gonzalo?

—No lo sé todavía a punto fijo. Tal vez el miércoles de la semana que viene.

—Se lo pregunto, porque un día de estos tengo yo que salir para Soria, y quisiera que fuéramos los tres juntos. Pero, si los exámenes son el miércoles, no sé cómo nos vamos a arreglar. El miércoles tengo yo que estar en Soria, sin falta.

—Nos espera usted allí.

—Ya hablaremos de esto más despacio. Ahora tiene usted prisa y no quiero detenerle más.

Gonzalo no cabía en sí de gozo. ¡Le gustaban tanto los viajes!

V

¿POR QUÉ AMAMOS TANTO A NUESTRA TIERRA? — LA FLOR Y EL NIDO. — UN DIBUJO Y UNOS VERSOS. — EL QUE AMA MUCHO A SU MADRE Y A SU TIERRA SERÁ BUEN SOLDADO, Y SI CANTA, NO SERÁ MAL POETA

LA TIERRA MADRE

TRABAJO le costó aquella tarde a don Félix moderar primero la alegría de Gonzalo y convencerlo después que debía repasar cuanto antes aquellas dos lecciones de *Geografía* que habían quedado algo flojas.

—Si esta tarde—dijo interviniendo oportunamente don Gaspar—no quedan esas dos lecciones a gusto de don Félix, retiro mi palabra: no vas conmigo a Numancia ni a Barcelona.

Gonzalo se dirigió inmediatamente a su habitación, abrió la *Geografía* y, con el programa en la mano, comenzó a repasar a toda prisa aquellas dos lecciones.

—*Africa. Aspecto general.* Esta pregunta ya la sé. *Forma y relieve.* A ver ésta.

Entornó un poco los ojos, repitió mentalmente la respuesta, y vió que la sabía perfectamente:

—*Clima*. «El continente africano está situado casi por completo en la zona tropical...» ¡Qué calor hace!—exclamó abanicándose con el programa—. «En el centro del continente, y próxima al Ecuador, hay una gran región donde reina el clima ecuatorial con su calor constante...» ¡Mamá, mamá—salió gritando con el programa en la mano—, aquí no se puede parar de calor!

Miró doña Carmen el termómetro, y vió que sólo marcaba diez y ocho grados.

—Ese termómetro no rige—observó Gonzalo.

—El que no rige esta tarde eres tú. Anda, vete al jardín, y repasa pronto esas dos lecciones, que luego irá don Félix a tomártelas.

Allá fué en seguida el buen maestro, y con su ayuda aprendió Gonzalo en veinte minutos aquellas dos lecciones que tanto le costaban.

—Diga usted, don Félix—preguntó el niño haciendo un cucurucho con el programa—, ¿por qué no se van a vivir los africanos a otra parte donde no haga tanto calor?

—Responde tú antes a esta pregunta—dijo don Félix señalando un hermoso almendro—: ¿Por qué no se va de ahí ese árbol?

—¡Toma! Porque lo plantaron ahí y ha echado raíces.

—Pues por eso los africanos no se van a vivir a otra parte.

—Pero los hombres no tienen raíces.

—Sí las tienen, y mucho más hondas y más fuertes que los árboles.

A Gonzalo le chocó mucho esta respuesta; pero no la tomó a broma, porque sabía que don Félix no las usaba en estos casos. Hizo un gracioso mohín, como diciendo: «¿Qué raíces serán esas?» y se calló, esperando que el maestro se lo explicase.

En esto pasó un labrador cantando:

El que quisiere saber
de qué color es la pena,
siente plaza de soldado
y se ausente de su tierra.

—He ahí—dijo don Félix—

LAS RAICES DEL HOMBRE:

el amor, el apego a los suyos y a lo suyo, a su familia, a su casa, a su pueblo, a su tierra.

Cuando el Cid sale de Vivar para ir al destierro, es decir, cuando le arrancan de aquel pedazo de tierra donde dejaba tantos pedazos de su vida, rompe a llorar *fuertemente*, dice un an-

tiguo poema, y torna la cabeza para mirar por última vez aquel pueblecito donde se le quedaba el alma. Cuando después se despide en Cardeña de su mujer y de sus hijas, rompe a llorar de nuevo con más fuerza. Aquella separación es más dolorosa; las raíces que entonces se rompen están metidas en las entrañas, y por eso se desgarran éstas en el momento de la partida, y «así se parten unos de otros como la uña de la carne».

—¿Y por qué—insistió el niño—amamos tanto a nuestra tierra?

—Por eso, precisamente, porque es nuestra tierra, y la nuestra, sea mejor o peor para los demás, para nosotros es siempre la mejor, como para esta florecilla

EL MEJOR PUÑADO DE TIERRA

de todo el jardín es éste en que ha nacido.

Considera lo que es para una flor la tierra donde nace, y por ahí entenderás lo que es para nosotros nuestra tierra y la razón que tenemos para amarla como la amamos.

Cae en tierra una semilla diminuta, hínchase poco a poco, rompe la cascarilla que la envuelve, y de su seno brota un tallito blanco, pro-

visto de unas raicillas que son otras tantas bocas y manos con las cuales se ase fuertemente a la tierra, y toma de ella, para convertirla en propia, la sustancia que necesita. Mientras las raíces bajan, sube el tallito en busca de la luz; rompe, como un estilete de marfil, la corteza que lo cubre, y aparece, blanco todavía, a flor de tierra. Sigue creciendo, teñido ya con el color de la esperanza, y, con el ansia de gozar del aire y del sol, le nacen unas hojitas en forma de alas; luego aparece en lo alto una cabecita verde, sobre la cual se abre una corona perfumada que se inclina suavemente ante el astro rey, derramando al mismo tiempo sobre la tierra el cáliz de sus perfumes.

Pregúntale a esa florecilla cuál es la mejor tierra del mundo. «Esta en que he nacido», te dirá, asiéndose a ella con todas sus raíces. Dile que la vas a llevar a otro sitio mejor. «Imposible —te responderá—; para mí no puede haber mejor sitio que éste.» Y si todavía insistes en tu propósito, te pedirá que la lleves con aquel puñadito de tierra en que tiene metidas las raíces.

Con los pájaros sucede algo parecido.

Al pie de esa flor hay

UN NIDO CON CINCO HUEVOS

A hembra está echada sobre ellos horas y horas. Sale unos instantes para comer, y antes que los huevos se enfríen, vuelve a calentarlos. Al cabo de algunos días comienzan a romperse los cascarones, y en el fondo del nido aparecen unos bultitos carnosos y deformes, sin pelo ni pluma. Desde este momento, no se dan los padres punto de reposo. Apenas se acerca uno de ellos al borde del nido, se levantan las cinco cabecitas con el pico muy abierto, piando con ansia, para que les dé de comer. El nido se va llenando. Aquellos bultitos sonrosados cúbrense, poco a poco, primero de finísimo plumón, luego de unos cañoncitos grises, de los cuales sale finalmente la pluma; y ya que están, como dicen los muchachos, en pelo bueno, dejan el nido y se echan a volar. Los primeros días andan todos juntos con los padres cerca del nido; después se desbandan, pero no se alejan de aquel rinconcito donde abrieron los ojos a la luz, donde dieron los primeros vuelos y ensayaron los primeros cantos.

¿Comprendes ahora

POR QUE AMAMOS TANTO A NUESTRA TIERRA?

LLA es como una segunda madre que nos ha llevado en su seno y en sus brazos y nos ha criado a sus pechos. En ella dimos los primeros pasos, balbucimos las primeras palabras y las primeras oraciones; ella nos regaló flores, nos contó cuentos, nos enseñó nidos, nos retrató en sus fuentes y abrió ante nosotros sus dilatadas campiñas, como un inmenso regazo, lleno de vida y de salud, de paz y de alegría, de amor y de esperanza, de recuerdos y de promesas. ¿Qué importa que nuestra tierra sea pobre, si guarda las cenizas de nuestros padres y los tesoros de nuestros sueños? ¿Qué importa que sea estéril, si en ella brotaron las fuentes de nuestra vida? ¿Qué importa que sea un erial, si para nosotros ha sido un paraíso? ¿Qué importa que esté lejos del mundo, si para nosotros está tan cerca del cielo?

¡Feliz el que nunca ha visto
más río que el de su patria,
y duerme, anciano, a la sombra
do pequeñuelo jugaba!

En este momento apareció don Gaspar a la puerta del jardín y oyó las últimas frases de don Félix.

—He ahí—dijo, doblando un periódico que traía en la mano—una felicidad que no se conoce bien hasta que se pierde.

—Como toda felicidad—dijo don Félix.

—Yo, ciertamente—prosiguió don Gaspar—, no supe lo que era mi tierra hasta que salí de ella, y la eché de menos en todas partes. Veía los paisajes más célebres del mundo como quien ve un álbum artístico o una colección de tarjetas iluminadas. Me parecían bien para un viaje de recreo, pero no para vivir en ellos de asiento; los admiraba, pero no los sentía; no me decían nada.

Recuerdo que en el viaje de novios me dijo un día mi mujer que le dibujara un paisaje, el que a mí más me gustara. Cogí el lápiz y dibujé un vallecito con un pueblo en medio, y, en primer término, una casita blanca, separada de las demás, y delante de ella un prado, no muy grande, con seis olmos revejidos y llenos de burujones, y un zarzal en el centro. —Ese es tu pueblo —dijo, nada más verlo, mi mujer. —¿No te gusta?— e pregunté.—Sí—dijo ella—, aunque no es precisamente el paraíso terrenal. Lo que no me gustan son esas zarzas que has puesto ahí de-

«Recuerdo que en el viaje de novios me dijo un día mi mujer que le dibujara un paisaje, el que a mí más me gustara.»

lante y esos árboles desmochados que parecen leprosos. —Pues esto es precisamente lo que a mí más me gusta, y por eso lo he puesto en primer término. Mira: en este zarzal encontré yo el primer nido; en este árbol que, como ves, tiene el tronco hueco, me escondí una tarde que hice novillos, para que no me viera mi padre. ¡Lo que yo me he divertido en este prado! Oye, Luisa, cuando volvamos a España, tenemos que ir a verlo. ¿Quieres?—Encantada—dijo mi mujer. Fuimos allá y, ¡oh instabilidad de las cosas humanas!, nos encontramos con que hacía tiempo habían arrancado los árboles, habían rozado las zarzas, y el antiguo prado de mis delicias se había convertido en corral de Concejo.

Rióse don Félix al oir este final tan inesperado, y luego añadió:

—Nunca se me olvidará la impresión que me produjo el primer viaje que hice a mi tierra.

LA ocasión era bien triste. Me habían telegrafiado diciéndome que mi padre estaba gravísimo, y allá me fuí desde un pueblecito de Asturias, donde me hallaba entonces de maestro, y adonde solían venir mis padres a pasar conmigo una

temporada todos los veranos. Llegué a Salamanca, tomé un coche hasta Vitigudino, y desde allí continué el viaje a caballo, acompañado de un primo mío que había salido a esperarme.

Cuando llegamos al pueblo era ya de noche, y no pude ver más que los bultos negros de las casas y de los árboles; pero todo lo reconocía y recordaba, como si jamás lo hubiera perdido de vista. Al entrar en mi casa sentí como un aliento de vida, cargado de frescuras y de aromas campesinos. Aquellas paredes blancas, que destilaban dulzuras de higos y moscateles; aquellos techos bajos, que se extendían como alas abiertas sobre el hueco de un nido; aquel hogar, donde ardía el fuego sagrado de la familia; aquellos escaños, que parecían sillas de coro de un templo primitivo; aquella sala, donde se aspiraba como un suave perfume de limpieza; aquellos vasares y alacenas, cuyos reflejos parecían miradas cariñosas; aquellos cuadros, ante los cuales aprendí yo a rezar las oraciones de la mañana y de la noche; todo, todo parecía vivir y alegrarse y darme a su modo la bienvenida.

Quiso Dios que convaleciese mi padre de aquella enfermedad, y yo me volví a Asturias, tan lleno de amor a mi tierra, que por primera y única vez en mi vida me sentí poeta, y compuse unos versos en que dije de ella todo

lo que entonces sentía y he sentido siempre; pero entonces lo acerté a decir mejor, y por eso quiero decirlo como entonces lo dije:

Aldeadávila hermosa, que ves en dulce calma
tu imagen en el Duero, ven a verla en mi alma.
Cruzaré tus sembrados, inmensos mares de oro,
desgranando sobre ellos, de mi canto sonoro
las notas como besos, como besos de niño,
postrer tributo, acaso, de mi filial cariño.
De lejos, cuando se ama, como te amo yo ahora,
se ve el objeto amado, como en perpetua aurora,
cercado con un nimbo de etéreos resplandores
de luz pura de auroras, de luz pura de amores.
¡Qué estrellas tan brillantes iluminan tu cielo!
¡Qué flores tan hermosas engalanan tu suelo!
¡Qué sueños tan alegres bajan a tus hogares!
¡Qué oraciones tan puras suben de tus altares!
Duerme. Cuando tú duermes, suelo yo visitarte.
El genio que me guía, que es el genio del arte,
en su lengua divina tus sueños me interpreta.
Tú eres la poesía y tu hijo es el poeta.
Duerme. Con mis canciones te arrullaré yo en tanto.
Musas de la Ribera, callad mientras yo canto;
cubrid su casta frente con besos de ternura;
derramad en sus ojos raudales de dulzura;
dibujad en sus labios sonrisas celestiales;
henchid de blanca leche sus pechos maternales;
cubrid de frescas rosas la senda de su vida;
tened, de su fe ardiente, la lámpara encendida.
Que al despertar de nuevo al son de la campana
se sienta más dichosa, se sienta más cristiana;
que adore más rendida al Dios de sus altares;

que encuentre más calientes, más puros sus hogares;
que ame más a sus hijos y, al darles leche y besos,
deje en sus puras frentes, con su cariño, impresos
el signo del cristiano, que cree, ama y espera,
y el nombre de su madre, la Flor de la Ribera.

—¡Admirable, admirable!—exclamó don Gaspar sinceramente entusiasmado—. No sabía que hubiese usted compuesto versos tan hermosos. ¿Los has oído tú, Carmen?—dijo a su cuñada que acababa de llegar.

—Creo que no—dijo don Félix.

—Pues, si no le es a usted molesto repetirlos, yo tendría mucho gusto en oirlos otra vez.

Don Félix no se hizo de rogar, y los repitió.

—Dan ganas de ir a vivir a ese pueblo—dijo doña Carmen—. ¡Qué cosas tan lindas se les ocurren a ustedes!

—Las que ustedes nos inspiran—dijo don Félix—. La propia madre y la propia tierra son fuentes inagotables de poesía. El que ama mucho a su madre y a su tierra será buen soldado, y si canta, no será mal poeta.

—A todo esto—dijo don Gaspar—, no sabemos si Gonzalo ha ganado hoy los caramelos rusos.

—Ahora lo veremos—dijo doña Carmen.

Y se dirigieron al comedor.

VI

NUESTRO SUELO. — ESPAÑA, VISTA AL TRAVÉS DE UNAS GAFAS AHUMADAS, A SIMPLE VISTA Y A VISTA DE PÁJARO. LOS ENEMIGOS DEL CAMPO SON DOS: LA RUTINA Y LA SEQUÍA. — AMEMOS EL CAMPO. — EL SUELO DE ESPAÑA ES UN HERMOSO TAPIZ TENDIDO SOBRE UN COFRE INMENSO LLENO DE RIQUEZAS

CIUDADES MUERTAS

¡YA está ahí!—exclamó alegre Gonzalo.

Lanzó una bocanada de humo la locomotora, como el que da la última chupada a un cigarro y lo arroja, para penetrar en un sitio de respeto, y lenta y majestuosa avanzó hasta el andén, arrastrando tras sí la larga cadena de coches.

Don Félix y Gonzalo subieron a un departamento de primera clase. Detrás de ellos subió al mismo departamento un señor de gafas, que, después de saludar cortésmente a nuestros viajeros, se puso a leer un periódico. Gonzalo se apoderó de una de las ventanillas y no se apartó de ella en toda la tarde.

El tren se puso en marcha. Cerca de Peñafiel,

dejó el señor de gafas el periódico y se puso a mirar el campo.

—Vea usted qué tierras—dijo volviéndose a don Félix y mostrándole unas lomas peladas—. ¿Qué sacarán de aquí estas gentes?

—De aquí poco pueden sacar—dijo don Félix—. Como usted ve, nos vamos acercando a los bordes de la mesetà de Castilla la Vieja, y comienzan a aparecer, primero aisladas como aquí, luego unidas a las montañas, estas lomas o páramos que indican, a lo que parece, el primitivo nivel del terreno, que la erosión y el arrastre de los ríos ha hecho descender considerablemente.

ABLARON luego del estado actual de Castilla y de lo que fueron en el siglo XVI estas *ciudades muertas*, como las llamaba el señor de gafas, cuando poseía Segovia trescientos telares, en que trabajaban treinta y cuatro mil ciento ochenta y nueve obreros, y sus paños y los de Salamanca, Avila, Zamora y Medina del Campo eran famosos en todo el mundo; cuando Burgos y Aranda de Duero eran los grandes emporios de la industria y comercio naciona-

les; cuando Medina de Ríoseco, la *India chica*, como entonces la llamaban, atraía a sus casas de contratación y a sus famosas ferias a los ricos mercaderes de toda Europa; cuando las sederías de Toledo daban trabajo a cincuenta mil operarios y a treinta y ocho mil sus telares y los de la Mancha; cuando llegó a tener Sevilla tres mil telares, en que trabajaban treinta mil obreros; «cuando estaba en su ser el comercio de la seda y lana en estos lugares y no había, como dicen las Cortes de 1573, hombre ni mujer, por viejo e inútil que fuese, muchacho ni niña de ninguna edad, que no tuviese orden y manera con que ganar de comer y ayudarse unos a otros, tanto que era cosa notable caminar por toda la serranía de la tierra de Segovia y Cuenca y ver la ocupación que en toda ella había, sin que ninguno, de ninguna edad, hombre ni mujer, holgara, entendiendo todos en la labor de la lana, unos en una casa y otros en otra, y que, no pudiendo caber ya los telares en Toledo, se enchían de ellos los lugares circunvecinos, y los unos y los otros estaban llenos de gente ocupada, ejercitada, rica y contenta, y no sólo los naturales de las mismas tierras, pero infinito número de forasteros».

—Hoy—dijo el de las gafas, que no sé por qué se le había hecho antipático a Gonzalo—,

la vida, el movimiento, la riqueza se concentran en el litoral y

> Castilla es como un árido desierto,
> como un mar, un mar muerto,
> sin islas y sin olas, sin riberas
> que llamen desde lejos hacia el puerto.
> Las aldeas, las villas, los lugares,
> con sus torres escuetas,
> las naves son que, en medio de estos mares,
> como ancladas parecen y sujetas.

—Yo abrigo la esperanza—dijo don Félix—de que esas naves levarán anclas algún día o romperán las amarras que ahora las sujetan y volverán a surcar con viento próspero los mares que antes surcaron.

—¿Y de dónde pueden soplar aquí esos vientos prósperos que usted dice?—preguntó el de las gafas, acompañando la pregunta con el gesto de contar dinero.

—De los cuatro puntos cardinales—dijo don Félix—. Si no es más que por eso...

—¿Pero ha entendido usted de qué vientos hablo?

—De sobra, y de sobra comprenderá usted que no es precisamente dinero lo que nos falta.

ESPAÑA ES UN PAIS FERTIL

donde, con un poco de trabajo, se saca dinero de todas partes.

—No lo crea usted—replicó el de las gafas—. Confieso que hay en España zonas fertilísimas, como las de Valencia, Murcia y Granada; pero son zonas muy pequeñas, verdaderos oasis de un desierto desolado, seco y estéril, muy pobre de vegetación y de cultivo y por el cual se puede caminar días enteros sin encontrar un alma, ni casi un ser viviente. Los ríos que cruzan estas comarcas corren precipitados hacia el mar, y no hay manera de canalizarlos y utilizar sus aguas para la navegación y para el riego. Y así tiene que ser, dadas las condiciones de nuestro suelo. España es uno de los países más montuosos y, si se exceptúa Suiza, el más alto de Europa. La altura media de nuestras tierras es de 660 metros sobre el nivel del mar. De calores africanos de 40 y 48 grados, pasamos a inviernos glaciales, de 10 y más grados bajo cero. La escasez de lluvias es extrema, sobre todo en el centro, Este y Sur de la Península, donde la lluvia anual apenas llega a 300 ó 400 milímetros, cuando la cantidad media de todas las tierras del globo es de 800 a 900 milímetros, que

es la de La Coruña y Santander, que nosotros tenemos por ciudades húmedas...

La fertilidad de nuestro suelo es un mito en que ya no cree nadie. Lo que decían hace veinte siglos los geógrafos romanos de nuestra pobreza agrícola, lo repiten hoy todos los geógrafos y economistas de Europa; pero nosotros no damos nuestro brazo a torcer, y seguimos repitiendo que España es el país más rico del mundo; y para dar pistos a nuestro honra, después de comer mal y a puerta cerrada, salimos a la calle con el palillo de dientes en la boca, como si hubiéramos comido como unos príncipes.

NO diré yo que no nos cieguen algo los humos hidalguiles—dijo don Félix—, pero creo que si España no es el país más rico del mundo tampoco es el más pobre, ni su suelo tan mezquino y estéril como usted parece indicar. Un país como el nuestro, que exporta anualmente por valor de mil quinientos millones en productos agrícolas y da un rendimiento anual de doce mil millones de pesetas, no puede decirse que es un país *pobre y estéril*.

«Todo se vuelve—dice un autor—hacer aspa-

vientos, y no injustos, ponderando los fríos, durezas y esquiveces de las altiplanicies castellanas, en tal guisa que, comparadas con ellas, las tierras occidentales de Francia, Bélgica e Inglaterra han de antojarse paraísos. Pues bien: en esas alturas tan crudas y heladas prospera la vid y florece el olivo, cuando en aquellos suaves campos francobelgas o ingleses, tan tibios y dulces, ninguno de esos arbustos meridionales vive sino en invernadero, y no así como se quiera, porque en las contadas comarcas de aquellos países donde se mete en cultivo la vid, lógrase únicamente de ella el basto fruto suficiente para hacer un buen vinagrillo civilizado, mientras las mesetas españolas dan *manu longa*, y sin mimos de ninguna clase, aun con tantas heladas, bajas presiones y cierzos horripilantes, la incomparable uva de Toro, el riquísimo albillo de Madrid, blancos como los de Medina, tintos cual los de Valdepeñas, y otros mil frutos y caldos preñados de azúcares, esencias y grados alcohólicos, tirando todos a generosos, siéndolo, mejor dicho, por su calidad nativa, aunque no por su inhábil y tosca manufactura. ¿Qué comparación sufren las agrias, insípidas frutas del interior de Europa, aun con sus carnes suavizadas en fuerza de artificiales selecciones e injertos, enfrente de nuestras frutas dulcísimas y aro-

mosas, aun tan bárbaramente tratadas en su cultivo? ¿Dónde van a parangonarse las flores de aquellos jardines, de formas y matices extraordinarios sin duda, pero pálidas e inodoras, al lado de nuestras flores, de nuestras rosas y claveles, cuasi silvestres, pero luminosos y encendidos, más que coloreados, y henchidos de éteres y fragancias, capaces de resucitar a los muertos?» (Macías Picavea: *El problema nacional*, pág. 67.)

Pero más que generalidades—continuó don Félix—querrá usted

DATOS CONCRETOS

LLA van algunos recientes:

El importe de la naranja que sale anualmente de España suele llegar a setenta millones de pesetas, a tres el de los limones, a cincuenta el de las almendras, a cincuenta también el de las uvas o pasas, a quince el de los higos, y el de la cebolla ha llegado estos años, ¡pásmese usted!, a treinta millones de pesetas. Eso sin contar las legumbres y hortalizas que se consumen en el mer-

cado interior, cuyo importe no suele bajar de unos mil millones de pesetas.

Nada digamos de otros productos, como el aceite, en que España lleva la palma a las demás naciones, el vino, el arroz, los cereales, el azúcar, el algodón, el cáñamo, el lino.

De la ganadería baste decir que hay actualmente en España diez y seis millones de ovejas y carneros, que importan cuatrocientos veinticinco millones de pesetas, y tres millones de cabezas de ganado vacuno, que valen más de mil millones de pesetas.

No quiere decir esto que nuestra agricultura sea todo lo próspera que puede y debe ser. Falta mucho para eso.

EL PROBLEMA DE LA AGRICULTURA ESPAÑOLA

no depende de la extensión, sino de la intensidad; hay que cultivar menos terreno, pero hay que cultivarlo mucho mejor; hay que volver los ojos y el corazón a esas tierras que, a pesar del desdén con que las miran, si alguna vez las miran, nuestros Gobiernos y muchos de los grandes propietarios, siguen dando más de lo que humanamente se podía esperar de ellas. «Será

una paradoja—dice Jacinto Benavente—, pero yo creo que si nuestras cosechas son tan pobres es porque nuestras mujeres y nuestros poetas no amaron nunca el campo.» (J. Benavente: *Por las nubes.*) El amor no es ciencia, pero hace estudiar; no es trabajo, pero hace trabajar. Los grandes enemigos de nuestra agricultura son la rutina y la falta de agua. Pues bien: el amor al campo, que, gracias a Dios, va despertando en nuestros Gobiernos y en muchos de nuestros propietarios y colonos, ha comenzado ya a combatir esos dos enemigos; al primero, con los sindicatos agrícolas, con el estudio atento de los terrenos, con las granjas y campos de experimentación, con el empleo de abonos minerales y de maquinaria moderna, mucho más perfecta que la antigua; al segundo, con la apertura de nuevos canales de riego, como los del Ebro, y con la construcción de grandes pantanos, como el de Níjar (Almería), el de Lozoya (Madrid), el de Ruidecañas (Tarragona) y varios otros en Andalucía y Valencia, además de los antiguos de Tivi, Elche y Almansa, construídos en el siglo XVI.

Gracias a estas mejoras se va levantando nuestra agricultura, y estas viejas ciudades que dormitaban a la sombra de la catedral, del Seminario o de la Audiencia, despiertan a nueva

vida, y aquella exigua animación burocrática de antes se va convirtiendo en ruido de talleres, en hervor de colmena, en cantos de labranza, en fiesta de bienestar y de trabajo. Valladolid, por ejemplo, que fué de las primeras que introdujeron estas mejoras, ha duplicado su población en estos cincuenta años, y tiene hoy una vida y prosperidad que antes no tenía.

No sé si le estoy molestando—dijo don Félix.

—Al contrario: le estoy oyendo a usted con sumo gusto. Necesitaba yo un poco de optimismo.

—Eso necesitamos todos, optimismo,

OPTIMISMO SANO Y ALENTADOR

alegría de vivir, conciencia de nuestro propio valer y de la eficacia de nuestro trabajo. Nuestros mayores no conocieron este negro pesimismo moderno, que envenena las fuentes del placer, mata toda noble iniciativa y toda aspiración ultraterrena y corta las alas a todos los sueños y a todas las ilusiones del corazón; y por eso fueron lo que fueron: dueños de sí mismos, dueños del mundo y dueños, sobre todo, de Dios.

Al comenzar el reinado de los Reyes Católicos, España estaba infinitamente peor que ahora, y, gracias al optimismo de aquellos Reyes incomparables, y de aquellos pueblos, que seguían como corderos a sus reyes, y se lanzaban como leones contra los enemigos de su Religión y de su Patria, logró ésta en veinte años ser la primera nación de Europa y del Mundo.

—Pero no me negará usted que hoy se necesitan más medios materiales, digamos dinero, para llevar a cabo cualquier empresa importante.

—No lo niego—dijo don Félix.

—Tampoco me negará usted que los recursos de nuestra agricultura no bastan.

—Añada usted los de nuestra

MINERIA, INDUSTRIA Y COMERCIO

¿PERO habla usted de veras?

—Tan de veras como antes. Este suelo español, con sus verdes praderías montañesas, con sus huertas de Murcia, con sus jardines valencianos, con sus doradas mieses de Castilla, no es más que un inmenso tapiz, que la mano de Dios ha ex-

tendido sobre un cofre inmenso, lleno de plata y de oro, de cobre y de hierro, de plomo y de mercurio y de otros ricos metales. Los extraídos el año 1907 se valuaron en doscientos cuarenta y siete millones de pesetas; deducidos los gastos de carbón (cuarenta millones), quedan todavía doscientos seis millones, mucho más de la mitad de lo que produjo el mismo año Inglaterra (trescientos setenta y cinco millones), que es la principal potencia minera. El año 1912 dieron las minas españolas nueve millones de toneladas de hierro, tres millones y medio de cobre y trescientas mil de plomo. El valor total de nuestra producción minera es de doscientos a doscientos cincuenta millones de pesetas, una centésima parte de lo que se produce anualmente en todo el mundo. La dificultad de las comunicaciones y transportes y la falta de carbón paraliza o dificulta mucho el movimiento minero e industrial. Francia, por ejemplo, tiene ocho veces más vías de transportes que nosotros.

En cuanto al carbón, la falta es más sensible, porque, teniéndolo abundantísimo en España, nos vemos obligados a traerlo de fuera a muy subido precio. Tenemos más de 10.000 kilómetros cuadrados de terreno carbonífero, de los cuales sólo se explotan actualmente 250

kilómetros en las cuencas de Mieres, Langreo, Puertollano, Belmez, etc.

A pesar de lo cual, prospera nuestra industria y prosperará mucho más conforme se vayan venciendo esas y otras dificultades. Hoy las grandes industrias están en el Nordeste y Sur de la Península, pero pueden extenderse, y espero que muy pronto se extenderán también al centro, utilizando para ello la energía eléctrica, producida por los grandes saltos de agua de nuestros ríos.

Nuestra principal industria, la siderúrgica, está en Asturias y Vizcaya. La *Sociedad de Altos Hornos de Bilbao* es una de las mayores empresas fabriles de España y suministra gran parte del material de hierro y acero necesario para las construcciones navales y de ferrocarriles. El valor total del hierro elaborado en toda España es de cincuenta y tres millones; pero esto es muy poco. La mayor parte del mineral se lleva a Inglaterra, donde es elaborado, perdiendo así España unos quinientos millones de pesetas, que no había para qué regalárselos a los ingleses.

Los que han estudiado este punto dicen que lo que le falta a la industria española es organización técnica; que no hay ingenieros químicos en nuestras azucareras; que nuestras indus-

trias siderúrgicas no están en manos de aceristas; que el carácter de todo nuestro sistema industrial es el horror al técnico; que nuestros productos no pueden luchar ni en calidad ni en precio con los extranjeros; que...

Aquí llegaba don Félix cuando el tren se detuvo de pronto, y el señor de las gafas, volviendo como de un sueño, exclamó:

—¡Toma, si ya estamos en Aranda!

Y cogiendo apresuradamente el paraguas y un saco de noche que traía, se despidió de nuestros viajeros, dando las gracias a don Félix por el bien que le había hecho con sus palabras, llenas de optimismo sano y alentador, y poniéndose incondicionalmente a sus órdenes.

VII

CAMPOS DE ESTRELLAS. — EL SEÑOR DE PEÑAFIEL. — LA FÁBULA DE LA LECHERA. VIAJEMOS POR ESPAÑA A LA ESPAÑOLA. — LA VIDA ES SUEÑO. — EL PRÍNCIPE DESPIERTA. — AQUÍ LA ENVIDIA Y MENTIRA...

EN LA ESTACIÓN DE ARANDA

QUE señor tan amable! — dijo Gonzalo apenas desapareció el de las gafas—. Al principio se me hizo antipático. Parece que le habían dado dinero para que hablara mal de España. Cuando le dijo usted que no éramos tan pobres ni valíamos tan poco como él decía, yo creí que se iba a enfadar, pero no.

—¡Qué se había de enfadar!—dijo don Félix—. Al contrario; ya viste cómo se alegró cuando le dije lo bueno que hay en España. Estaba deseando el buen señor que alguno le quitara de la cabeza aquellas ideas antiespañolas, que expuso al principio, más negras que la tinta con que andan por ahí impresas en libros y periódicos.

—¿Y vive aquí en Aranda ese señor?

—Sí, aquí vive. Es registrador de la propiedad.

—¿Aranda será un pueblacho, no?

—Tiene cinco mil setecientos vecinos, mil más que Ríoseco, y es una de las poblaciones más importantes de la provincia de Burgos. Antiguamente fué famosísima por sus industrias y comercio y por los varones insignes que de ella salieron, tales como don Pedro Acuña, Obispo de Salamanca y de Astorga; don Diego de Avellaneda, presidente del Consejo de Navarra, y don Francisco Pérez del Prado, Inquisidor general y Obispo de Teruel. Aquí nació también don Bernardo de Sandoval y Rojas, Arzobispo de Toledo, gran amigo y protector de Cervantes, el cual dice, hablando de él y del conde de Lemos, que también le favorecía: «Estos dos príncipes, sin que los solicite adulación mía ni otro género de aplauso, por sola su bondad, han tomado a su cargo el hacerme merced y favorecerme, en lo que me tengo por más dichoso y más rico que si la fortuna, por camino ordinario, me hubiera puesto en su cumbre.»

—Y, a propósito de escritores, ¿te fijaste, al pasar por Peñafiel, en aquel que te dije que era el convento de Padres Pasionistas?

—Sí, y en unas murallas muy viejas.

—Pues aquel convento y aquellas murallas

los levantó, hace siete siglos, un escritor de sangre real:

EL INFANTE DON JUAN MANUEL

sobrino de Alfonso *el Sabio* y nieto de San Fernando. En el convento, que fué antiguamente de Padres Dominicos, se conservan todavía los restos de la bienaventurada Juana de Aza, madre de Santo Domingo de Guzmán, y una estatua de mármol de don Juan Manuel. Fué éste uno de los señores más revoltosos de su tiempo y el único a quien no logró haber nunca a las manos Alfonso XI. En cierta ocasión, le mandó a decir el Rey que viniera a verse con él, que quería hacerle el honor y darle el puesto que merecía. Pero don Juan Manuel le respondió que «no se verá con él si non en logar do haya un río que esté entre ambos a dos, y el río sea bastante grande para que no puedan pasar los unos a los otros». Replicó el rey que le placía, pero entonces le contestó don Juan que lo más seguro sería no verse con él en ninguna parte.

Este hombre tan turbulento fué, como digo, uno de los escritores más fecundos y geniales de nuestra literatura y uno de los mejores cuen-

tistas del mundo. Mira con qué gracia cuenta él

LA FABULA DE LA LECHERA

ACO, al decir esto, un libro que había comprado aquella mañana en Valladolid, y leyó: «Una mujer fué que habíe nombre doña Truhana et era asaz más pobre que rica; et un día iba al mercado et levaba una olla de miel en la cabeza. Et yendo por el camino comenzó a cuidar que vendería aquella olla de miel et compraría una partida de huevos, et de aquellos huevos nacerían gallinas, et las vendería, et de aquellos dineros que valdrían compraría ovejas; et así fué comprando de las ganancias que faría fasta que se falló más rica que ninguna de sus vecinas. Et con aquella riqueza que ella cuidaba que había, asmó (pensó) cómo casaría sus fijos et fijas, et de cómo iría aguardada por la calle con yernos et con nueras, et cómo dirían por ella como fuera de buena ventura en llegar a tan grant riqueza, seyendo tan pobre como solía ser. Et pensando en esto comenzó a reir con gran placer que había de la su buena andanza, et en riendo, dió con la mano en su

frente; et entonce cayó la olla de la miel en tierra et quebróse. Cuando vió la olla quebrada comenzó a facer muy gran duelo, tuviendo que había perdido todo lo que cuidaba que habría si la olla no se quebrara. Et porque puso todo su pensamiento por fiucia vana, non se fizo nada al cabo de lo que ella cuidaba.»

Todos estos pueblos están llenos de

RECUERDOS HISTORICOS

y traen a la memoria algún nombre glorioso. En Osma, adonde llegaremos en seguida, floreció en el siglo XII un santo Obispo, conocido con el nombre de Pedro de Osma; en Almazán nació el célebre jesuíta Diego Lainez, segundo general de la Compañía de Jesús y uno de los teólogos que más se distinguieron en el Concilio de Trento; en Medinaceli murió Almanzor; Agreda fué cuna de la venerable María de Jesús Coronel, conocida con el nombre de la venerable Agreda, célebre por su correspondencia con Felipe IV y por su libro titulado *Mística Ciudad de Dios*. De Soria eran Bartolomé y Diego de Torres, célebres astrólogos del siglo XVI; Pedro de Rúa y Agustín de Salazar, muy conocidos en la república de las letras; An-

tonio de Salcedo, corregidor de Madrid, donde se hicieron bajo su dirección el cuartel de reales guardias de Corps, la Casa Hospicio y el puente de Toledo.

¿Quién podrá contar todos los nombres gloriosos que resplandecen como estrellas sobre estos pueblos oscuros?

CAMPOS DE ESTRELLAS

ES costumbre muy laudable la de aquéllos que, cuando emprenden un viaje, leen de antemano o llevan consigo algún libro o guía ilustrada de la región que van a visitar. ¡Lástima que escaseen tanto en España estos libros, y que los que hay sean, en general, tan medianos! Necesitamos un libro o una serie de libros que nos enseñen a viajar por España, a la española, de modo que veamos en cada lugar todo lo bueno y grande que en él ha habido, y así no nos fijaremos tanto en lo malo que tal vez hay ahora en algunos de ellos. Cuando de esta manera viajemos por España, veremos que no hay en ella rincón ninguno tan oscuro donde no brille, quizá sobre algún establo, como el de Belén, alguna

estrella, algún nombre glorioso; ni campo tan estéril donde no florezcan dulcísimos recuerdos de amor y poesía; ni roca tan dura de cuyas entrañas no brote alguna fuente de santidad o de heroísmo; ni río tan despreciable que no sea para nosotros de leche y miel por las dulces memorias que su nombre suscita en nuestra mente. España aparecerá entonces a nuestros ojos como un inmenso campo de estrellas, como un jirón de cielo que flota entre dos mares, como un broche de oro que une dos continentes, como una inmensa bandera tendida sobre un sepulcro glorioso y cubierta de flores y palmas inmortales.

MIRANDO AL CIELO

DICHO esto calló, y callado siguió largo rato, revolviendo en su mente los pensamientos que él mismo acababa de evocar y los que la vista del cielo, entonces sereno, le inspiraba. Gonzalo se puso a mirar también a las estrellas. De pronto exclamó, viendo un punto luminoso que se movía en el espacio:

—¡Una estrella errante!

—Es un beso que te envía tu papá desde el cielo—dijo don Félix—, por las buenas notas que has sacado en los exámenes. Y volvieron a quedar los dos en silencio. Poco después lo interrumpió de nuevo don Félix.

—Yo no sé—dijo—lo que tiene la vista del cielo, que no me cansa nunca, y siempre me sugiere algún buen pensamiento. ¿Sabes lo que iba pensando ahora? Me figuraba que yo era un príncipe, como el que pinta Calderón en *La vida es sueño*, y que estaba preso y aherrojado como él en una cárcel muy oscura, donde había, además, muchas sabandijas y bestias feroces. Desde el fondo de mi prisión veía a lo lejos el Palacio Real, donde mi padre estaba celebrando un banquete con sus cortesanos; y me parecía que la luz de las estrellas era la que salía del interior por las ventanas y celosías.

—Pero eso no es verdad—dijo Gonzalo.

—Así a la letra, no; porque ni yo soy príncipe, ni el tren es cárcel, ni hay aquí palacios, ni banquetes, ni fieras ni cosa alguna de las que he dicho; pero en el fondo de todo eso hay una gran verdad. Si no, dime:¿Dios es nuestro Padre?

—Sí. Por eso decimos: Padre nuestro que estás en los cielos...»

—¿Y es también Rey?

—También, y el mayor de todos los reyes.

—Según eso, ¿los hombres serán príncipes?

A Gonzalo le pareció esto demasiado; pero la consecuencia era clarísima, y no se atrevió a negarla rotundamente.

—Los buenos—dijo—sí lo son.

—Y los malos—añadió don Félix—deben serlo también, haciéndose buenos, para que Dios los reciba en su gracia y los reconozca por hijos suyos y herederos de su gloria. Dime ahora: ¿Cuál es el Palacio Real de Dios?

—El cielo.

—Y la tierra, ¿qué es?

Gonzalo no supo qué contestar.

—La tierra—dijo don Félix—es un valle de lágrimas, un lugar de destierro. «A ti suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas...»—le decimos a la Virgen—. «Y después de este destierro, muéstranos a Jesús.»

—Eso está en la Salve.

SI. ¿Y sabes tú quién compuso esa oración que pudiéramos llamar la oración de los desterrados del cielo, la más hermosa de cuantas han inventado los Santos Padres y escritores católicos para invocar a la Virgen? Pues la

compuso un Obispo gallego, San Pedro Mezonzo, que nació el año 930 en una aldeíta de la Coruña llamada Curtis, y de monje benedictino llegó a ser Obispo de Compostela. ¿Ves cómo era verdad lo que te dije: que el hombre es un príncipe desterrado?

—Sí; pero no encarcelado.

—También está encarcelado. Cuando decía Santa Teresa que para ella la vida era una muerte y que sólo deseaba que cayeran, hechos pedazos, esta cárcel y estos hierros, ¿de qué cárcel y de qué hierros te parece que hablaba? De los hierros y de la cárcel de este cuerpo mortal y corruptible que no la dejaba volar a Dios y verle cara a cara.

UNA NOCHE

en que se mostraba, como ahora, hermosísimo, se puso a mirar al cielo Fr. Luis de León, y viéndolo adornado de innumerables luces, sintió un ansia ardiente de volar hacia él, y llorando decía:

Morada de grandeza,
templo de claridad y hermosura,
mi alma, que a tu alteza
nació, ¿qué desventura
la tiene en esta cárcel baja, oscura?

Volvía luego los ojos a la tierra, y viendo a los hombres entregados al sueño y olvidados de sus altos destinos, les daba voces, y les decía:

¡Ay! Despertad, mortales;
mirad con atención en vuestro daño:
¿las almas inmortales
hechas a bien tamaño
podrán vivir de sombra y sólo engaño?
. . . . . .
¿Quién es el que esto mira,
y precia la bajeza de la tierra,
y no gime y suspira
por romper lo que encierra
el alma, y de estos bienes la destierra?

—Diga usted, don Félix—preguntó Gonzalo—: ¿ese Fray Luis de León es un fraile muy sabio que estuvo preso en Valladolid?

—Sí.

—¿Y por qué le metieron en la cárcel?

—El mismo lo declaró al salir de ella en estos versos que, según dicen, dejó escritos en su celda:

Aquí la envidia y mentira
me tuvieron encerrado.
¡Dichoso el humilde estado
del sabio que se retira
de aqueste mundo malvado,

y con pobre mesa y casa,
en el campo deleitoso,
con sólo Dios se compasa
y a solas la vida pasa
ni envidiado ni envidioso!

Las almas grandes, aunque están cautivas en el cuerpo, brillan en la oscuridad de esta vida como las lámparas que arden de noche en las iglesias; pero hay unas aves nocturnas, que se llaman la envidia y la mentira, que apenas ven brillar una de esas luces, aunque arda delante de un sagrario, la matan de un aletazo para chupar mejor el aceite de la lámpara.

Notó, al decir esto, don Félix, que Gonzalo se quedaba dormido. Lo acostó con mucho cuidado en el sofá, y él se quedó sentado junto a la ventanilla, mirando a las estrellas.

LIBRO SEGUNDO

LA SANGRE ESPAÑOLA

I

TIERRA HEROICA. — IBEROS Y CELTAS. — LA CAPA Y LA MANTILLA. — EN EL MUSEO NUMANTINO. — UNA UÑA DE LEÓN. — ESPADAS Y PUCHEROS

I

TIERRA HEROICA. — IBEROS Y CELTAS. — LA CAPA Y LA MANTILLA. — EN EL MUSEO NUMANTINO. — UNA UÑA DE LEÓN. — ESPADAS Y PUCHEROS

TIERRA HEROICA

ESTABA amaneciendo. En los vecinos pinares se oían silbidos de tordos y oropéndolas, mezclados con arrullos de tórtolas y torcaces, que parecían canciones de cuna; los regatuelos corrían por los prados o saltaban de roca en roca cantando y riendo como niños felices; las hierbecillas estaban cubiertas de rocío, cuyas gotas diríase que eran las perlas y diamantes, desprendidos del manto de la noche. La tierra de Soria parecía desde el tren un inmenso escudo de bronce, dorado por el fuego de Numancia. Una nube de color de oro y sangre flotaba en el espacio, como una gran bandera española.

De pronto rasgó el sol un jirón de niebla que lo cubría y apareció resplandeciente, como una diadema de oro, sobre la cumbre de una montaña. Los viajeros besaron en espíritu aquella tierra heroica y saludaron con fervor religioso aquellas cumbres donde se posaron temerosas las águilas romanas, que el hierro celtíbero ahuyentaba de Numancia.

—¿Llegamos ya?—preguntó Gonzalo, medio dormido todavía.

—Sí, ya estamos llegando—dijo don Félix—. Anda, aséate un poco, mientras yo recojo esto.

No habrían pasado diez minutos, cuando volvió corriendo Gonzalo a medio lavar y con los pelos revueltos.

—¡Ya estamos en Soria!—dijo—. Y yo que creí que todavía faltaba mucho.

—No te dije que ya estábamos llegando.

En esto paró el tren, y Gonzalo vió desde la ventanilla a su tío, que había venido a esperarles.

—¡Aquí, tío!—gritó, pugnando por abrir la portezuela.

Don Gaspar acudió en su ayuda, y antes que Gonzalo pusiera los pies en el suelo, le cogió en brazos y le dió dos sonoros besos, diciendo:

—Eres un valiente. Ya sé que has estado muy bien en los exámenes.

Saludó luego a don Félix y le felicitó por

los triunfos de Gonzalo, que también eran suyos.

Dirigiéronse inmediatamente al hotel, y mientras desayunaban, propuso don Gaspar el siguiente programa, que fué aprobado en el acto. Por la mañana, visita de algunos monumentos importantes de la ciudad: iglesia de Santo Domingo, Colegiata de San Pedro, ruinas de San Juan de Duero, Casa de los Doce Linajes, etc. Al fin, como preparación para la jornada de la tarde, verían despacio el Museo Numantino, instalado provisionalmente en la planta baja de la Diputación. Por la tarde, excursión a las ruinas de Numancia.

RECUERDOS DE SORIA

AS primeras visitas fueron muy rápidas. En la Colegiata les llamó la atención un hermoso cuadro del Descendimiento, atribuído al Tiziano, y el sepulcro de don Martín Sánchez, deán de aquella iglesia y capellán de Don Juan II. También les gustaron mucho la fachada románica de Santo Domingo y los claustros de San Juan de Duero, correspondientes

a la época de transición del románico al gótico.

Al llegar a la Beneficencia les dijo don Gaspar:

—Aquí dicen que estuvo antiguamente el convento de Padres mercenarios. De todos modos, aquí en Soria vivió los tres últimos años de su vida, y aquí murió el 12 de marzo de 1648, fray Gabriel Téllez, conocido en la república de las letras por el seudónimo de *Tirso de Molina*, que han hecho inmortal: *El Condenado por desconfiado*, *El Burlador de Sevilla* y *La prudencia en la mujer*.

Pero lo que el viajero busca en Soria—añadió don Gaspar—no son estos monumentos, ni estos recuerdos: es Numancia. Aquí todo es numantino: Centros, Corporaciones, paseos.

—¿Pues no dijo usted que éste se llamaba de Cervantes?—objetó Gonzalo.

—Porque Cervantes escribió una tragedia titulada *La Numancia*. Yo creo que si les preguntaran, uno por uno, a los de Soria: «Usted, ¿de dónde es?», muchos responderían que de Numancia. Dentro de poco se levantará en medio de este paseo un hermoso edificio de piedra, sobre el cual se leerá en letras de bronce este título: *Museo Numantino*. En él se guardarán las reliquias de aquella he-

roica ciudad celtíbera que llamó un escritor romano, Lucio Anneo Floro, «la más alta honra de España». Mientras se construye el nuevo edificio, está provisionalmente instalado el Museo en la planta baja de la Diputación.

Luego, volviéndose a Gonzalo, añadió:

—Para que saques algún provecho de lo que vamos a ver ahora en el Museo y veremos esta tarde en las ruinas, voy a decirte, con permiso de don Félix, dos palabras acerca de los primeros pobladores de España.

—Estaba deseando—dijo don Félix—que usted hablara de esto en alguna ocasión, y ninguna mejor que ésta. Hable con toda libertad, porque le advierto, aunque usted acaso no lo crea, que yo en historia antigua, y sobre todo en *pre* y *protohistoria*, estoy lo mismo que Gonzalo.

—No, no lo creo—dijo don Gaspar—; pero hablaré como si lo creyera.

LOS PRIMEROS POBLADORES DE ESPAÑA

de que tenemos noticias ciertas son los iberos, de los cuales creen algunos que proceden directamente los vascos. ¿Eran los iberos de

origen ario o turanio? No lo sabemos. Tal vez el nombre de iberos comprendiera varias razas que peregrinaron juntas y se establecieron simultáneamente en nuestra Península, que por eso se llamó más tarde y se llama todavía Península Ibérica.

Después de los iberos (unos quinientos años antes de Jesucristo), vinieron a España los celtas, pueblo de origen ario o indogermánico, muy extendido entonces por Europa. Entraron los celtas, según parece, por los Pirineos, y, después de un período más o menos largo de luchas con los iberos, que naturalmente les opondrían alguna resistencia, lograron establecerse en el noroeste de la Península, en lo que es ahora Galicia y Portugal. Los iberos ocuparon la falda del Pirineo, todo el litoral del Mediterráneo y gran parte de Andalucía. En el centro se fundieron ambas razas, y por eso se llamó Celtiberia a aquella región, cuyos límites debían ser, aproximadamente, el Ebro, Segorbe, Alcázar de San Juan, Ocaña. Unos y otros estaban divididos en tribus independientes. Las que ahora nos conviene conocer son las celtíberas, que podemos dividir en dos grupos: ulteriores y citeriores. Al primero pertenecían los *arévacos* y *pelendones*, que ocupaban la actual provincia de Soria; al segundo, los *lusones*, cuya

capital era *Contrevia*, hoy Daroca; y los *belos* y *titos*, cuyas ciudades principales eran *Segeda*, *Segóbrida* y *Ocilis*.

COMO ERAN LOS PRIMEROS POBLADORES DE ESPAÑA

OS iberos y los celtíberos, éstos, sobre todo, eran de mediana estatura, pero de recio temple, como el hierro de sus espadas; nervudos y ágiles, como leones, y fieros, como ellos, para defender su independencia; valientes sin presunción; leales sin bajeza; duros, como yunques, para el trabajo; constantes, sufridos y de un tesón y de una resistencia y frugalidad sólo comparables a las que se observan todavía en nuestros soldados y labriegos. Añade un historiador alemán que los antiguos españoles eran muy agradecidos y hospitalarios, algo candorosos, como todos los pueblos primitivos, muy apegados a sus tradiciones y enemigos de todo influjo extranjero.

—Ahora no somos así—dijo Gonzalo.

—Algo hemos perdido de aquella fiera independencia y de aquella aversión a lo extranjero.

—Dice mamá—añadió el niño—que sólo nos gusta lo que viene de fuera. También lo nuestro vale, ¿no?

—También; y si algo vale menos, trabajemos para que valga más; y en vez de hablar de nuestro atraso e incultura, procuremos que España se levante de su postración y sea la primera nación del mundo.

La base de la organización social de los celtas e iberos—continuó don Gaspar—era la familia. El padre era el jefe en todos los órdenes. Al morir el padre, cada uno de los hijos podía constituir una nueva familia; pero sin romper los vínculos que la unían a otras familias del mismo tronco, con las cuales formaban una *gente* o *gentilidad*. El conjunto de varias *gentes* formaba una tribu, gobernada por el consejo o asamblea de los jefes de familia. Algunas tribus iberas del sur de la costa oriental parece que tenían un solo jefe o reyezuelo. Las demás tribus elegían en tiempo de guerra un caudillo, cuya autoridad, siempre muy limitada, solía durar lo que duraba la guerra.

IVIAN, generalmente, en *burgos* o *castros*, que eran a la vez fortalezas y caseríos. Los celtíberos tenían, además de estos pequeños *burgos*, algunas grandes ciudades o plazas fuertes, que eran el último baluarte de la defensa nacional. Segoncia, por ejemplo, Bílbilis y Uxama eran verdaderos castillos roqueros; Termancia parecía un nido de águilas. Las obras de fortificación de estas ciudades eran enormes. Los muros de Numancia tenían seis metros de espesor; los de Monreal de Ariza estaban provistos de torres y de puertas hábilmente defendidas; los de Arévalo y Calatañazor parecían obra de gigantes.

Del interior de esas ciudades nos dan alguna idea las ruinas de Numancia. El trazado de las calles es completamente regular. Las casas tienen doce metros de largo y tres de ancho, y están divididas en tres partes: la primera, que da a la calle, servía de bodega y despensa; la segunda, de cocina, y la tercera, de dormitorio. En las ruinas se han encontrado multitud de utensilios que veremos en seguida en el Museo. La comida ordinaria de los celtíberos era la carne. El vino lo traían de la costa oriental, y, mezclándolo con miel, hacían una bebida muy

agradable, distinta de la *cerea* o *celia*, que elaboraban ellos mismos con trigo fermentado, y debía ser muy parecida a la cerveza.

Vestían una túnica de lino con franjas de púrpura, sobre la cual llevaban el *sagum* o capa negra, sin mangas, abierta por delante y sujeta sobre el pecho con una fíbula o imperdible.

—¿Y con una esclavina sobre los hombros? —preguntó Gonzalo.

—Sí—dijo don Gaspar, algo extrañado de la pregunta.

—Como la capa de don Félix—dijo, riéndose, el muchacho.

—Así es—dijo don Gaspar.—La capa española es el *sagum* de los celtíberos, y de ellos la tomaron las legiones romanas. Para los pies usaban unas sandalias de suela gruesa que sujetaban con unas cintas o correas que llegaban hasta la rodilla, y sobre estas sandalias (que bien pudieran ser la primera forma de nuestras abarcas y alpargatas) acomodaban unas polainas o botines de lana, como los que se usan todavía en algunas regiones. Los hombres se cubrían la cabeza con una gorra de piel, y las mujeres con un pañuelo que sostenían graciosamente con una ligera montura de metal. Tal vez sea éste el origen de la mantilla y de la peineta española. Las mujeres gustaban mucho de telas

policromadas y de vestidos que realzaran su talle esbelto y airosísimo, así como de broches primorosos, de gruesos sartales y de ricos brazaletes. Esto, como usted ve—dijo, volviéndose a don Félix—, se parece mucho

a lo que se conserva todavía
tal como lo guardó la bisabuela
y que, curiosa, la biznieta saca,
para lucirlo con orgullo un día,
de la caja de sándalo o de laca
donde con sueño plácido dormía.
La mantilla de blonda,
que con nardos o incienso se perfuma;
el abanico de carey y pluma,
que da a las gasas languidez de onda,
y a los encajes inquietud de espuma.
El mantón de Manila,
por cuyos pliegues vuela la bandada
de pájaros extraños, o desfila
la interminable procesión formada
por barcos, palanquines y muñecos,
y, sin cesar, enreda y desenreda,
sobre la falda de joyante seda,
los pesados torzales de sus flecos.
La sarta que sus perlas orientales
en el cuello de nieve tornasola,
o que enciende, con fuego de amapola,
sobre la piel trigueña sus corales;
y la calada y arrogante peina
que en el tiempo que España era española,
prestó a la reina gracia de manola
y a la manola majestad de reina.

—Es extraño—dijo don Félix—que no hayan desaparecido en tantos siglos la capa, la mantilla, la peineta y otras prendas y adornos que reconocerían como suyos los primeros españoles.

—También reconocerían seguramente, como suyas—añadió don Gaspar—algunas de nuestras danzas populares, como la *sardana*, la *jota* y el *aurresku*, que algunos historiadores identifican con las que ellos usaban. El baile de los *espatadantzaris* vascos dicen que es una danza guerrera antiquísima.

EN EL MUSEO NUMANTINO

EN estas pláticas llegaron nuestros viajeros a la Diputación, y cuando don Gaspar pronunció las últimas palabras estaban ya delante de unas vitrinas, llenas de objetos vulgarísimos y al parecer de ningún valor: escombros, ladrillos, adobes, tierra quemada, pedazos de madera ennegrecidos.

—He aquí—dijo don Gaspar—lo que queda de la antigua Numancia. Las verdaderas reliquias—añadió—están aquí.

Y al decir esto, les mostró unas vitrinas en que había cráneos, mandíbulas y huesos quemados. Lo que más les llamó la atención, sobre todo a Gonzalo, fué la falange de un dedo de mujer, que conservaba todavía un anillo. Vieron luego, muy bien clasificados y ordenados, huesos de caballos, de toros, de cerdos, de perros, de gallinas y de otras aves y animales domésticos. Había entre ellos algunas conchas y caracoles marinos y una uña de león.

—La industria del hierro llegó entre los numantinos a la mayor perfección—dijo don Gaspar, pasando a las vitrinas siguientes, en que había varios instrumentos de labranza: hoces, clavos, cuchillos, cadenas y bocados de caballo muy bien hechos, como los de ahora.

—Es extraño—dijo don Félix—que haya tan pocas armas.

—Fuera de esas empuñaduras y de esos pedazos de espada—dijo don Gaspar—y de algunos hierros de lanza y puntas de flecha, no se han encontrado en las excavaciones más que esas dagas. Esto, que a primera vista parece inexplicable, tiene una explicación muy sencilla. Escipión mandó a los pocos numantinos que se rindieron que entregaran las armas. Además, como las celtíberas eran muy estimadas, como ahora las de Toledo, parece na-

tural que los soldados romanos recogieran con avidez todas las que pudieran.

La cerámica numantina—añadió—es de una variedad y perfección admirable, como ven. Y les mostró las últimas vitrinas, donde había vasijas de todos los tamaños, formas y colores: grandes tinajas, cuencos, crateras, escudillas, vasos, tazas, jarras y pucheros. Había también algunas copas pintadas, de formas muy elegantes.

—En esas copas—dijo don Gaspar—bebieron los numantinos los últimos sorbos de celia al lanzarse a la muerte por la independencia de su patria.

II

AMOR A LA INDEPENDENCIA. GRIEGOS, FENICIOS Y CARTAGINESES. — CÓMO UNOS BUEYES PUEDEN GANAR UNA BATALLA. — EL RODILLO DE ASDRÚBAL. — LO QUE NO SABÍA NAPOLEÓN. — EL JURAMENTO DE ANÍBAL. — LOS ESPAÑOLES EN ITALIA

LAS DOS SORTIJAS

A las tres de la tarde tomaron un coche nuestros viajeros, y por la carretera de Garray se dirigieron al cerro de la Muela, donde un ingeniero español, don Eduardo Saavedra, descubrió, en 1863, las ruinas de Numancia.

—Oye, Gonzalo—dijo don Félix, apenas salieron a la carretera—: ¿qué fué lo que más te gustó de todo lo que vimos en el Museo?

Gonzalo se quedó un poco pensativo.

—¿A que lo acierto yo?—dijo don Gaspar—. Lo que más te gustó de todo fué la uña de león.

—También eso me gustó—dijo Gonzalo—; pero no fué lo que más.

—Lo que más te gustó—dijo don Félix—fué aquel dedo que tenía una sortija.

Gonzalo dijo que sí.

—¿Y qué tenía de particular aquel dedo? —preguntó don Gaspar.

—Yo no sé lo que tenía—contestó el niño—; pero, al verlo, me acordé de aquella sortija que usted dijo que le había quitado un pajarillo a la reina Isabel, y luego la había dejado caer en medio del mar; y me parecía que esta sortija era como aquélla.

—Efectivamente—dijo don Gaspar—, se parecen mucho esas dos sortijas. Aquélla cayó en medio del mar, y fué América; ésta cayó en medio de las llamas y de la sangre de Numancia, y fué España; ésta es el símbolo de nuestra independencia; aquélla, el de nuestra unión y de nuestra grandeza y poderío.

AMOR A LA INDEPENDENCIA

NO de los rasgos más característicos del pueblo español, quizá el más característico de todos, es el amor a la independencia. «La primera impresión que produce nuestra historia, dice un autor, es la de un pueblo que lucha sin tregua ni descanso, que vence y domina aun siendo aparentemente dominado y vencido y que renace de sus cenizas como el fénix. Sus enemigos más audaces no lograron verlo humillado, y cuando creían que su ruina era completa, veían con asombro que el edificio estaba íntegro y que la victoria sólo había sido un paréntesis.»

—¿Y cómo se explica—dijo don Félix—que los fenicios y los griegos se apoderaran tan fácilmente de los mejores puertos del Mediterráneo y fundaran colonias tan florecientes como las de Gades (Cádiz), Málaca (Málaga), Rode (Rosas) y Emporiom (Ampurias)?

LOS FENICIOS

dijo don Gaspar—no vinieron a España como conquistadores, sino como simples mercade-

res. Sus conquistas fueron obra, no de la fuerza, sino del ingenio, de la habilidad, de la cultura y civilización asiática, muy superior a la de los sencillos iberos. Como los indios de nuestros días, desconocían aquellas tribus el valor de las cosas y daban por cuatro baratijas esclavos, pieles, estaño, plata, hierro y otros productos de muchísimo valor. Algunos comparan a los fenicios con los ingleses. La comparación es exacta si se aplica al sistema de colonización que han usado ambos pueblos, y se reduce a mantener a los naturales en su barbarie e ignorancia, para explotarlos con más facilidad.

LOS GRIEGOS

tampoco vinieron a España en son de conquista, sino como emigrados que no podían vivir en su patria, y buscaban un asilo en la nuestra. Como venían de paz y procuraron con buenos modos captarse la benevolencia de los españoles, éstos, que naturalmente eran francos y hospitalarios, los acogieron y dejaron vivir tranquilamente en algunos puntos del litoral.

Lo mismo hicieron al principio con las colonias fenicias. Pero llegó un día en que aquellos mercaderes quisieron ser dueños del país y ape-

laron a la violencia; y entonces fué cuando los iberos abrieron los ojos, y vieron que aquellos astutos mercaderes eran, como dice Mariana, hombres de avaricia insaciable, de gran crueldad y fiereza, compuestos de embustes y de arrogancia, gente impía y maldita, pues con capa de religión pretendían encubrir sus grandes engaños y maldades. Acudieron a las armas los valientes turdetanos, y en pocos días acorralaron en Cádiz a aquella tropa de tenderos y prestamistas que infestaban la tierra. En tan duro trance llamaron los fenicios en su ayuda a

LOS CARTAGINESES

los cuales, después de apaciguar a los turdetanos y arrojar de Cádiz a los fenicios, sólo pensaron en apoderarse de España para indemnizarse de la pérdida de Sicilia, que les habían arrebatado los romanos. Amílcar Barca recorrió en triunfo gran parte de Andalucía y Valencia y fundó una ciudad llamada Acra Leuka, que algunos historiadores creen que es Peñíscola.

Los naturales, divididos como he dicho en pequeñas tribus, fácilmente eran vencidos por un ejército poderoso como el de Amílcar;

pero amantes como eran de su independencia, volvían a sublevarse de nuevo, y los vencidos no podían ser nunca dominados.

STO les pasó a todos los que invadieron nuestro territorio, a Amílcar el primero. A las órdenes de Istolacio e Indortes se levantaron en armas las belicosas tribus iberas, y aunque fueron vencidos y sus heroicos caudillos crucificados, el vencedor fué, al cabo, vencido y muerto en la famosa batalla de Vélice (Belchite), gracias a la estratagema de los bueyes, que pusieron delante de sus filas los españoles, con haces de paja embreada en los cuernos; y gracias también a la astucia de uno de los caudillos iberos, llamado Orisón, que, fingiéndose amigo de los cartagineses, se volvió contra ellos al mejor tiempo. Apenas comenzó la batalla, prendieron fuego los españoles a los haces de paja que habían atado a los cuernos de los bueyes, los cuales se lanzaron furiosos contra el ejército cartaginés. Al mismo tiempo se pasó Orisón a los nuestros, y entre todos hicieron una horrible matanza en el ejército de Amílcar. Unos dicen que el general cartaginés murió allí mismo a manos de los es-

«... los bueyes se lanzaron furiosos contra el ejército cartaginés.»

pañoles; otros, que al querer atravesar un río después de la batalla.

No tuvo mejor suerte ni fin más venturoso su yerno y sucesor

ASDRUBAL

Deseoso de vengar la muerte de Amílcar y de terminar cuanto antes la conquista de España, marchó inmediatamente contra los Orisos con un ejército de 50.000 infantes, 6.000 caballos y 200 elefantes, con el cual, como con un rodillo inmenso, aplastó brutalmente doce ciudades iberas y allanó los terrenos de Mastia, para levantar sobre las ruinas de la ciudad fenicia una nueva Cartago, émula de la metrópoli africana y asiento tal vez del trono de los Barcas.

Todo parecía sonreirle, cuando una noche penetró a deshora en su tienda un terrible celta que, poniendo en su daga sus agravios, los hundió para siempre en las negras entrañas del cartaginés (221)

Y fué

ANIBAL,

hijo de Amílcar, quien, después de vengar la muerte de su cuñado Asdrúbal, sólo pensó en cumplir un juramento que a los nueve años

había hecho en manos de su padre. Había jurado odio eterno a Roma; y a Roma quería llevar la guerra; pero antes era preciso dominar aquí las tribus rebeldes y asegurar bien las plazas conquistadas. Imposible resistir el empuje de aquel ejército formidable, dirigido ahora por uno de los mayores generales que ha habido en el mundo. Joven de gran espíritu y corazón, sobrio y templado, endurecido en el trabajo, más codicioso de honra que de deleite, prudente y perspicaz, habilísimo para trazar el plan de una campaña y presto y seguro para ejecutarlo, Aníbal no tiene más que un rival en la Historia: Napoleón.

¿Y sabe usted quién enseñó a estos dos grandes generales el arte de la guerra? España. Apio Floro dice expresamente que ella fué la maestra de Aníbal en el arte militar.

—Pero de Napoleón—dijo don Félix—no se puede decir otro tanto, o ¿qué fué lo que le enseñó España a Napoleón?

—Lo único que no sabía, y sabían aquí hasta los niños, y es: *Que un pueblo que ama a su patria como el nuestro, es invencible.* Así lo reconoció, aunque tarde, el mismo Napoleón. «Los españoles—decía—desdeñaron el interés para no ver más que la injuria; sublevároнse sin tener fuerza y portándose en masa como un solo hombre.»

—¡Lástima—dijo don Félix—que no le hubieran dado a Aníbal la misma lección!

—Imposible—dijo don Gaspar—. No la habían aprendido ellos todavía, ni la aprendieron en mucho tiempo. Cada tribu creía bastarse a sí misma y no quería nada con las demás. De manera que un ejército numeroso y bien disciplinado las podía ir venciendo una a una fácilmente. Fácilmente venció Aníbal en las primeras campañas a los *hólcades*, a los *carpetanos* y a los *vacceos*, y al mismo tiempo fué allegando recursos para la guerra de Italia, que no se hizo esperar. La ocasión de esta guerra fué la toma de

SAGUNTO

HACIA tiempo que los saguntinos andaban en pleitos con los turboletas: a lo que parece, por cuestión de límites entre unos y otros. Aníbal se puso de parte de los turboletas; pero Roma, aliada de los saguntinos, interpuso su autoridad diciéndole que no se mezclase en el pleito de los saguntinos ni traspasase en sus conquistas la línea del Ebro. Aníbal no buscaba la guerra;

pero tampoco la temía. En la primavera del año 219 salió con su ejército de Cartagena, puso cerco a Sagunto, y a los ocho meses la tomó, sin que los romanos hicieran nada para impedirlo, como parece debían haberlo hecho, después de declararse amigos y protectores de los saguntinos. La suerte estaba echada: la guerra con los romanos era inevitable, y Aníbal llevó la

GUERRA A ITALIA

PASO con un ejército numeroso los Pirineos, acampó junto al Ródano, y con una audacia sin ejemplo escaló los Alpes, cubiertos de nieve; y desde aquellas vertiginosas alturas cayó como un alud enorme sobre Italia. Quiso detenerle junto al Tesino Publio Escipión; pero Aníbal desbarató las legiones romanas y siguió como por terreno conquistado hasta el Trevia. Derrotó allí a Sempronio, y siguió triunfante hasta las márgenes del Trasimeno, donde le esperaba el cónsul Flaminio con un poderoso ejército. Aníbal rompió el ejército consular y avanzó hasta la Apulla, donde aplastó materialmente

el ejército del cónsul Varrón; y hubiera podido aplastar a Roma, si, en vez de ir a invernar a Capua, hubiera caído inmediatamente sobre la gran ciudad. Pero, como dijo uno de sus jefes, Aníbal sabía vencer, pero no sabía aprovecharse de la victoria, por lo cual ésta le abandonó más tarde para siempre en los campos de Zama, que fueron el sangriento Waterloó del Napoleón cartaginés.

—¿Y qué parte tuvieron en estos triunfos de Aníbal los españoles—dijo don Félix—, si tuvieron alguna?

—En la batalla de Trevia, 8.000 honderos mallorquines apoyaron a ocho estadios de distancia el avance de la caballería númida; y de los 20.000 soldados de infantería, los que mejor pelearon fueron los iberos. En la batalla de Trasimeno formaban la vanguardia los honderos baleares y éstos, con los iberos, capitaneados por Maharbal, decidieron la victoria.

El día de Cannas iban delante, como de costumbre, los baleares; la caballería ibera formaba con la de los galos el ala izquierda; detrás iba la infantería de galos e iberos, que cedió algo al primer empuje de los romanos, facilitando así un movimiento envolvente de las dos alas del ejército cartaginés que ciñó, como una enor-

me serpiente, al romano y lo ahogó entre sus férreas espirales.

Ya estamos en Numancia—dijo don Gaspar—. Ahora tenemos que ir a pie un rato hasta las ruinas.

Mientras subían a lo alto del cerro, contó don Gaspar lo que verá el lector en el capítulo siguiente.

III

EL SUEÑO DE ANIBAL. — LA ISLA DEL TESORO. — EL LEÓN DEVORADO POR LA SERPIENTE. — VIRIATO. — NUMANCIA, TERROR DE ROMA. — CAIDA DE NUMANCIA. — UN BESO DEL SOL

EL SUEÑO DE ANIBAL

CUANDO se dirigía a Italia dicen que una noche, cerca del Ebro, vió en sueños Aníbal un joven hermosísimo que le decía: «Yo soy el destinado por los dioses para guiarte a Italia. Sígueme sin volver los ojos atrás.» Pero Aníbal volvió los ojos, y vió detrás de sí una serpiente que iba devorándolo todo. Preguntó Aníbal qué significaba aquella visión. Y el joven le dijo: «No quieras escudriñar los secretos de los hados; sigue el camino que te muestran los dioses.»

Aníbal despertó, y a largas jornadas, como he dicho, siguió el camino de Italia, sin volver los ojos atrás, no porque hiciera caso de lo que había visto en sueños, sino porque creía que las cosas de España quedaban bien aseguradas. Para ello

había enviado al Africa el ejército de mercenarios iberos que tenía en la Península, y hecho venir de allá uno de libios, que, a las órdenes de su hermano Asdrúbal, podría fácilmente apaciguar cualquier alboroto. Pero si Aníbal, al tramontar los Alpes, hubiera vuelto los ojos atrás, tal vez hubiera visto salir por las bocas del Ródano una gran serpiente que se dirigía a las costas de España, llegaba al puerto de Emporio y arrojaba sobre nuestra patria un poderoso ejército romano que, a las órdenes de Cneo Escipión, iba a conquistar la Isla del Tesoro.

ASI llamaban a España las antiguas leyendas. En aquella isla misteriosa, decían, habitaba la hija del pernicioso Atlas, que conocía los abismos de todo el mar y poseía las altas columnas, erigidas entre el cielo y la tierra. Cerca de estas columnas estaban los huertos de las hespérides, cuyos árboles producían manzanas de oro.

Sale Hannón al encuentro de los romanos, y Hannón es vencido cerca de Tarragona. Arma Asdrúbal a toda prisa una poderosa escuadra y sale de Cartagena en busca de la escuadra enemiga; pero unas naves masaliotas, aliadas de

los romanos, deshacen la escuadra cartaginesa. Llega Publio Escipión con nuevos refuerzos, y juntos los dos hermanos vencen a Asdrúbal en Hibera (Tortosa?), toman inmediatamente a Sagunto y continúan su marcha hacia el sur. La serpiente iba devorándolo todo.

Las tribus iberas, cansadas ya de la crueldad y de la tiranía de los cartagineses, comenzaban a ponerse de parte de los romanos. Aprovecharon esta ventaja los Escipiones, y después de reforzar su ejército con tropas del país, lo dividieron en dos, para hacer frente a los tres que habían formado los cartagineses: el de Magón Barca, el de Asdrúbal Barca y el de otro Asdrúbal, hijo de Guiscón. En el primer encuentro fueron completamente vencidos los romanos, y perdieron sus dos generales y casi todo lo que hasta entonces habían conquistado. Gracias a la prudencia y serenidad de Lucio Marcio, pudieron retirarse hasta el Ebro y sostenerse allí mientras deliberaban en Roma sobre el caso. Dicen que cuando C. Claudio Nerón dió cuenta al Senado de la Catástrofe de Cástulo (Cazlona) y de la muerte de los dos Escipiones, se llenó de consternación aquella gravísima asamblea, y que nadie se atrevía a hablar. Entonces se levantó un joven de veinticinco años y, con voz clara y varonil, dijo:

YO SOY ESCIPION

Pido que se me nombre procónsul. Quiero ser el vengador de mi familia y del nombre romano. Entre las tumbas de mi padre y de mi tío sabré ganar victorias: tengo todo lo que se necesita para vencer.»

Lo tenía, en efecto. Su gran moderación y templanza, su reconocido valor, su carácter afable y nobilísimo apellido reclamaban para él aquella dignidad. Y el Senado se la dió.

Llega Escipión a Cartagena, y, combinando hábilmente sus fuerzas con las de Cayo Lelio, la toma por sorpresa. Dirígese luego, sin pérdida de tiempo, hacia el Sur, y casi en el mismo sitio donde tres años antes habían sucumbido su padre y su tío, desbarata el ejército de Asdrúbal. Salen a su encuentro Magón y el otro Asdrúbal, hijo de Guiscón, junto con Masinisa, rey de los númidas, y a los tres los derrota en la batalla de Ilipa, cerca de Cástulo, donde luchó valientemente a su lado el ibero Culchas. Finalmente, después de arrollar a Magón, hermano de Aníbal, marcha sobre la vieja Gades, y la rinde (205 a. de J. C.)

Vuelve inmediatamente sobre sus pasos y, después de apaciguar a los ilergetes, que se ha-

bían sublevado a las órdenes de Indívil y Mandonio, pasa a Italia, donde es recibido en triunfo e investido de la dignidad consular. De Roma se dirige a Sicilia, y de allí a las costas de Africa, donde se corona de gloria venciendo al mismo Aníbal en la batalla de Zama (202). La serpiente romana había devorado al león cartaginés.

Cuentan que, hallándose un día en la corte de Siria estos dos grandes generales, preguntó Escipión a Aníbal: —¿Quién os parece que es el mayor general que ha habido en el mundo? —Alejandro—respondió Aníbal. —¿Y después de Alejandro? —Pirro, rey del Epiro. —¿Y el tercero? —El tercero, yo—respondió Aníbal. —¿Y qué diríais si me hubieseis vencido? —Entonces—contestó Aníbal—me pondría yo el primero de todos.

NO OS FIEIS DE LOS ROMANOS

UNA vez arrojados de España los cartagineses, los romanos, que hasta entonces se habían mostrado amigos y protectores de los naturales, comenzaron a tiranizarlos. Entonces, aunque tarde, comprendieron los españoles que los roma-

nos les habían ayudado a sacudir el yugo cartaginés para imponerles el de Roma; que habían mudado de amo, y que el nuevo no era mejor que los anteriores. «No os fieis—decían Indívil y Mandonio a sus compatriotas—, no os fieis de unos extranjeros que, con pretexto de abatir el orgullo de los cartagineses, vienen a quitaros vuestra libertad y a usurparos vuestros bienes. Así vinieron antes los griegos y los cartagineses, prometiéndoos fidelidad y dándoos buenas palabras, para alzarse después con el mando.» Pero ¿qué adelantaban con esto los españoles? Nada; porque seguían tan desunidos como antes. Una a una iban venciendo los romanos a aquellas pequeñas tribus, que unidas hubieran sido invencibles.

Para asegurar bien la conquista de España, envió el Senado romano al cónsul Marco Porcio Catón, el cual procuró entrar a buenas con los naturales; pero éstos no se fiaban ya de palabras y se volvieron contra él. Entonces cambió de táctica, y lo llevó todo a sangre y fuego. El mismo Catón decía más tarde, alabándose de ello, que había tomado más ciudades en España que días había estado en ella.

A Catón siguieron otros pretores, cuya violencia y rapacidad provocó al fin una guerra desesperada. Casi al mismo tiempo, se suble-

varon los lusitanos, los celtíberos, los belli, los titios y los arévacos.

Roma se dió cuenta del peligro, y envió a España al cónsul Quinto Fulvio Nobilior, con orden de dirigirse inmediatamente

A NUMANCIA

capital y último baluarte de los celtíberos. Un jefe de éstos, llamado Karos, trató de rechazarle, y en aquella sierra—don Gaspar señaló la de Santa Ana—venció al Ejército consular el día 23 de agosto del año 153 (a. de J. C.). Pero Nobilior no se dió por vencido, y avanzó hasta Numancia. Viendo los arévacos que la guerra era inevitable, nombraron dos jefes,

AMBON y LEUCON,

ambos numantinos, y a sus órdenes se apercibieron para la lucha. Antes de entablarla de veras, hicieron a Nobilior proposiciones de paz; pero él las rechazó. Comenzó, pues, la lucha, y ahí, en ese llano, a vista de la ciudad, a vista de sus madres y esposas, los valientes celtíberos

hicieron morder el polvo repetidas veces a los romanos.

Marco Claudio Marcelo, sucesor de Nobilior, llegó a un acuerdo con los numantinos; pero el Senado lo desautorizó, y envió a España (151 antes de J. C.) al cónsul Lucio Licinio Lúculo y al pretor Servio Sulpicio Galba. El primero era pérfido y cruel; el segundo, la misma perfidia y la misma crueldad. En cierta ocasión, ofreció Galba una paz honrosa a los lusitanos y les dió tierras para que las cultivasen; pero apenas entregaron las armas, a unos los pasó a cuchillo, a otros los redujo a esclavitud. Valentías como éstas, hizo Lúculo en las ciudades de Cauca, Intercacia y Palancia. En este momento entra en escena

VIRIATO

el prototipo del guerrillero español, que conoce palmo a palmo el terreno, acampa en las fragosidades de los montes y aparece y desaparece, como un duende, ya en un punto, ya en otro, fatigando de continuo al enemigo, aburriéndolo y desesperándolo, sin dejarle hacer uso ninguno de sus legiones y máquinas de guerra.

Con un puñado de hombres, venció Viriato, uno tras otro, durante diez años, a los pretores

Vectilio, Plancio, Unimano, Nigidio, Cayo Lelio, Quinto Fabio Máximo Emiliano; al cónsul Metelo y a Fabio Serviliano. A éste lo derrotó completamente en Erisana (provincia de Jaén). El ejército romano emprendió una vergonzosa fuga; Viriato lo acorraló en un desfiladero y obligó al general a firmar un tratado en que reconocía la independencia de los lusitanos. El sucesor de Serviliano, Servilio Cepión, provocó la rescisión de aquel tratado, y, mientras estaban pendientes las negociaciones, compró a tres sicarios, que asesinaron villanamente en su tienda al invicto guerrillero.

Muerto Viriato, vuelve a recrudecerse la

GUERRA DE NUMANCIA

HABIA logrado Quinto C. Metelo apoderarse de Nertóbriga, Centóbriga y Contrevia; pero al querer apoderarse de Numancia, fracasó, y fué sustituído por el cónsul Quinto Pompeyo Aulo, que se propuso llevar adelante la guerra y no levantar mano de ella hasta verla terminada. Los numantinos hacían frecuentes salidas, y, con emboscadas, rebatos y sorpresas, tenían

continuamente en jaque al pobre Pompeyo y, como vulgarmente se dice, no le dejaban vivir. Para salir de aquel estado bochornoso, se dirigió contra Termancia; pero los termantinos le rechazaron valientemente y le obligaron a retirarse a ciertos barrancos y despeñaderos, donde pereció gran parte del Ejército. Furioso con este nuevo descalabro, se apoderó de Manlia y pasó a cuchillo una guarnición de numantinos que había en ella. Esto parece que le entonó un poco y le dió ánimos para volver contra Numancia; pero Numancia le rechazó nuevamente, y le obligó a firmar un tratado, que Marco Popilio Lenas, sucesor de Pompeyo, no quiso reconocer, por lo cual sufrió el ejército consular un nuevo descalabro. Cayo Hostilio Mancino, sucesor de Lenas, fué vencido repetidas veces, como lo habían sido sus predecesores, y de tal manera se desanimó el pobre general que, oyendo decir que los vacceos y los cántabros venían en ayuda de los numantinos, levantó el sitio a altas horas de la noche y se refugió en los antiguos campamentos de Nobilior. Los numantinos salieron inmediatamente en su seguimiento, lo sitiaron en sus mismos reales y le hicieron firmar un tratado en que reconocía la independencia de Numancia. Sólo así pudo librarse aquel ejército de veinte mil ciudadanos ro-

manos de la esclavitud y de la muerte; pero no de la vergüenza de tener que rendirse en campo abierto a unos pastores y labriegos, cada uno de los cuales valía por mil legionarios.

Roma no podía soportar aquella humillación, sólo comparable con la de las Horcas Caudinas, y envió a España al cónsul Marco Emilio Lépido y a Décimo Bruto. Lo primero que hicieron los nuevos generales fué atacar, contra la voluntad expresa del Senado, a Palancia, ciudad aliada de los numantinos, con tan mala suerte, que los dos fueron ignominiosamente derrotados.

El cónsul Quinto Calpurnio Pisón (135 a. de J. C.) procedió con más cautela y, en vez de luchar abiertamente contra Numancia, lo que hizo fué devastar el territorio de los vacceos, aliados de los numantinos.

NUMANCIA, TERROR DE ROMA

RA tal el miedo que tenían los romanos que, como dice el P. Mariana, «con sola la vista de los españoles se espantaban, no de otra guisa que los ciervos cuando ven los perros o los cazadores, movidos de una fuerza secreta luego

se ponían en huída. Muchos entendían que la causa de aquel espanto era el gran tuerto que les hacían y la fe quebrantada; mas, a la verdad, los españoles, en aquel tiempo, ninguna ventaja reconocían a los romanos en esfuerzo y atrevimiento. No peleaban, como antes, de tropel ni derramados, sino por el largo uso que tenían de las armas, a imitación de la disciplina romana, formaban sus escuadrones, ponían sus huestes en ordenanza, seguían sus banderas y obedecían a sus capitanes».

Las noticias que cada día llegaban a Roma de las cosas de España tenían en gran cuidado al Senado y al pueblo romano. Para acabar de una vez, si podían, con aquella ciudad que tan cara vendía su independencia, acudieron al último remedio, que fué enviar a España el mejor general que entonces tenían, que era Publio Cornelio Escipión Emiliano. Marchó inmediatamente a Numancia sin alistar tropas, por estar la República empeñada a la sazón en muchas guerras y haber en España ejército suficiente. Sólo permitió el Senado que le acompañaran algunos varones de diferentes reinos y ciudades que voluntariamente y por su interés propio quisieron seguirle; agregáronsele también hasta quinientos romanos entre clientes y amigos suyos, y todos ellos formaron un cuerpo

que llamó Escipión *cohorte de los amigos*, y que llegó a contar cuatro mil soldados. Escipión encargó a su sobrino Buteón que condujera esta *cohorte*, y él, con muy pocos acompañantes, apresuró su viaje, por tener informes de que el ejército de España estaba desmoralizado por la indolencia, las discordias y los deleites, y que para vencer era preciso empezar por restaurar las virtudes militares en los campamentos.

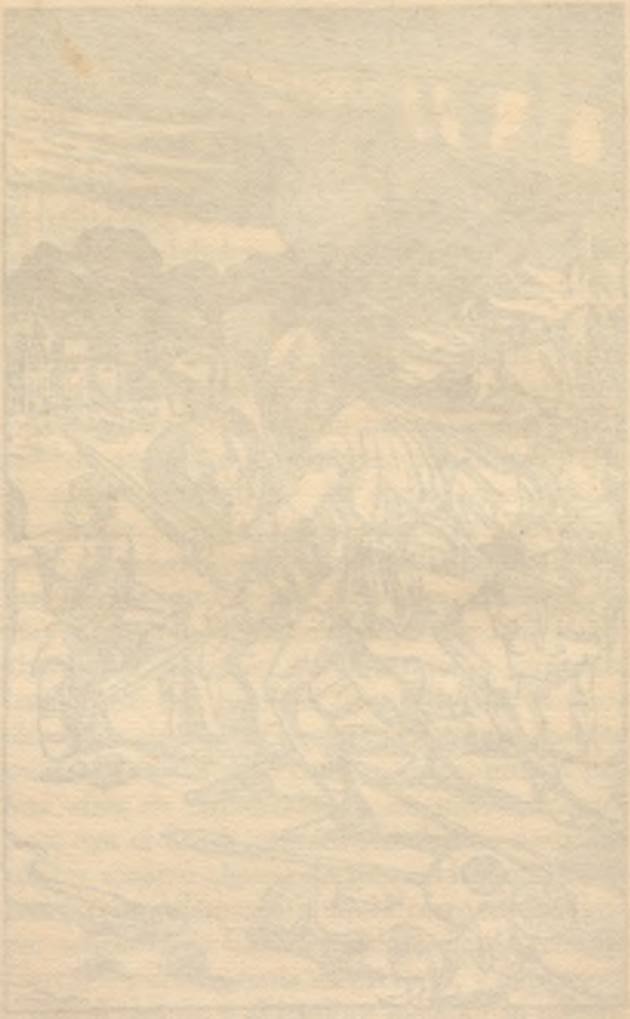
«Apenas llegó, echó del campo a los mercaderes, a las cortesanas y a los agoreros y adivinos, que explotaban la credulidad de los soldados, abatidos por tantos infortunios. Prohibió todo lo superfluo; hasta las víctimas para los vaticinios. Hizo vender los carros que no eran indispensables. No permitió a cada uno más ajuar de mesa que un asador, una olla de bronce y un vaso, y ordenó, además, que los manjares fuesen invariablemente carne asada o cocida. Prohibió los lechos y, para dar ejemplo a los demás, dormía él sobre una estera... Con este sistema introdujo la templanza y completó su obra de restaurar las virtudes militares, haciéndose inaccesible al favor y siendo justo con todos.» (Apiano.)

SITIO DE NUMANCIA

RENOVADA la disciplina, procuró Escipión ejercitar a los soldados en toda suerte de trabajos para que volviesen en sí y cobrasen nuevos bríos; y no se dirigió contra Numancia hasta que le pareció que había logrado su objeto.

Cualquiera diría, viendo marchar aquel ejército de sesenta mil hombres, acaudillados por el mejor general de la época, que iban a conquistar un gran imperio. ¡Y no iban sino a luchar con un puñado de españoles, que habían sido durante diez años, y eran todavía, el espanto de Roma! Dije que iban a luchar... No; Escipión no se atrevió a presentar batalla. Lo que hizo fué talar todos los campos alrededor de Numancia y distribuir sus sesenta mil hombres en siete campamentos, unidos por una obra de circunvalación de nueve kilómetros, con el fin de que los sitiados no pudieran recibir socorro alguno de fuera. Hecho esto, se retiró tranquilamente a aquel cerro—don Gaspar señaló el de Castillejo, algo a la derecha de Garray—, donde tenía su pretorio, y allí esperó a que el tiempo y el hambre hicieran lo demás.

«... y los que podían sostener las armas se lanzaron a morir matando.»



Al principio, todavía pudieron los sitiados hacer algunas salidas; pero bien pronto, acabadas las provisiones y faltos de todo auxilio humano, comenzaron a sentir los efectos del hambre. Cuando ya no tuvieron qué comer, comieron hierba y cuero cocido; después, cuando la muerte comenzó a cebarse en sus compañeros, disputaron a la muerte su presa y comieron la carne de los cadáveres. Pidieron una capitulación honrosa, pero Escipión se negó a capitular. En el paroxismo de la desesperación, bebieron para reanimarse los últimos sorbos de *celia* y, con la muerte en los labios, brindaron por la independencia de Numancia; pusieron fuego a la ciudad, y los que podían sostener las armas se lanzaron a morir matando. ¡Cuadro sublime el de los últimos momentos de Numancia!

Los romanos quedaron atónitos al ver avanzar, tambaleándose como ebrios, aquellos cadáveres vivientes, cubiertos de harapos, sucios, con los cabellos erizados, las uñas largas, las espadas en alto y los ojos extraviados, febriles, llenos de odio mortal.

Habían llegado nuestros viajeros al monumento erigido en 1904 sobre las ruinas de la heroica ciudad. Los tres permanecieron largo rato en silencio. Sólo se oía la voz ronca del Duero,

que iba a contar a las tribus vecinas la gesta de los arévacos y pelendones. El sol poniente envolvía en un beso de oro la piedra en que España ha grabado los nombres de los caudillos de Numancia:

AMBON

LEUCON

LITENNON

MEGARA

RETOGENES

IV

ESPAÑA EN TIEMPO DE LOS ROMANOS. — AGRICULTURA, INDUSTRIA Y COMERCIO. EMPERADORES Y LITERATOS ESPAÑOLES. — NACIMIENTO DE CRISTO. — PREDICACIÓN DEL EVANGELIO EN NUESTRA PATRIA. — LA ERA DE LAS PERSECUCIONES

ROMANIZACIÓN DE ESPAÑA

POCO antes de llegar a Soria se asomó don Gaspar a la ventanilla y, viendo que la noche estaba muy apacible, dijo a don Félix:

—¿No le parece a usted que es una tontería ir aquí encajonados y molestos, pudiendo ir a pie tan guapamente?

—No sé qué dirá Gonzalo—dijo don Félix.

—¿Qué? ¿Te atreves a ir andando hasta el hotel?—le preguntó don Gaspar.

Y Gonzalo respondió:

—¡Si no me he cansado nada!

—Entonces, ¡abajo!

Mandaron parar el coche y, al apearse, se volvieron instintivamente los tres hacia el cerro de Numancia. Don Gaspar, antes taciturn-

no, volvió a mostrarse jovial y comunicativo. Don Félix, que no se cansaba de oirle, aprovechó la ocasión y, para obligarle a reanudar la plática que había dejado interrumpida, le dijo:

—Destruída Numancia, ¿poco tendrían ya que hacer los romanos en España?

—Organizarla o, como dicen ahora, romanizarla. De esto se encargaron diez senadores, que procuraron, por de pronto, mantener en paz las tierras conquistadas. No faltaron, sin embargo, sublevaciones, como las de los lusitanos y celtíberos y guerras como las de Sertorio y las de César y Pompeyo; pero las primeras no tenían ya la fuerza de antes, y las segundas eran más bien episodios de las guerras que tenían entre sí los romanos.

Durante el período de la conquista (205-19 antes de J. C.) la romanización de nuestra Patria fué muy lenta, y se redujo a Andalucía y las costas de Levante. Después se extendió poco a poco a toda la Península, comenzando, naturalmente, por las ciudades.

LA PRIMITIVA DIVISION

de España en Ulterior y Citerior duró hasta los tiempos de Augusto; después se formaron nue-

vas provincias: Bética, Lusitania y Galicia, en la Ulterior; y Tarraconense, Cartaginense y Tingitana con las Baleares, en la Citerior. Cada una de estas provincias era regida por un gobernador, investido de amplios poderes civiles y militares. Había, además, en cada provincia una asamblea de carácter popular y representativo, encargada de fiscalizar la conducta del gobernador y de hacer llegar a Roma las quejas de la provincia.

LAS CIUDADES

eran, unas indígenas y otras romanas. Las indígenas se dividían en *estipendiarias*, que pagaban muy crecidos tributos; *inmunes*, que no pagaban ninguno; *independientes*, que sólo estaban sujetas al servicio militar. Entre las ciudades romanas había unas que se llamaban *colonias* y estaban compuestas de soldados romanos que se habían establecido en nuestra Patria, y otras, llamadas *municipios*, cuyos habitantes gozaban todos los derechos de la ciudadanía romana, y se gobernaban, lo mismo que las *colonias*, por el *régimen municipal*. La asamblea de los *munícipes* (así se llamaban los que habían nacido en estas ciudades o se habían naturalizado en ellas) elegía los magistrados públicos: los *duum-*

viros, que presidían las asambleas, administraban justicia y mandaban las fuerzas militares del municipio; los *ediles*, que tenían a su cargo la policía urbana y el orden público en los espectáculos; los *cuestores* o tesoreros; los *lictores*, que venían a ser como nuestros maceros y alguaciles, y los *quinquenales*, que formaban el censo.

Las provincias tenían que pagar a Roma ciertos tributos, algunos muy crecidos. Los encargados de cobrarlos cometieron mil abusos, ya obligando a los españoles a pagar el uno por veinte de los frutos de la tierra, ya tasando a su capricho el precio del trigo, ya enviando prefectos a las ciudades para hacer violentamente la recaudación.

Pero la

RIQUEZA DE NUESTRO SUELO

daba para todo. Las monedas acuñadas en tiempo de Vespasiano representan a España en traje de guerrero, con dos espigas en la mano derecha, significando la abundancia de cereales de nuestra Patria, donde había comarcas, dice Plinio, que daban dos cosechas anuales de cebada. Nuestros vinos eran famosos en Roma,

sobre todo el *gaditano* (de la región de Jerez), el *balear* y el *lacetano* o del Priorato; y no lo eran menos el aceite, la miel, el lino, las frutas y otros productos españoles. Nada digamos de las minas. Sólo en las de Cartagena trabajaban cuarenta mil obreros. En casi todos los puntos donde actualmente hay minas se encuentran galerías construídas en aquel tiempo, tan bajas y estrechas, que los mineros tenían que andar por ellas a gatas con un farolillo en la frente, sin ver nunca la luz del día ni poderse enderezar, si no era tendiéndose a la larga.

De nuestras industrias, baste decir que las armas de Calatayud y de Toledo, la cerámica de Sagunto, los paños lusitanos, los lienzos *salciatos*, *carbasos* y *zoélicos* de *Setabis* (Játiba), Tarragona y Emporiom eran famosos en todo el mundo.

A esta prosperidad de la agricultura y de la industria española correspondía naturalmente la del comercio. El exterior se hacía principalmente con Italia, Galia y Africa. La marina mercante española era entonces de las mejores, y a los puertos de Cádiz, Málaga, Sevilla y Cartagena acudían barcos de todas partes. Facilitaban mucho el comercio las grandes vías de comunicación que unían entre sí todas las regiones de España. Una entraba por los Pirineos y,

siguiendo la línea de la costa oriental, llegaba hasta Cádiz; otra iba de Lérida a Salamanca; otra, de Zaragoza a Mérida, por Calatayud, Alcalá y Toledo; tres, de Mérida a Lisboa..., etc.

LA PERLA DEL IMPERIO

fines del siglo segundo España era la más floreciente y mejor organizada de todas las posesiones romanas. De ella podemos decir lo que de Grecia dijo un poeta latino, a saber: que al apoderarse de Grecia los romanos, cayeron en poder de los griegos. Así, los españoles, de tal manera se asimilaron la cultura romana, que llegaron a ser dueños de Roma. Españoles fueron los emperadores Trajano, Adriano, Marco Aurelio y Teodosio *el Grande*. ¿Qué ciudad puede decir, como nuestra Itálica?:

> Aquí nació aquel rayo de la guerra
> Gran padre de la Patria, honor de España,
> Pío, felice, triunfador Trajano,
> Ante quien muda se postró la tierra
> Que ve del sol la cuna y la que baña
> El mar, también vencido, gaditano.

Aquí de Elio Adriano,
De Teodosio divino
De Silio peregrino
Rodaron de marfil y oro las cunas.

Españoles fueron los oradores Porcio Latrón, Víctor Estatorio, Cornelio Hispano y Junio Galión, que florecieron en tiempo de la República. Si las letras latinas conservaron durante el primer siglo del imperio algún frescor y hermosura, a los españoles se debe. El cordobés Marco Anneo Séneca recogió en las *Controversias* y las *Suasorias* los oropeles de la decadencia junto con el oro acendrado de su propia doctrina. Su hijo Lucio Anneo Séneca, llamado *el Filósofo*, puso en sus escritos tan menudas y juntas las reglas de la virtud y en estilo tan elegante, como si bordara una ropa de argentería. Marco Anneo Lucano, sobrino del anterior, compuso la *Farsalia*, que es el mejor poema latino después de la *Eneida*. El gaditano Junio Moderato Columela escribió doce libros de Agricultura y Silio Itálico, un poema sobre las guerras púnicas. Marco Valerio Marcial, nacido en Bílbilis (Calatayud), es el mejor epigramista latino y uno de los primeros satíricos del mundo. En Calahorra nació el preceptor de los sobrinos

de Domiciano y primer maestro público de retórica, Marco Fabio Quintiliano. Su libro *De la educación del orador* es el tratado más completo y ordenado de Pedagogía y Retórica que produjo la antigüedad. Español dicen que era también aquel Annio o Julio Floro, que compuso un *Epítome de las cosas romanas*, donde pretende demostrar que la historia de Roma es un tejido de portentos y maravillas en que se ve claramente la mano de los dioses.

Lo que se ve en la historia de aquel pueblo, aunque los ojos ciegos de los gentiles no lo veían, es la mano de la Providencia.

NACIMIENTO DE CRISTO

IENDO Emperador Octaviano, nació en Belén de Judá el Salvador del mundo, que después de santificar el trabajo del obrero, siendo él obrero treinta años, salió a esparcir por el mundo la semilla del Evangelio, y terminó su misión dando la vida por los hombres. Antes de subir a los Cielos fundó su Iglesia y la hizo depositaria de su doctrina y de los tesoros de santidad que nos había ganado con su sangre;

mandó a sus Apóstoles que fueran por todo el mundo predicando las verdades que él había enseñado; y a San Pedro, su Vicario, que fuese a Roma y asentase allí su cátedra y su trono al lado del trono de los césares.

Aquellas grandes vías romanas fueron las venas por donde llegó hasta los últimos términos de la tierra la vida y la salud que el Hijo de Dios había traído al mundo.

Poco después de la muerte del Salvador arribó a España en una nave, procedente de Palestina,

EL APOSTOL SANTIAGO

pariente muy cercano de Jesucristo; desembarcó en uno de los puertos de Andalucía y se dirigió a Itálica, ciudad entonces populosa, hoy mustio collado; pasó a Mérida, y siguiendo, según piadosas conjeturas, las principales vías romanas, visitó las ciudades de Coimbra, Braga, Iria, Lugo, Astorga, Palencia, Osma, Numancia, Zaragoza, Tortosa, Valencia, Chinchilla y Cazlona, predicando en todas ellas el Evangelio y echando los cimientos de la Iglesia española.

También predicó el Evangelio en nuestra Patria el Apóstol San Pablo, de cuya venida sería temerario dudar, pues el mismo Apóstol

dice en una de sus cartas que iba a venir a España; y San Clemente Romano, que conoció al Santo Apóstol, dice de él que había ido hasta los confines de Occidente, es decir, hasta España.

Las historias eclesiásticas hablan de otros santos varones, llamados Torcuato, Segundo, Indalecio, Tesifonte, Eufrasio, Cecilio y Esiquio, que continuaron en nuestra Patria la obra comenzada por los Apóstoles.

En el siglo II se había extendido ya el Evangelio por toda la Península, y en el III estaba perfectamente organizada en toda ella la jerarquía eclesiástica, como se ve en las actas del Concilio de Elvira (Iliberis), al cual acudieron diez y nueve Obispos y treinta y seis presbíteros (300-301). A principios del siglo IV la Iglesia española era una de las más florecientes.

LOS PRIMEROS MARTIRES

POCO después caen sobre ella, una tras otra, como nubes de granizo sobre un hermoso jardín, las más sangrientas persecuciones, y cuando parece que va a desaparecer de nuestra Patria el nombre cristiano, se oye la voz del poeta Pru-

dencio que, dominando la borrasca, anuncia a los tiranos el triunfo de la fe:

A cada golpe del granizo brotan
mártires nuevos.

Fructuoso, Obispo de Tarragona, con sus diáconos Augurio y Eulogio y los dos soldados leoneses Emeterio y Celedonio, arrebatan las primeras coronas. Después, cuando el prefecto Daciano aviva la persecución, vense por todas partes palmas gloriosas y coronas salpicadas de sangre: en Córdoba, las de Zoilo y Acisclo y las de los tres hermanos Fausto, Jenaro y Marcial; en Mérida, las de la virgen Eulalia; en Gerona, las de Félix y Narciso; en Barcelona, las de Eulalia, Severo y Cucufate; en Zaragoza, las de Engracia, Valero, Optato, Luperco y otros diez y ocho. Imposible enumerar todos los mártires españoles. La fe cristiana había echado hondas raíces en nuestro suelo, y se afianzaba más en él cuanto más la combatían los tiranos,

bien como la ñudosa
carrasca en alto risco desmochada
con hacha poderosa,
del ser despedazada
del hierro torna rica y esforzada.

Así se manifestó otro de los rasgos característicos de nuestra raza: la constancia en la fe, llevada en los primeros siglos hasta el martirio, en los siglos medios hasta Granada y en los modernos hasta los últimos términos de la tierra.

Al entrar en el hotel entregaron a don Gaspar un telegrama, que pareció contrariarle algo.

Habló con don Félix, y de común acuerdo resolvieron salir aquella misma noche para Pamplona, adonde llamaba con urgencia a don Gaspar un alto personaje.

V

EL VALLE DEL EBRO. — VISIÓN DE LAS SIETE CIUDADES. — OLITE Y TAFALLA, LA FLOR DE NAVARRA. — ANTE LOS PIRINEOS. — EN PAMPLONA

EL VALLE DEL EBRO

ES de noche. Nuestros viajeros van profundamente dormidos. Llegaron a Castejón en un mal automóvil de Soria. Al subir al tren daban muestras de mucho cansancio. Sería una crueldad despertarlos ahora. Esperemos aquí en el pasillo; y mientras ellos duermen, soñemos nosotros.

Hemos bajado de la meseta de Castilla al valle del Ebro. Allí está Barcelona, la reina de la industria y del comercio, noblemente sentada en medio de sus templos y talleres, con la vista en el mar, la mano en el escudo y un libro abierto en el regazo; a su diestra, Gerona, la Numancia del siglo XIX, en pie junto al sepulcro de su defensor Alvarez de Castro, acaricia la melena

de un león que tiene entre sus garras la bandera española; a su izquierda, Tarragona, la de muros ciclópeos, vela junto a la torre de los Escipiones el sueño del Conquistador y aguarda orgullosa la vuelta triunfante de Prim, en tanto que la hermosa Lérida, reclinada entre sus huertos, escucha embelesada la gesta de los Ilergetes y las rimas dulcísimas de su trovador Roca de Florejachs. Aquí, a nuestro lado, se levantan las tres grandes rosas de Aragón: Teruel, la *muy noble, fidelísima y vencedora*, que guarda como una reliquia las momias de sus célebres amantes; Huesca, corte antigua de Aragón, donde es fama que un Rey, Ramiro II, hizo con cabezas de nobles, cortadas por la mano del verdugo, la más sonora campana que se oyó en estos valles; Zaragoza, madre fecunda de mártires, de artistas y guerreros, columna de la Iglesia española, maestra de heroísmo, templo del saber y asiento de la lealtad.

El tren va cruzando la heroica tierra de Navarra. Dejamos a la izquierda la ciudad de Olite, con su castillo real, que Carlos III, *el Noble*, intentó unir, por medio de un pórtico, al palacio de Tafalla, donde había un cenador, llamado del Rey, con siete veletas que eran otros tantos instrumentos músicos que producían, al moverlas el viento, fantásticos acordes.

Empieza a amanecer. Nos vamos acercando a los Pirineos. Esas nubes rosadas, que flotan en el espacio, son las plumas de un ángel,

el Angel de la Patria, que guarda el Pirineo,
y cubre con sus alas la inmensa cordillera.
¡Oh, vedlo, vedlo allí!
Levanta entre los árboles su frente majestuosa;
parece que es de niebla su veste vaporosa;
por blancas, se confunden sus alas con la nieve;
su coraza es de hielo; de luz, su cabellera,
de luz que, al confundirse con la del sol, se atreve
a competir con la del sol.
Apoya en sus rodillas la formidable lanza,
que ve el francés con miedo; con gozo, el español.
Cuando la blande, arroja relámpagos de guerra,
y cuando, furibundo, vuela de sierra en sierra,
despedazando puentes y abatiendo murallas,
parece el mensajero del Dios de las batallas,
del Dios del Sinaí.

H, si nos fuera dado recorrer de un extremo a otro los Pirineos en aquella carroza de oro en que los recorrió un día Gentil, guiado por la Reina de las hadas, y contemplar de cerca esas cumbres, con sus tocas de nieve, con sus lagos azules, con sus ríos de plata, con sus bosques floridos, con sus enormes rocas, que pare-

cen imágenes de un retablo gigantesco, cubiertas con mantos de musgo! Veríamos el viejo Puigmal, de robustas espaldas, que no pudieron rendir en setecientos años las armas sarracenas; el castillo de Foix, nido de águilas reales, sobre el cual ondeaba en otro tiempo un rico estandarte de guerra; la Peña de Uruel, donde es fama que los nobles aragoneses levantaron sobre un escudo el primer caudillo de la Reconquista; los montes heroicos de Cantabria, donde cayeron los fuertes de Carlomagno, y, dominándolos a todos, como reina de un ejército de titanes, la cumbre altísima de la Maledeta,

> que mira a dos naciones y domina dos mares,
> y escucha sus lamentos y escucha sus cantares,
> y ve el pueblo que viene y el pueblo que se va;
> que ve la tierra heroica del *Cid* tras el Moncayo,
> en los montes de Asturias el trono de Pelayo
> y, más cerca, el sepulcro de Roldán.

¡Los Pirineos! Ellos vieron pasar triunfantes y orgullosas las huestes de los conquistadores, y tal vez las vieron volver vencidas y humilladas. Ellos vieron pasar un día a los godos con sus brillantes armas, con sus carros de oro y marfil; y otro día, allá en los picos de Puy Morén, vieron flotar entre la niebla el verde es-

«... y tal vez las vieron volver vencidas y humilladas.»

tandarte de Mahoma. Ahí está la roca donde se apoyó Aníbal para ver desfilar, camino de Italia, su ejército de hombres y elefantes. Ahí está el árbol a cuya sombra levantó un ara Julio César, cuando se dirigía a la conquista de Ilerda.

¡Los Pirineos! Ellos son los muros de España. Si un día Felipe *el Atrevido* quiere llevar hasta el Ebro sus fronteras, allá en la cumbre más alta aparecerá en su corcel de guerra Pedro de Aragón deshaciendo, como el huracán la niebla, los sueños ambiciosos del francés.

¡Los Pirineos! Ellos fueron el crisol donde arrojó un día la Providencia los restos de nuestra Patria, para purificarlos con el fuego de una gran tribulación y formar con ellos un gran pueblo.

EN PAMPLONA

MIENTRAS despachaba don Gaspar los asuntos que le habían llevado a Pamplona, salieron don Félix y Gonzalo a visitar la población. Notaron el aseo y limpieza de las calles, la suntuosidad de los edificios y el aire de bienestar y de cultura que se respira en la capital de Navarra. En la Catedral admiraron la puerta del Amparo

y la llamada Preciosa, aunque no hay nada en aquel hermoso templo ni en toda la ciudad que no lo sea. Vieron también el sepulcro de Carlos III *el Noble* y de su esposa Leonor y el del famoso guerrillero Espoz y Mina. En las iglesias de San Saturnino, de San Nicolás, de San Agustín y de San Lorenzo, apenas se detuvieron, porque querían ver despacio la Diputación.

Este edificio, que por su magnificencia pudiera ser digna morada de un gran rey, fué construído a mediados del siglo XIX conforme a los planos del arquitecto Naguisa. Entre los salones del piso principal, todos a cual mejor, sobresale, naturalmente, el del trono. En el techo, pintado por Miguel de Azparren, aparece una noble matrona, que representa a Navarra, puestos los ojos en el templo de la sabiduría y la mano izquierda en el escudo y en los fueros; con la derecha arroja palmas y flores a sus hijos ilustres: San Fermín, patrón de Navarra; San Francisco Javier, Apóstol de las Indias; el Cardenal Zalva, uno de los hombres más sabios del siglo XV; el Obispo Uriz, modelo de Prelados; el historiador jesuíta José Moret; el doctor Navarro, Martín de Azpilcueta; el príncipe de Viana; el arquitecto Dervilla; el escultor Ancheta, y el mariscal Pedro de Navarra.

No aparecen allí ni San Raimundo de Fitero, ni don Rodrigo Jiménez de Rada, ni fray Diego de Estella, ni fray Pedro Malón de Chaide, ni el gran novelista Navarro Villoslada, ni Espoz y Mina, ni los músicos Eslava, Gaztambide, Arrieta, Gayarre, Sarasate, ni tantos y tantos otros hijos ilustres de Navarra. Para que cupieran todos, sería preciso cubrir de medallones las cuatro paredes del salón.

L salir de él nuestros visitantes se unió a ellos don Gaspar, que había terminado ya sus negocios. Desde allí fueron los tres, dando un paseo, hacia el barrio de la Magdalena, donde reinaba gran animación. Preguntaron la causa, y les dijeron que aquella tarde había allí *meceta;* y bien se conocía en las colgaduras y arcos de follaje y en lo concurridos que estaban los puestos de *piperropiles* y las posadas donde se servía el clásico *relleno*.

Mucho les maravilló el respeto con que trataban los jóvenes a las muchachas y el orden que reinaba en todas partes.

—Esto es admirable—dijo don Félix.

—Sí—añadió don Gaspar—. En Navarra no

se ha perdido todavía el respeto a la autoridad. El pueblo navarro es un pueblo culto, laborioso, honrado, feliz con la única felicidad que cabe en este mundo y que se va de él en cuanto se pierde el respeto a la autoridad.

Miró don Félix el reloj y vió que eran ya las ocho.

—No tenemos tiempo que perder—dijo—si hemos de tomar el rápido de Zaragoza.

—¿A qué hora sale ese tren?—preguntó don Gaspar.

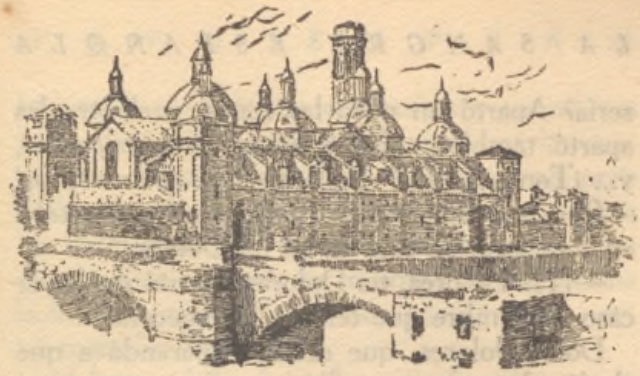
—A las nueve y media.

—Entonces, andando.

Cenaron tranquilamente en el hotel, y a las nueve y media salieron de la capital de Navarra.

VI

ZARAGOZA. — EL PILAR Y LA SEO. — LOS ARAGONESES. PRIMER SITIO DE ZARAGOZA. — LA JOVEN ARTILLERA. GUERRA A CUCHILLO. — LOS FRANCESES SE VAN. — SEGUNDO SITIO. — HONROSA CAPITULACIÓN



EN ZARAGOZA

¿DONDE estoy?, fué la primera pregunta que se hizo Gonzalo apenas despertó al día siguiente.

Medio dormido todavía, recordó que iba en el tren, un tren que corría mucho y hacía mucho ruido... Luego se durmió... En una estación lo sacaron del tren, lo metieron en un coche y, por unas calles muy largas, lo llevaron a un caserón, que parecía un palacio, y allí lo acostaron en una camita muy blanda, que era aquella en que acababa de despertar.

Incorporóse un poco para ver la habitación, y reparó que enfrente de la suya había otra cama y en ella uno que también se había incorporado y le miraba con los ojos muy abiertos. ¿Quién

sería? Apartó un poco las ropas, y el otro las apartó también; hizo ademán de persignarse, y... ¡Tonto de mí!—exclamó—; si es un espejo!

Con esto despertó del todo, y vió que estaba en Zaragoza, en casa de su tía Dolores.

—¡Tía Dolores, tía Dolores!—gritó sin hacer caso del timbre que tenía a la cabecera.

Doña Dolores, que estaba esperando a que el niño despertase, acudió inmediatamente a sus voces y, entre besos y caricias, le ayudó a vestirse. Luego llamó a Jaime, su hijo menor, que era de la misma edad que Gonzalo, aunque no tan aplicado como él. Saludáronse los dos primos y, juntos, se dirigieron al comedor, donde los esperaban ya don Félix y Miguel, el hermano mayor de Jaime, que estudiaba Medicina en la Universidad.

ERMINADO el desayuno, fueron los dos niños, acompañados de don Félix, a oir misa al Pilar. Oyéronla en la capilla de la Virgen y, naturalmente, Gonzalo, que no la había visto nunca, se distrajo contando la multitud de velas que ardían ante la imagen y las joyas valiosísimas de que está materialmente cubierta. So-

bre todo se distrajo—aunque esto ya no era tanta distracción—contemplando la carita morena del Niño y el rostro, también moreno, pero bellísimo, de la Madre, que mira desde allí a los fieles con unos ojos tan dulces y amorosos que no se cansa uno de mirarlos y de bendecir la hora en que la Virgen Santísima bajó en carne mortal a Zaragoza.

Al besar, después de la misa, la columna de la Virgen, notó Gonzalo que había un hoyo en la piedra.

—Es de besarla—dijo Jaime.

Gonzalo no lo quería creer.

—¿Verdad, Miguel—preguntó Jaime a su hermano, que acababa de llegar—, que este hoyo que hay en la columna es de besarla?

—Sí—dijo Miguel—, y de tocar con ella objetos piadosos.

Después les mostró lo más digno de verse que hay en el Pilar: el retablo del altar mayor, del valenciano Damián Forment; la sillería, del escultor navarro Obray; los frescos de Velázquez A. y Bayeu, y, sobre todo, los del gran aragonés don Francisco de Goya y Lucientes, pintor de reyes y rey de los modernos pintores.

En La Seo, que es la catedral de Zaragoza y uno de los templos más hermosos de España, vieron el cimborrio en forma de tiara, cons-

truído por el Arzobispo Luna, más tarde Benedicto XIII, y restaurado en 1520 por don Alonso, hijo de Fernando *el Católico;* la sillería del coro, labrada por Navarro y los hermanos Gomar; la capilla del *Ecce-Homo;* la del santo Inquisidor Pedro Arbués, asesinado en esta misma iglesia cerca del coro, y la del santo niño Dominguito del Val, a quien crucificaron los judíos el año 1250.

Vieron luego, muy a la ligera, el antiguo Palacio real y el de los Luna, en que vivió Benedicto XIII; el Museo provincial, la Lonja, etc., y a eso de la una se volvieron a casa, donde ya los estaban esperando para comer.

Presidió la comida don Félix y, durante ella, reinó entre los comensales la mayor alegría y cordialidad.

Don Gaspar estaba entusiasmado con

LOS ARAGONESES

El aragonés—decía—es el hombre ideal, todo de una pieza, pero de una pieza transparente y dura como el diamante. Basta tratar un poco a un aragonés para convencerse de que en aquel hombre no cabe ficción ni hipocresía. Es noble como un rey y bravo como un león. Su

amor a España es proverbial. Alguien ha dicho que, si un día sobreviniera un cataclismo social que borrara todas las fronteras y anegara todos los imperios y naciones, la última piedra que quedaría en pie, señalando un reino, sería el Pilar, y, abrazado a ella, el último aragonés tremolaría una bandera, la bandera española.

En toda la historia moderna no hay un ejemplo de patriotismo como el que dieron los zaragozanos en la Guerra de la Independencia.

PRIMER SITIO DE ZARAGOZA

PENSÓ Lefèbvre que, una vez vencido Palafox en campo abierto, sería empresa fácil apoderarse de Zaragoza. ¿Qué resistencia podía poner a un ejército poderoso y bien disciplinado, como el suyo, una ciudad que no tenía más medios de defensa que una tapia aspillerada, el fuerte de Torrero al Norte, el castillo de la Aljafería al Oeste y una ridícula guarnición de trescientos soldados? Ninguna. Todo se reduciría a darse una vuelta por Zaragoza y preguntarle si quería ser francesa. Zaragoza diría, naturalmente, que sí, y punto concluído.

El 14 de junio acampó Lefèbvre a vista de la ciudad, y el 15 se dispuso a entrar en ella por las puertas del Carmen, de Santa Engracia y del Portillo, pensando que apenas supiesen los zaragozanos que estaba él allí se las abrirían de par en par y le recibirían con los brazos abiertos. Pero le salió mal la cuenta: un nutrido fuego de fusilería rechazó la columna que se acercó a la puerta del Carmen, en tanto que la pequeña guarnición de la Aljafería, mandada por el oficial retirado don Mariano Cereso, ametrallaba por el flanco, a quemarropa, la que se dirigió al Portillo. Por la de Santa Engracia penetró parte de la caballería francesa, pero allá quedó. Sobrevino la noche, y los franceses tuvieron que retirarse, dejando más de quinientos muertos en el campo.

Lefèbvre comprendió que había dado un mal paso, y suspendió las operaciones por algunos días, los necesarios para que llegasen los refuerzos que esperaba de Pamplona. Entre tanto, para que los sitiados no se envalentonasen, les anunció su firme resolución de entrar en Zaragoza y de pasarlos a todos a cuchillo si no se rendían. ¡En eso, cabalmente, estaban pensando los zaragozanos! El mismo día en que recibieron la nota de Lefèbvre se habían reunido en la plaza del Carmen todos los vecinos, soldados

y paisanos armados, y hecho público y solemne juramento de derramar hasta la última gota de su sangre antes que rendirse. «¿Juráis, valientes y leales soldados de Aragón—les dijo el sargento mayor de Extremadura—, defender vuestra santa Religión, vuestro Rey y vuestra Patria, sin consentir jamás el yugo del infame Gobierno francés ni abandonar a vuestros jefes y esta bandera, protegida por la Santísima Virgen del Pilar, Nuestra Patrona?» Y la muchedumbre contestó con voz de trueno: «¡Sí, juramos!»

A la nota de Lefèbvre, contestó con esta otra el marqués de Lazán: «Esta ciudad y las valerosas tropas que la guardan han jurado morir antes que sujetarse al yugo de la Francia, y la España toda, en donde sólo quedan ya restos del Ejército francés, está resuelta a lo mismo... No olvide usted que una Nación poderosa y valiente, decidida a sostener la justa causa que defiende, es invencible, y no perdonará los delitos que usted o su ejército cometan.—Zaragoza, 26 de junio de 1808.—*El Marqués de Lazán.*»

Entre tanto, llegó el general Verdier, encargado de dirigir personalmente las operaciones, y, vista la respuesta de Lazán, reanudó inmediatamente el ataque.

El heroísmo de los zaragozanos rayó entonces en lo increíble. Ni la voladura—no se sabe si casual o intencionada—del polvorín, que causó enormes estragos en la ciudad; ni la pérdida del fuerte de Torrero, desde el cual comenzó a batir de cerca los edificios la artillería francesa; ni la lluvia de bombas y granadas, casi continua; ni los asaltos cada vez más violentos; ni el incendio, ni el hambre, ni la muerte hicieron flaquear un punto el ánimo de los zaragozanos.

LA JOVEN ARTILLERA

L 1.° de julio ordenó Verdier un asalto general. En el Portillo arreció el fuego de manera que a los pocos instantes cayeron muertos, en una batería exterior, al lado de los cañones, todos los soldados que la defendían. Imposible reemplazarlos. Ya iba a precipitarse una columna enemiga por aquella brecha, cuando he aquí que de repente aparece en ella una joven de veintidós años; se adelanta con noble intrepidez hasta la batería, arranca una mecha encendida de manos de un artillero que acababa de caer muerto, la aplica a un cañón del 24 y ba-

rre toda la columna francesa. El general Palafox condecoró a aquella joven con las insignias de oficial y con una pensión vitalicia; Zaragoza le ha erigido un monumento, y España ha escrito el nombre de AGUSTINA DE ZARAGOZA en el corazón de todos los españoles.

Algo parecido ocurrió el día siguiente en la puerta del Carmen. El comandante Marcó del Pont tuvo presencia de ánimo para dejar que se acercara a la muralla una columna francesa y, cuando estaba ya a veinte pasos y entraban los primeros en la brecha, dió la voz de «¡Fuego!», y destrozó toda la columna en la misma formación que llevaba.

A media tarde entró en Zaragoza Palafox, y con él nuevo aliento en el pecho de los zaragozanos.

El día 31 de julio y los dos primeros de agosto se renovó el bombardeo; pero esto no fué más que el preludio de una horrible lucha que duró varios días.

El 3 por la mañana cayó una verdadera lluvia de bombas y granadas entre el Carmen, el Coso y Santa Engracia. Más de seiscientas contó en tres horas el vigía de la Torre Nueva. Muchas de ellas iban dirigidas contra el Hospital general. «Viendo los enfermos que los techos se les venían encima—dice un escritor—,

se arrojaban por las ventanas a la calle. Otros se iban arrastrando y rodaban por las escaleras. Ardían los tabiques; oíanse lamentos, y los locos rugían en sus jaulas como fieras rabiosas. Otros se escapaban y andaban por los claustros riendo, bailando y haciendo mil gestos graciosos que daban espanto. Algunos salieron a la calle como en día de Carnaval, y uno se subió a la cruz del Coso, donde se puso a sermonear, diciendo que él era el Ebro y que, anegando la ciudad, iba a sofocar el fuego. Las mujeres corrían a socorrer a los enfermos y todos eran llevados al Pilar y a La Seo. No se podía andar por las calles. La Torre Nueva hacía señales para que se supiese cuándo venía una bomba; pero el griterío de la gente no dejaba oir las campanas.» (Pérez Galdós: *Episodios Nacionales. Zaragoza.*)

GUERRA A CUCHILLO

EL día 4, después de simular un ataque a la Aljafería y al Portillo, descubren los franceses una formidable batería de sesenta cañones, obuses y morteros, emplazados enfrente y muy cerca de Santa Engracia. Con ellos reducen a pol-

vo en cinco horas todas las baterías de aquel lado, y abren dos anchas brechas, por las cuales se precipitan dentro de la ciudad. Trábase un combate horrible, cuerpo a cuerpo, entre montones de escombros y cadáveres. En tan crítico momento, hace llegar Verdier a manos de Palafox este lacónico mensaje: «*Paz y capitulación.*» Y Palafox le contesta sin vacilar: «*Guerra a cuchillo.*» Avanzan los franceses hasta la calle del Coso; pero una batería allí improvisada los contiene y hace retroceder hasta las callejuelas inmediatas, donde por puertas y ventanas los acribillan los vecinos a balazos o los degüellan en medio de la calle a pecho descubierto.

«Zaragoza—dice un cronista de los *Sitios*—parecía entonces un volcán.» Imposible describir los ayes, las voces, los alaridos, el jadear de los combatientes, el caer de los cuerpos, el silbido de las balas, el estampido de los cañones, el derrumbamiento de los edificios, la sangre, la muerte, la desolación de aquella heroica ciudad.

La victoria de Bailén cambió el curso de los acontecimientos. El día 13 recibieron orden de levantar el sitio los franceses, y el 14 emprendieron la marcha hacia Navarra. «Caminaban—dice un historiador—con el corazón lacerado, mostrando la más honda tristeza en

el semblante, por verse humillados y vencidos por unos soldados a quien tenían en poco.»

EL segundo sitio fué aún más horrible que el primero. El 20 de diciembre sitiaron de nuevo a Zaragoza los generales Moncey y Mortier, con un ejército de 36.000 hombres. Por las enormes brechas que su potente artillería abrió en la muralla lanzaron varias columnas al asalto y lograron apoderarse del convento de San José, del reducto del Pilar y del puente del Huebra.

El 22 de enero se puso Lannes al frente de los sitiadores y en un nuevo asalto se apoderó el día 26 de los conventos de Capuchinos y de las Descalzas; pero con tantas pérdidas, que en adelante ordenó que los soldados no lucharan a pecho descubierto. «Jamás he visto—escribía a Napoleón—un encarnizamiento igual al que muestran nuestros enemigos en la defensa de esta Plaza. He visto a las mujeres dejarse matar delante de la brecha. Cada casa requiere un nuevo asalto... Estos desgraciados se defienden con un encarnizamiento de que no es fácil tener idea. En una palabra, señor, esta es una guerra que horroriza. La ciudad arde en estos momen-

tos por cuatro puntos distintos y llueven sobre ella centenares de bombas; pero nada basta para intimidar a sus defensores.»

Así era, en efecto. Los generales franceses

se llevaban las manos a la cabeza, diciendo: «Esto no se parece a nada de lo que hemos visto.»

«En los gloriosos anales del Imperio se encuentran muchos partes como éste: «Hemos entrado en Spandán; mañana entraremos en Berlín.» Lo que aún no se había escrito era lo siguiente: «Después de dos días y dos noches de

combate, hemos tomado la casa número 1 de la calle de Paboste. Ignoramos cuándo se podrá tomar el número 2.»

LEGÓ el momento de la suprema desesperación. Francia ya no combatía: minaba. Era preciso desbaratar el suelo nacional para conquistarlo. Medio Coso era suyo, y España, destrozada, se retiró a la acera de enfrente. Por las Tenerías, por el arrabal de la izquierda habían alcanzado también ventajas, y sus hornillos no descansaban un instante.

»Al fin—dice un testigo presencial—nos acostumbramos a las voladuras, como antes nos habíamos acostumbrado al bombardeo. A lo mejor se oía un ruido como de mil truenos retumbando a la vez. ¿Qué ha sido? Nada: la Universidad, la capilla de la Sangre, la casa de Aranda, tal convento o iglesia que ya no existe. Aquello no era vivir en nuestro pacífico y callado planeta; era tener por morada las regiones del rayo, mundos desordenados donde todo es fragor y desquiciamiento. No había sitio alguno donde estar, porque el suelo ya no era suelo, y bajo cada planta se abría un

cráter. Y, sin embargo, aquellos hombres seguían defendiéndose contra la inmensidad abrumadora de un volcán continuo y de una tempestad incesante. A falta de fortalezas, habían servido los conventos; a falta de conventos, los palacios; a falta de palacios, las casas humildes. Todavía había algunas paredes.

»Ya no se comía. ¿Para qué, si se esperaba la muerte de un momento a otro? Centenares, miles de hombres perecían en las voladuras; y la epidemia había tomado carácter fulminante. Tenía uno la suerte de salir ileso de entre la lluvia de balas, y luego, al volver una esquina, el horroroso frío y la fiebre, apoderándose súbitamente de la naturaleza, le conducían en poco tiempo a la muerte. Ya no había parientes ni amigos; menos aún, ya los hombres no se conocían unos a otros, y, ennegrecidos los rostros por la tierra, por el humo, por la sangre; desencajados y cadavéricos, al juntarse después del combate, se preguntaban: ¿Quién eres tú? ¿Quién es usted?

»Ya las campanas no tocaban a alarma, porque no había campanero; ya no se oían pregones, porque no se publicaban proclamas; ya no se decía misa, porque faltaban sacerdotes; ya no se cantaba la jota, y las voces iban expirando en las gargantas a medida que iba muriendo

gente. De hora en hora, el fúnebre silencio iba conquistando la ciudad. Sólo hablaba el cañón, y las avanzadas de las dos naciones no se entretenían diciéndose insultos. Más que de rabia, las almas empezaban a llenarse de tristeza, y la ciudad moribunda se batía en silencio para que ni un átomo de fuerza se le perdiera en voces importunas.» (Pérez Galdós: *Episodios Nacionales, Zaragoza.* XXIX.)

A necesidad de rendirse era manifiesta. No había ya ni víveres ni municiones. Más de cuatrocientos enfermos entraban diariamente en los hospitales. El número de muertos se acercaba ya a cincincuenta mil, y los supervivientes no podían hacer más que dejarse morir de hambre y de miseria o lanzarse a morir matando en una batalla; pero no impedir que el enemigo se apoderase de aquel montón de ruinas. Así lo manifestó Palafox en el Consejo que celebró para deliberar sobre el caso, y, aunque algunos se obstinaban en no capitular, prevaleció el dictamen de los más prudentes y se firmó una honrosa capitulación.

«Francia—concluye el escritor antes citado—

ha puesto, al fin, el pie dentro de aquella ciudad edificada a orillas del clásico río que da su nombre a nuestra Península; pero la ha conquistado sin domarla. Al ver tanto desastre y el aspecto que ofrece Zaragoza, el ejército imperial, más que vencedor, se considera sepulturero de aquellos heroicos habitantes. Cincuenta y tres mil vidas le tocaron a la ciudad aragonesa en el contingente de doscientos millones de criaturas con que la humanidad pagó las glorias militares del imperio francés.»

Aquel imperio pasó, como cosa vana y de circunstancias. «Lo que no ha pasado, ni pasará, es la idea de nacionalidad que España defendía contra el derecho de conquista y de usurpación. Cuando otros pueblos sucumbieron, ella mantiene su derecho, lo defiende y, sacrificando su propia sangre y vida, lo consagra como consagraban los mártires en el circo la idea cristiana.»

—Mucho había oído hablar de los famosos *sitios*—dijo don Antonio—; pero no creía yo que fueran cosa tan grande.

—Pues lo son, aun a juicio de los mismos escritores franceses, que no hallan en toda la historia moderna un caso de heroísmo colectivo como el de Zaragoza.

Continuaron los señores su conversación;

doña Dolores, que andaba algo delicada, se retiró a sus habitaciones, y Jaime y Gonzalo se fueron a jugar a un jardinillo que había detrás de la casa.

Cuando pasó la fuerza del calor, salieron todos juntos a dar un paseo por las afueras.

VII

DE ZARAGOZA A BARCELONA. — EL CASTILLO DE MONZÓN. — EL CID DE TOGA Y EL CID DE TIZONA. — LA GUERRA DE CUBA. — SALMO PENITENCIAL. — CONSEJOS DE MADRE. — EL CATALÁN, DE LAS PIEDRAS SACA PAN Y DEL AGUA LO DEMÁS

EL CASTILLO DE MONZÓN

DOS semanas se detuvieron nuestros viajeros en Zaragoza, al cabo de las cuales determinaron continuar su viaje. Don Antonio y doña Dolores les rogaban que se detuviesen algunos días más; pero no fué posible, porque doña Carmen comenzaba ya a darles prisa para que se volviesen.

Despidiéronse, pues, de la familia de don Antonio, y acompañados de él y de Jaime, que no acertaba a separarse de su primo, se dirigieron a media noche a la estación, donde tomaron el rápido de Barcelona.

Gonzalo se durmió en seguida. Don Félix y don Gaspar descabezaron un poco el sueño; pero no puede decirse que durmieron. Apenas amaneció salieron los dos al pasillo y allí estu-

vieron charlando hasta que Gonzalo se despertó y se vino donde ellos estaban, preguntando qué estación era aquella.

—Monzón—le respondió don Gaspar.

—¿Y esa torre de la derecha, que parece un castillo?...

—Es un castillo, y muy famoso. Ahí pasó su niñez Jaime *el Conquistador*, al cuidado del Maestre del Temple, Guillén de Monredón; y de ahí se escapó a los diez años con su primo el conde de Provenza, vistiendo una ligera cota de malla; se puso al frente de sus partidarios, que le esperaban en Selgua, y dió principio a uno de los reinados más gloriosos. Fué contemporáneo y pariente de San Fernando y como él luchó sin descanso contra los moros, a los cuales arrebató las islas Baleares y el reino de Valencia. «Había declarado guerra—dice él mismo en la *Crónica real*—a todos los sarracenos del mundo por tierra y por mar, soportando el viento, la lluvia, las tempestades, el hambre, la sed, el frío y el calor para conquistar a los infieles ciudades, castillos y aldeas en los montes y en los llanos.»

Ahí, en ese castillo, recibió Carlos V el cartel de desafío de Francisco I, y ahí se reunieron muchas veces las cortes aragonesas y valencianas.

—Diga usted, don Gaspar—preguntó don

Félix—, ¿no era de aquí el célebre historiador y sociólogo Joaquín Costa?

—Sí, de aquí era.

—Se lo pregunto, porque hace unos días leí en un periódico unas frases suyas que me parecieron muy antiespañolas. Decía, si mal no recuerdo, que había que «cerrar con siete llaves el sepulcro del Cid» y «sanear a España con aires de europeización».

—Sí, eso dijo Costa

A RAIZ DE LA GUERRA DE CUBA

pero no en el sentido que algunos le atribuyen. Costa quería que dejáramos en paz en su sepulcro al Cid de loriga y de tizona, y resucitáramos al Cid de toga, al de la jura de Santa Gadea, para que velase por la santidad de las leyes y cortase de raíz todos los abusos y escándalos de la moderna política española. Quería que España continuase su historia y viviese su vida, y que cada español se persuadiese prácticamente que de él, de su trabajo, de su esfuerzo y voluntad depende la gloria de España; que no basta ser valientes y nobles de memoria; que el soñar grandezas y hacer bajezas no fué nunca indicio de ánimos generosos; que si nosotros

somos ruines y pequeños, España no puede ser grande, ni respetada si nosotros no la respetamos y hacemos respetar. Aquella desgraciada guerra de Cuba nos mostró el abismo en que los gárrulos sofistas, los valientes de memoria, los que soñaban alto y obraban bajo, iban a arrojar a España. España volvió en sí, vió el peligro en que estaba, y, poniéndose en pie y dirigiéndose a los doctores que la asistían y hablaban de regenerarla, de europeizarla, les dijo: «Abrid camino, señores míos, y dejadme volver a mi antigua libertad; dejadme que vaya a buscar la vida pasada para que me resucite de esta muerte presente.»

Y dejándolos a todos avergonzados y confusos, se fué.

—¿Adónde se fué?—preguntó Gonzalo, lleno de curiosidad.

—¿Adónde había de ir? A donde fué siempre en todos los trances apurados, al cielo, a pedir a Dios que la librase de sus enemigos y le diese la salud y las fuerzas que necesitaba. Postróse, como otras veces delante de El, y le dijo:

Pase de mí, Dios mío,
pase de mí este cáliz de amargura.
Mira, Señor, que, porque en Ti confío,
me llaman sin ventura.

Permitiste, Señor, que me rindiera
la codicia sectaria,
y de reina del mundo que antes era
he venido a ser casi tributaria.

—Tu Dios te ha abandonado,
—me dicen sin cesar mis enemigos.
«No—les respondo—, Dios no me ha olvidado,
pues siento sus castigos.

No provoquéis su enojo.
Mirad, pueblos y reyes,
los frutos que recojo
del olvido de Dios y de sus leyes.

Me dieron a beber gentes extrañas
el vino del pecado,
y hoy siento que desgarran mis entrañas
los hijos que he engendrado.

Por un sueño de gloria
me separé, Señor, de tus caminos,
perdida la memoria
de mis altos destinos.

Pero Tú no quisiste
que corriera a merced de mis antojos,
y ante mis pies abriste
ancha sima de sombras y de abrojos.

Me heriste, y las naciones,
contra mí conjuradas,
me cercaron blandiendo sus espadas
para infundir temor a mis leones.

Pero yo sé, Señor, que cuando hieres,
derramas en la herida
nueva vida y salud, porque Tú eres
resurrección y vida.

Grande es mi iniquidad, Dios soberano,
pero es tu amor más fuerte,
y de las mismas fauces de la muerte
me arrancará tu mano.

Devorando las hieles de mi afrenta
paso las horas de dolor sombrías,
esperando que cese la tormenta
y brille el sol de mis pasados días.

Y brillará sereno,
disipando las nubes de tristeza
que han empapado de dolor mi seno
y han poblado de sombras mi cabeza.

Y poderosa y fuerte
me alzaré sacudiendo de mis ojos
este sopor de muerte
que me ha postrado desangrada, inerte,
en mi lecho de abrojos.

Y verán los que muerta me han creído
y me contemplan con desdén ahora,
que es temible, aun caído,
un pueblo que te adora.

DESDE entonces no ha cesado España de repetir a sus hijos: Cultivad vuestros campos y vuestro espíritu, que en ellos hay grandes tesoros; estudiad vuestro pasado, que en él está escrito vuestro porvenir; no reneguéis de vuestra casta, que es casta de hidalgos; *europeizaos* en buen hora; pero no os *desespañolicéis*, no vayáis a buscar fuera lo que tenéis dentro de casa; uníos, que la unión es fuerza; amaos, que el amor es vida y salud de los pueblos; procurad que vuestros hermanos sean felices, y lo seréis también vosotros.

—Los catalanes—dijo don Félix—no parece que han sido sordos a esas voces. Vea usted con qué esmero cultivan sus campos. No hay un palmo de tierra que no esté bien aprovechado. Y no parece que sea esta tierra muy fértil.

—No lo es; pero los catalanes se convencieron hace tiempo de que «el sudor de la frente es el mejor abono de la tierra», y, a fuerza de sudor, han logrado sacar pan hasta de las piedras. Por eso se dice, y con razón, que «el catalán de las piedras saca pan». Y pudiera añadirse que del agua saca lo demás. Todos esos edificios que se ven a la orilla del río son fábricas de hi-

lados y tejidos de seda y algodón, de géneros de punto, de harinas, de curtidos y de mosaicos.

—¿Y qué río es éste?—preguntó Gonzalo.

—El Cardoner. Y esa ciudad que se ve a la izquierda es Manresa. Ese puente es de los más antiguos que hay en España, probablemente del siglo II, a. de J. C. Aquella casa grande que se ve detrás es la Santa Cueva. Así la llaman los manresanos, porque ahí se conserva, convertida en oratorio, la cueva donde hizo penitencia y escribió el famoso libro de los *Ejercicios* San Ignacio de Loyola.

Luego, volviéndose a don Félix y continuando la conversación que había dejado interrumpida, añadió:

—El catalán es el hombre del trabajo. Su carácter es algo duro y seco, como suele ser el de los hombres de acción intensa; pero es noble y formal, de una constancia y energía inquebrantable. Sólo así puede llegar un pueblo a donde ha llegado éste.

—¿Qué estación viene ahora?—preguntó Gonzalo desde la ventanilla.

—Tarrasa, y luego Sabadell, ambas famosísimas por sus fábricas de todas clases, principalmente de tejidos, de lana y de algodón. Y lo que han hecho los catalanes en la Agricultura y en la Industria—continuó don Gaspar—lo

han hecho en el comercio, en las Artes y en las ciencias, en todo.

En estas pláticas llegaron al término de su viaje.

Al apearse del tren se encontró don Gaspar, de manos a boca, con su gran amigo don Claudio Feliú, rico industrial de Barcelona.

—Dese usted preso—dijo éste, abrazando muy efusivamente a don Gaspar.—¿Cómo se entiende venir a Barcelona y no decirme una palabra?

—No he avisado a nadie—dijo don Gaspar—. Vamos a parar muy poco.

—Por lo mismo, para aprovechar mejor el tiempo.

Don Gaspar presentó a don Félix y a su sobrino, y juntos se dirigieron a casa de don Claudio, que no consintió en manera alguna que se hospedaran en un hotel.

VIII

BARCELONA EN SITIO Y EN BELLEZA ÚNICA. — VISTA PANORAMICA DESDE EL TIBIDABO. — MONTSERRAT. — EL ELEFANTE DE MULEY-HAFID

DESDE EL TIBIDABO

COMO nuestros viajeros no pensaban detenerse en Barcelona más que día y medio, le pareció a don Claudio, y así se lo dijo durante el almuerzo a don Gaspar, que lo mejor sería que viesen aquella tarde la ciudad y los alrededores a vista de pájaro desde el Tibidabo, y que al día siguiente visitaran algunos centros y edificios principales, dejando para otra ocasión, en que vinieran más despacio, lo demás.

A las cuatro de la tarde subían ya, acompañados del bondadosísimo don Claudio, por la Avenida del Tibidabo; tomaron el funicular, y en diez minutos escasos se encontraron en la cumbre, a 532 metros de altura sobre el mar.

—Ahí tienen ustedes a Barcelona—dijo don Claudio—. Vean si anduvo acertado Cervan-

tes cuando dijo que *en sitio y en belleza era única*. No hace mucho vino por aquí un célebre periodista francés, y por no repetir el dicho de Cervantes, nos aseguró que Barcelona tiene algo de Manchester, algo de París y de Viena... y mucho del Paraíso en sus alrededores. Vean ustedes qué hermoso es todo esto.

Aquélla es la gran plaza de Cataluña, y aquella otra, que está junto al muelle, es la de la Paz. Esa calle ancha, llena de vida y movimiento, son las famosas Ramblas. Aquél es el paseo de Colón; el siguiente es el de Isabel II, y a continuación está el de la Aduana, separado del anterior por la Plaza de Palacio. Aquel otro es el Parque de la Ciudadela, con sus hermosos jardines, el monumento de Prim, los Museos, el lago, el *acuarium* y la colección zoológica. A la izquierda del Parque se ve el Salón de San Juan, con su Arco de Triunfo y los Palacios de Justicia y de Bellas Artes. Esa calle ancha que corta el Paseo de San Juan es la Gran Vía de las Cortes Catalanas. Allá se ve la Rambla de Cataluña, con los monumentos del gran economista Güell y Clavé. Desde aquí apenas se distinguen otros monumentos que hay en los parques y paseos, como el de Antonio López, primer Marqués de Comillas; el del doctor Robert; el de Federico Soler; los de Milá y Fontanals, Emilio Vi-

lanova y Mariano Aguiló; el de Ríus y Taulet, y otros hijos ilustres de Cataluña.

Ese monte de la derecha, sobre el cual hay un castillo, es Montjuich. Más acá se ven los hermosos barrios de Gracia, Sarriá, San Gervasio de Cassola y el Putxet, con sus alegres quintas de recreo, entre las cuales se eleva el templo de la Bonanova, adonde acuden los devotos barceloneses a pedir a Dios que les dé buenas nuevas de sus deudos y amigos ausentes.

HORA, miren hacia la izquierda. Ahí tienen ustedes el famoso Montserrat, que tantas maravillas encierra. Es lástima que ustedes no lo vean y vean de paso todo lo que allí hay que ver y admirar. Aquello es otro mundo. ¡Qué cerca está del cielo esa montaña!

Don Claudio siguió mostrándoles todo lo que desde aquella altísima atalaya se podía ver, que es muchísimo; pero llegó un momento en que ya no se veía nada con claridad, y entonces se le ocurrió mirar el reloj y vió que eran cerca de las ocho.

—Perdonen ustedes—dijo—. Les he estado molestando sin darme cuenta.

—Al contrario—dijo don Gaspar—; nos ha proporcionado usted una tarde deliciosa. Esto es realmente *único*.

—No lo puedo remediar. Siempre que subo al Tibidabo me pasa lo mismo. No cierro los ojos ni la boca hasta que vuelvo a Barcelona.

Al día siguiente visitaron algunos edificios importantes, como la catedral, que es una verdadera maravilla de arte gótico; el grandioso templo de la Sagrada Familia; el Palacio de Justicia y el de Bellas Artes, donde admiraron el gran salón de fiestas; la Lonja, la Universidad, el Parque. En el Parque pasó Gonzalo toda la tarde y hubiera pasado toda la noche, viendo los leones, tigres, panteras, osos, chacales, cocodrilos, dromedarios, cebras, bisontes..., etc., no pintados, como en los libros y revistas, sino vivos. Hasta un elefante había allí, y por cierto muy bonachón y muy cariñoso con los niños barceloneses, para los cuales lo regaló Muley-Hafid al Jardín Zoológico de Barcelona.

IX

LA HUERTA DE VALENCIA. EL TRABAJO HACE MILAGROS. — LA PATRIA DE LAS FLORES. — LA GUERRA EUROPEA. — SOL Y AIRE

LA HUERTA DE VALENCIA

AQUELLA misma noche salieron nuestros viajeros para Valencia, adonde llegaron el día siguiente por la tarde, después de pasar unas horas en Sagunto.

En Valencia se detuvieron un día escaso. Don Gaspar lo aprovechó para sus negocios y don Félix y Gonzalo para ver la ciudad.

Desde el tren habían contemplado ya las famosas huertas valencianas y oído de labios de don Gaspar la historia de aquellos vergeles, obra grandiosa de geografía humana, sólo comparable con la de los *polders* holandeses. De Valencia, como de los Países Bajos, puede decirse que debe la prosperidad de que goza a la tenacidad de sus habitantes, que han trans-

formado la naturaleza ingrata y dura del país, y de un erial han hecho un Edén. En otros sitios el hombre ha tenido que crear los productos del suelo; en Valencia y en Holanda, el hombre ha tenido que crear el mismo suelo. El de Valencia es de suyo seco y estéril. En tiempo de los romanos, Valencia y Murcia eran unas estepas solitarias donde sólo se producía el esparto. Hoy esas estepas son un verdadero paraíso, siempre verde y florido, como la esperanza que estriba en el trabajo; siempre alegre y rumoroso, como el agua que canta en las acequias; siempre hermoso, como el alma de sus hijos.

Aquí nacieron santos como Vicente Ferrer, Pedro Pascual, Luis Beltrán y Francisco de Borja; Pontífices, como Calixto III; filósofos, como Luis Vives; pintores, como Ribera, Juan de Juanes y Sorolla; escultores, como Benlliure; poetas, como Auxias March, Gil Polo, Timoneda y Guillén de Castro; historiadores, como Francisco de Moncada y oradores y polemistas. como Aparisi y Guijarro.

Valencia es la

PATRIA DE LAS FLORES

N ella, hasta las piedras, hasta los metales tienen no sé qué blandura y suavidad como de seda que imita la de las rosas que florecen en Valencia todo el año. Esto se nota principalmente en algunos edificios antiguos, como la Lonja, que parece hecha de pasta de flores. Es uno de los edificios góticos de carácter civil más importantes del mundo. En la *Sala de contratación*, que es la principal de todo el edificio, se lee esta inscripción: «Casa famosa soy, en quince años construída. Probad y ved, compatricios, cuán bueno es el negocio que no lleva el dolo en la palabra, que jura al prójimo y no falta al juramento, que no da su dinero con usura. El mercader que así vive, aumentará sus riquezas y gozará, por último, de la vida eterna.» Dirigió esta obra Pedro Compte, el mismo que construyó la escalera de honor del Palacio de la Audiencia, donde está la famosa *Sala dorada*, cuyo artesonado es una maravilla del *Renacimiento*. La Catedral, como hecha en distintos tiempos y a pedazos, tiene de todo. Sus tres puertas, la de la Virgen, la del Palau y la prin-

cipal, son admirables. Junto a ésta se levanta, a 51 metros de altura, el *Miguelete* o torre de las campanas, desde la cual se ve uno de los panoramas más bellos del mundo. En el interior de la Catedral se conserva, como una reliquia, el púlpito en que predicaba San Vicente Ferrer. En los muros hay cuadros de mucho mérito, que hacen de esta Catedral uno de los mejores museos de España.

Unida a la Catedral por un alto pasadizo está la capilla de Nuestra Señora de los Desamparados, Patrona de Valencia. En el altar mayor se ven cuatro hermosas estatuas de mármol blanco, esculpidas por los valencianos Esteve y Domingo. El camarín de la Virgen es un ascua de oro, mejor diré un pedazo de cielo. Sobre un trono de nubes, sostenido por ángeles, todo ello de plata, aparece aquella divina flor del campo cubierta con el rocío de la mañana, que no otra cosa parece aquella imagen bellísima cubierta de pedrería.

De buena gana hubieran visto don Félix y Gonzalo una *batalla de flores*, o asistido a la quema de las *falles*, o a la representación de los autos o *milacres* con que celebran los valencianos la fiesta de San Vicente Ferrer. Pero como entonces no había fiesta ninguna, tuvieron que contentarse con lo visto. Hablando de ello iban

por la calle de la Alameda cuando los alcanzó don Gaspar, y les dijo:

—Acaba de estallar

LA GUERRA EUROPEA

EL Gobierno austrohúngaro ha roto las relaciones diplomáticas con Servia. Alemania aprueba la conducta de Austria y ha enviado un *ultimátum* a Rusia para que suspenda la movilización del Ejército y otro a Francia para que dé seguridades a su neutralidad. A estas horas es posible que Rusia y Francia hayan desatendido las pretensiones de Alemania y que ésta les haya declarado la guerra. La guerra, de todos modos, es inevitable. Yo salgo dentro de una hora para Madrid, adonde me llaman con urgencia. Usted, don Félix, puede volver con Gonzalo por Zaragoza o, mejor, si le parece, por Ariza. Mi cuñada está muy inquieta, y lo estará más cuando lleguen a sus oídos estas noticias.

—¡Dios tenga piedad de nosotros—dijo don Félix—y nos libre de intervenir en esta guerra, que va a ser espantosa! Ahora, ahora verán esas grandes naciones cómo se derrumban a cañona-

zos las torres que habían levantado contra el cielo. Ahora veremos los españoles, que comenzábamos a dudar de Dios y a avergonzarnos de nosotros mismos, lo que vale esa grandeza material que tanto nos asombra, cuando no se funda en el espíritu.

Llegaron al hotel y, antes de subir al automóvil, que le esperaba a la puerta, don Gaspar llamó aparte a don Félix y le dijo:

—Estoy contento de mi sobrino y de la educación que ha recibido hasta ahora, pero creo que necesita algo que no podemos darle nosotros, y hay que buscar quién se lo dé. Necesita sol y aire. Está ahora como una hermosa planta de invernadero, muy bien cuidada y formada, pero débil y lánguida. Yo creo que conviene llevarlo cuanto antes al Instituto o a algún colegio de confianza, donde se acostumbre a tratar con los demás niños, a sentir el acicate de la emulación, el freno del castigo, el trabajo de la lucha, la alegría del triunfo, el rubor de la derrota, las rabietas, las riñas, los cachetes, los revolcones, todo. Encárguese usted de convencer de esto a mi cuñada, que de lo demás yo me encargo. Y adiós, que me esperan esos señores y no tenemos tiempo que perder.

Dió un abrazo muy apretado a don Félix; abrazó y besó a su sobrino, diciéndole que pronto le volvería a ver, y partió.

Gonzalo, que había estado hasta entonces como alelado, rompió a llorar.

LIBRO TERCERO

EL ALMA ESPAÑOLA

LIBRO TERCERO

EL ALMA ESPAÑOLA

I

LA MADRE DE ESPAÑA

ÚLTIMOS DÍAS DE LOS GODOS. — EL REY DON RODRIGO. — LA INVASIÓN SARRACENA. — BATALLA DE LA JANDA O GUADIBECA. — EL REY DON PELAYO. — BATALLA DE COVADONGA. — LA SANTINA ASTURIANA

CAPITÁN DE «EL NUMANCIA»

LO que lloró Gonzalo la primera noche de colegio! Tuvo que venir el Director, a quien don Gaspar lo había dejado muy encomendado, y prometerle que se estaría con él toda la noche, para que Gonzalo dejase de llorar y se acostase. ¡Y, lo que son los trece años! A los pocos minutos se quedó profundamente dormido, con las lágrimas en los ojos. El Director le arregló la ropa con mucho cuidado, para no despertarle, y salió de puntillas, encargando al sereno que si Gonzalo despertaba y preguntaba por él le dijera que había salido un momento, pero que pronto volvería.

A los quince días se había hecho ya amigo de todos sus compañeros, y era el capitán de uno de los equipos de *futbol*, llamado el *Numancia*. A los dos meses ocupaba el primer puesto en

todas las clases, menos en la de francés. La lengua de Racine no le entraba. En cambio sabía al dedillo la Historia de España, y era voz común entre sus compañeros que podía contestar de repente a cualquier pregunta que le hicieran. Y no sólo la sabía de memoria, sino de corazón; la sentía, la amaba. Era un encanto oirle dar la lección.

Un día, que llevaban de repaso el último período de la Monarquía Visigoda, viendo el profesor que todos dejaban algo que desear, mandó a Gonzalo que repitiese la lección, fijándose en los puntos más importantes.

Gonzalo se puso en pie y comenzó:

—Al fin de la lección anterior dijimos que Ervigio dió a Wamba una pócima con que le quitó el sentido, como con el cloroformo a los que les van a hacer una operación, y la que él le hizo al pobre Wamba fué raparle la barba y la cabeza y ponerle un hábito, como si fuese fraile.

—Bueno; deje eso, y pase a la lección de hoy.

—El hábito que pusieron a Wamba fué el sudario con que bajaron al sepulcro el vigor, la probidad y los restos del saber godo español.

—A propósito del saber godo, diga usted algunos hombres ilustres que florecieron en la época visigoda. ¿Se acuerda?

—Sí, señor. Orosio, discípulo de San Agus-

tín, que escribió siete libros de historias contra los paganos; Idacio, que continuó la obra de Orosio; Juan de Biclara, que escribió una crónica de lo ocurrido en España desde el año...

—567; cinco, seis y siete—apuntó el profesor.

—Hasta la muerte de Recaredo; Tajón, San Julián, San Leandro y San Isidoro de Sevilla. Este fué el principal de todos y, según dicen, el hombre más sabio de la Edad Media. Escribió muchos libros; uno se titula la *Historia de los godos;* otro... no me acuerdo cómo se titula, pero es algo así como las *Teologías.*

—Las *Etimologías,* o los *Orígenes,* que viene a ser lo mismo, y comprende todas las materias o asignaturas que entonces se estudiaban: Gramática, Retórica, Dialéctica, Aritmética, Geometría, Música, Astronomía, etc... Bien; diga usted algo de

DON RODRIGO Y LA INVASION SARRACENA

GONZALO hizo un gesto de repugnancia.

—¿Qué? ¿No ha estudiado usted ese párrafo?

—Sí, señor; pero da pena hablar de estas cosas.

Luego añadió:

—Del Rey Don Rodrigo se sabe que era de noble alcurnia; que tuvo que luchar para ocupar el trono, y que en su tiempo entraron los árabes en España. Facilitaron esta entrada los hijos de Witiza, el conde don Julián y el obispo don Oppas, que se habían aliado secretamente con el gobernador de Africa, Muza-ben-Noseir.

—¿Qué significa ben-Noseir?

—No lo sé—dijo Gonzalo.

—Significa hijo de Noseir, como en castellano González significa hijo de Gonzalo, y Enríquez hijo de Enrique.

—Mi papá no se llamaba Enrique.

—Pero, seguramente, se llamaría Enrique el papá del primero de su familia que usó ese apellido. Siga usted.

—Un general de Muza, llamado Tarik, vino a explorar el terreno el año 710. Debió parecerle bien, y volvió el año siguiente con un buen ejército, al que se unieron todos los partidarios de Witiza. Don Rodrigo estaba sitiando a Pamplona cuando le dijeron lo que pasaba. Inmediatamente levantó el sitio y corrió a castigar a los moros con un ejército, del cual hizo general a uno de los partidarios de Witiza, llamado Sisberto.

Avistáronse los dos ejércitos cerca de Medi-

nasidonia, en una llanura que hay entre esta población y Vejer de la Frontera, donde el lago de la Janda recibe las aguas del Barbate. Comenzó la batalla el 19 de julio, y parece que duró dos días. Al principio llevaron los godos la mejor parte; pero luego, la traición de don Oppas y del general Sisberto, seguida de la defección de gran parte de las tropas, inclinó la victoria del lado de los moros.

—¿Y qué fué de Don Rodrigo?

—Unos dicen que murió en Segoyuela de los Conejos, cerca de Tamames (Salamanca); otros, que en Gigonza la Vieja, cerca de Medinasidonia. Lo cierto es que, después de la batalla de la Janda o Guadibeca, nadie volvió a verle el pelo.

—¿Qué misión realizaron los bárbaros en nuestra Patria y, en general, en Europa?

—La de romper las cadenas con que tenía Roma sujetas a su imperio todas las provincias y la de hacer que éstas comenzasen a vivir por sí y para sí, independientemente unas de otras y de la misma Roma.

—¿Progresó mucho España durante la dominación visigoda?

—Mucho, sí, señor: en el orden político, con la creación del Estado; en el orden religioso, con la unidad de la fe; en el jurídico, con la

unidad de la legislación; en el parlamentario, con los famosos Concilios de Toledo, y en el artístico y científico, con las obras que antes mencionamos y con otras muchas que sería largo enumerar.

—Y diga usted: cuando los moros entraron en España, ¿se habían fundido ya perfectamente los godos con los hispanolatinos?

—No, señor; y por eso les fué tan fácil a los moros apoderarse de nuestra Patria.

—Siga usted.

—Vencido Don Rodrigo en la batalla de la Janda, formó Tarik tres cuerpos de ejército y avanzó, como por terreno conquistado, hacia el interior de la Península, en tanto que Muza, después de apoderarse de Sevilla, se dirigía a Salamanca.

—Iría a estudiar en la Universidad—dijo, riéndose, el profesor.

—¡Si no debía estar fundada todavía!

—Claro que no. La fundó Alfonso IX varios siglos después.

—Muza y Tarik se apoderaron rápidamente de toda la Península, menos del reino de Teodomiro y de las montañas de Asturias.

Reuniéronse en aquellas fragosidades algunos españoles deseosos de asegurar su independencia y de reconquistar, si pudiesen, su antiguo

territorio. Sabida la muerte del desdichado Don Rodrigo, proclamaron rey a un noble godo, de sangre real, llamado Don Pelayo, muy a propósito, según dicen, para dar comienzo a la obra que meditaban.

BATALLA DE COVADONGA

TERMINADA la conquista de España corriéronse los moros hacia la Galia Gótica, dejando desguarnecidas las posiciones últimamente conquistadas, circunstancia que aprovechó Don Pelayo para recobrar su independencia, negándose a pagar cierto tributo que Muza le había impuesto.

El valí Al-Horr mandó a Al-Kamah, su lugarteniente, que sofocara aquella rebelión. Don Pelayo residía entonces en Cangas de Onís; pero, viendo que allí estaba poco seguro, se internó en las montañas, y, pasando por entre las de Seguenco, Priena, Biforco, etc., llegó a las de Auseba y Guines, donde determinó esperar al enemigo apostando sus tropas parte en Covadonga y en los parajes inmediatos, parte en el Auseba y en las alturas y bosques que do-

minan el estrecho valle del Deva. Por él penetró Al-Kamah con su ejército, tan seguro de la victoria como si se tratara de batir una manada de rebecos. Apenas entraron los moros en aquellos desfiladeros y se pusieron al alcance de los cristianos, comenzaron éstos a disparar sus saetas y a arrojar sobre ellos grandes pedruscos, troncos de árboles, canchales enormes, todo lo que tenían a mano, sin recibir el menor daño, porque, como los moros estaban abajo en la ladera, apenas podían manejar sus armas, y aun las saetas y piedras que disparaban contra los cristianos rebotaban en las peñas y se volvían contra ellos, causándoles grandes bajas. Aprovechando la confusión y el desaliento de los moros, cayeron sobre ellos los cristianos y los hicieron huir hacia la Liébana. Pero he aquí que, al llegar los fugitivos cerca de Cosgaya, a orillas del Deva, se desprendió sobre ellos un gran trozo de montaña y los aplastó.

Algunos historiadores, como el Silense y Sebastián de Salamanca, dicen que perecieron en esta batalla 124.000 sarracenos; otros, como Jiménez de Rada, dicen que sólo murieron 20.000. Abdallah-ben-Abderrahman dice, sencillamente, que perecieron todos los musulmanes y que Pelayo hizo en ellos una horrible carnicería.

—¿Tuvo mucha importancia la batalla de Covadonga?

—Muchísima. En ella vieron los cristianos que los moros no eran invencibles, ni mucho menos, y se animaron a seguir peleando contra ellos. Además, con la victoria de Covadonga se afianzó el trono de Pelayo, que era continuación del de los godos y comienzo de la gran monarquía española que había de ser con el tiempo la monarquía más grande y más gloriosa del mundo.

—Algo falta todavía.

—Sí: unos versos muy bonitos que dijo usted a la Virgen de Covadonga, que es pequeñina y galana y preciosa y morenina, porque vino de la guerra, y tiene en el manto algunas pintas de sangre, porque cubrió con él a los cristianos. Y otros en que decía que España iba huyendo por la montaña, perseguida por los moros.

—A ver si eran éstos:

Cayó bajo los rudos
golpes de la traición; pero aún podía
tenerse en pie y huir. Y ¿a dónde iría,
roto el brial y con los pies desnudos,
la hermosa y delicada
Reina del Mediodía?
A morir libre o a luchar. Tenía

una cruz y una espada.
Desatentada y loca,
con fiebre de vergüenza y de coraje,
iba de roca en roca,
como gacela herida,
buscando entre el ramaje
una oculta guarida.
Los árabes feroces,
como lobos hambrientos,
la seguían, guiados por sus voces
y sus rastros sangrientos.
Desfallecida, inerte,
se detuvo; volvió al cielo los ojos
y, esperando la muerte,
se prosternó de hinojos.
. . . . . .
Pero Dios no quería
que muriese. La palma que veía
era de otra victoria,
la primera de España que volvía
a comenzar su historia.
Se irguió radiante, requirió su espada,
giró en torno sus ojos de leona,
y partió como el rayo. Iba a Granada
a recoger su cetro y su corona.
Fué dura la jornada,
continuo el pelear, la sangre mucha;
pero iba Dios con ella,
Santiago conducía
su ejército a la lucha
y la Madre de Dios, radiante y bella,
iba, como una estrella,
sirviéndole de guía.

H, la Virgen de Covadonga! ¡Oh, la Santina asturiana! Quiéranla ustedes mucho, porque ella es la madre de España. Cuando yo voy a Asturias y veo aparecer a lo lejos, por entre los picachos salvajes, la hermosa Basílica de Covadonga, me acuerdo siempre de un cuadro de Tiépolo en que aparece entre nubes un ángel hermosísimo con una custodia en las manos. Así me figuro yo a Asturias, como un ángel hermosísimo que, por encima de sus montañas, levanta entre sus manos aquel templo bendito y lo muestra a toda España, como una gran custodia que guarda el sacramento del amor, de la fe y de la lealtad española.

II

PRIMEROS REYES DE LA RECONQUISTA

DEL MAL EL MENOS. — A FAVILA LO MATÓ UN OSO.—LOS BIGOTES DE DOÑA URRACA. ALFONSO I «EL CATÓLICO». FRUELA. — ALFONSO II «EL CASTO». — RAMIRO I. — ALFONSO III

DEL MAL EL MENOS

ENTUSIASMADO don Enrique —así se llamaba el profesor de Historia de España—con el recuerdo de Covadonga, se olvidó de decir a sus discípulos, al terminar la clase anterior, que trajeran para el día siguiente la lección séptima, que era la que tocaba de repaso. No hacía falta decirlo, porque llevando, como llevaban, diariamente una lección, y habiendo dado aquel día la sexta, dicho se estaba que el día siguiente llevarían la séptima. Pues, no, señor; no fué esa la consecuencia que sacaron los discípulos de don Enrique. Sabían, por lo visto, y, si no lo sabían, lo practicaban, aunque mal, aquel axioma que dice que, tratándose de leyes odiosas, no hay que pedir a nadie más que lo puramente preciso: del mal el menos. Con este principio se fueron tan frescos a clase el día siguiente.

Entró don Enrique y, después de calarse las gafas y de pasar los ojos por la lista, dijo:

—A ver, señor Vázquez, diga usted la lección.

—¿Qué lección?—preguntó con una inocencia diabólica el muchacho.

—La lección de hoy—contestó don Enrique.

—Hoy no se trae ninguna.

—¿Cómo que no?

—Usted no la señaló ayer.

—Es verdad—dijeron varios.

—Pero ¿qué falta hacía que la señalara?—dijo indignado don Enrique—. ¿No hemos quedado en que cada día se trae una lección del programa?

—Sí; pero otros días la ha señalado usted.

—Y usted no la ha estudiado ninguno. Siéntese. A ver usted, señor Velasco.

El muchacho se puso en pie y bajó la cabeza algo avergonzado.

—¿Qué? ¿Tampoco usted la sabe?

—No, señor. Como usted no la señaló ayer...

Y así todos, menos cuatro o cinco bienaventurados, que no sabían aquello de las leyes odiosas, y estudiaron religiosamente la lección que tocaba.

—¡Qué vergüenza!—repetía el pobre don Enrique, tapándose la cara con las manos—. ¡Esto es indigno! ¡Y luego nos extrañamos que digan

por ahí que los estudiantes españoles no estudian; que no piensan más que en divertirse; que en España no hay más carreras que las de caballos, y que lo único que sabemos de corrida son las corridas de toros! ¿Qué dirían, si levantaran cabeza, nuestros padres, y vieran cuánto han degenerado sus hijos de los altos pensamientos que ellos tuvieron, y que lo que a Horacio le parecía un imposible—que las águilas engendrasen palomas—no lo es en España, donde la raza de los *Cides* y Pizarros, de los Farnesios y Cisneros, raza de águilas reales, ha degenerado en una raza de palomas y tortolitas que no estudian la lección que tocaba *porque usted no la señaló ayer!*

Dijo don Enrique las últimas palabras con un retintín tan frío y penetrante, que Gonzalo se estremeció como si le hubieran metido en el alma una lanceta.

Observólo don Enrique y, aunque no se dió por entendido, porque no estaba todavía el horno para bollos, se alegró interiormente de ver que entre las palomitas y tortolitas había un terrible aguilucho.

—Señor Enríquez—dijo cambiando de tono, pero con alguna sequedad—, diga usted la lección.

Púsose en pie Gonzalo y comenzó:

Pelayo le sucedió su hijo Favila, del cual sólo sabemos que lo mató un oso. Sucedió a Favila Alfonso I *el Católico*, yerno de Pelayo y Duque de Cantabria. En su tiempo se sublevaron los moriscos que dominaban en Galicia, Asturias y León contra los árabes de Andalucía, a los cuales hicieron repasar el Estrecho. Todo el territorio desamparado por los moriscos reconoció inmediatamente a Alfonso I, que ensanchó considerablemente sus dominios y llegó en sus frecuentes correrías hasta el Duero, aunque su reino parece que no se extendió por entonces más que a la Liébana, a la Bardulia, a las costas de Galicia y tal vez a la ciudad de León. Lo demás, hasta el Duero, era como una zona neutral o como una plaza o palenque donde solían tener lugar las batallas entre moros y cristianos. Alfonso I reinó diez y ocho años, y se llamó *el Católico* porque fundó y reparó muchas iglesias y conventos.

Gonzalo hablaba despacio y de mala gana.

—Vean ustedes—dijo el profesor—lo que va de Pedro a Pedro. Al señor Enríquez le ha llegado al alma lo que acabo de decir. En cambio, el señor Vázquez se ha quedado tan fresco. Ahí

lo tienen ustedes, pintando unos bigotes descomunales a Doña Urraca.

Todos se echaron a reir, menos el aludido, que quedó algo avergonzado.

Gonzalo prosiguió:

—Fruela, o Froila, hijo y sucesor de Alfonso I, fundó la ciudad de Oviedo, y dicen que trasladó a ella la corte; venció en Puentedeume al joven Omar, hermano de Abderrahman I, y sofocó una sublevación de los vascones y otra de los gallegos. Murió asesinado en Cangas.

—De Aurelio, Silo, Mauregato y Bermudo *el Diácono*—dijo don Enrique—poco hay que decir, ¿verdad? Hable usted de

ALFONSO II *EL CASTO*

RA hijo de Fruela. Contra él envió Hisem I dos ejércitos a la vez, uno por el Oeste y otro por Castilla y Alava, como quien junta de golpe las dos manos para coger entre ellas una mariposa. El general Abdelmelic llegó hasta la capital de Alfonso y la saqueó y destruyó, pero, al retirarse, sufrió en Lutos una gran derrota.

—¿Dónde estaba Lutos?

—Unos dicen que cerca de Oviedo; otros, que cerca de Tineo, en un paraje que se llama *el barrizal del Moro* (Llamas de Mouro), cerca del cual hay un campo que dicen *de la Matanza*.

El año siguiente volvieron los moros a penetrar en Asturias y llegaron a apoderarse de Oviedo, pero en seguida dieron la vuelta a Andalucía, no se sabe si a consecuencia de alguna nueva derrota o porque se les echaba encima el invierno. El sucesor de Hixem I, llamado Alhaquem I, hizo una expedición a Galicia, pero los disturbios interiores obligaron a volver a Andalucía a los expedicionarios, de lo cual se aprovechó Alfonso para entrar por tierra de moros hasta Lisboa y apoderarse de aquella plaza. Otra irrupción hicieron los moros en Asturias el año 815; pero fueron vencidos en Anceo, y se retiraron a sus tierras.

Reinó Alfonso II cincuenta y dos años, y murió el 842. Fué uno de los grandes Reyes de la Reconquista; fijó la corte en Oviedo, buscó fuertes alianzas y, aprovechando las ocasiones, extendió y aseguró mucho sus dominios.

RAMIRO I, sucesor de Alfonso II, rechazó victoriosamente a los normandos, que atacaron las costas de Asturias y Galicia, y sofocó varias rebeliones: una, dirigida por el Conde palatino Nepociano, al cual venció e hizo sacar los ojos; y otras dos, promovidas por Aldroiti y Piniolo, que también eran Condes palatinos. Lo principal de este reinado es la reconstrucción y repoblación de las ciudades abandonadas por los cristianos: Astorga, Túy, Amaya y León.

En los diez y seis años de su reinado, sometió Ordoño a los vascones de Alava; venció al renegado Muza, de la familia de los Beni-Casi, que se había hecho fuerte en Aragón; se apoderó de Coria y Salamanca, y extendió considerablemente sus dominios.

—No ha dicho usted nada de la famosa batalla de Clavijo ni del tributo de las cien doncellas—dijo sonriéndose don Enrique.

—Es porque nos dijo usted que omitiéramos ese párrafo.

—Sí; mejor será dejarlo por ahora. Siga usted.

ALFONSO III *EL MAGNO*

comenzó a reinar muy joven, a los catorce o diez y ocho años, en circunstancias muy favorables, pues el Emirato de los Omeyas estaba muy quebrantado por las insurrecciones y disturbios interiores y además contaba el Rey asturiano con la ayuda de Mérida, Toledo, Zaragoza y Badajoz.

Asesinado el Conde de Galicia, Froilán, que le había usurpado el trono, y elegido Alfonso por la Nobleza, pasó a León y pobló a *Cea* y *Sublancia;* dominó a los inquietos vascones; ganó la plaza de Atienza y, en una expedición por Lusitania, conquistó y repobló las ciudades de Oporto, Auca, Encinio, Braga, Viseo, Lamego, Chaves, Coimbra y Orense.

El año 875, Abenmeruán, el gallego de Badajoz, vence a Hixem, hijo de Abdelazis, y se lo envía como presente al Rey Alfonso. El 878, El-Mondir, hijo de Mohamed, invade con un poderoso ejército las comarcas de Astorga y de León. Alfonso lo derrota en Polbararia, junto al Orbigo, y le hace firmar una tregua de tres años, pasados los cuales llega Alfonso por tierras de moros más allá del Guadiana.

Durante los años 882 y 883 tuvo que luchar

contra el ejército de El-Mondir. Los años siguientes continuó la obra de reconstrucción comenzada por su padre. Por entonces debió repoblar a Burgos, Ovierna, Zamora, Simancas, Dueñas, Toro y los llamados Campos Góticos, extendiendo sus fronteras hasta el Duero. El año 901 tuvo lugar la gloriosa jornada de Zamora, en que venció a un enorme ejército de mahometanos, conducidos a la guerra santa por un santón o falso profeta llamado Alcaman.

Dicen que, al volver de la jornada de Zamora, tuvo que cargar de cadenas a su hijo García y enviarlo preso a un castillo de Asturias; y que Muño Fernández, suegro de García, y los demás hijos de Alfonso forzaron a éste a abdicar.

—Sea de esto lo que quiera—añadió don Enrique—, es lo cierto que el reinado de Alfonso III fué muy glorioso y que el título de *Magno* que se le da a este Rey lo tiene bien merecido.

Era ya la hora de terminar, y don Enrique añadió, recalcando mucho las palabras:

—Traigan mañana la lección siguiente, o sea la octava, y los que no han traído hoy la séptima, traigan también la séptima.

—¡Es mucho! ¡No hay tiempo!—dijeron algunos, por decir algo, pues harto sabían que sus quejas eran infundadas y que, por lo mismo, las oía don Enrique como quien oye llover.

III

EL MAPA MUDO DE ESPAÑA. ABDERRAHMÁN III.—ALMANZOR. — ALFONSO VI. — LOS ALMORAVIDES

LO QUE DICE UN MAPA MUDO DE ESPAÑA

DESPUÉS de repasar, lección por lección, todas las de un período, solía don Enrique ejercitar a sus discípulos en repetir sobre un mapa mudo de España los hechos más importantes, señalando al mismo tiempo con tizas de colores los límites de los estados, los ríos, las ciudades, las batallas. Con esto conseguía que sus alumnos conociesen perfectamente el mapa de España y que, a fuerza de ir y venir por él en todas direcciones, hablando de reyes y de califas, de reinos y ciudades, de asaltos y batallas, lo mirasen, no como un mapa cualquiera, sino

como un escenario en que se representaba el drama grandioso de nuestra Historia.

Allí se veía, por ejemplo, después de la invasión musulmana, el reino de Pelayo reducido a unos puntitos blancos, que parecían las flores con que debieron adornar la imagen de Santa María de Covadonga las hijas de los primeros héroes de la Reconquista. Luego era una franja de color de rosa que se extendía a lo largo de las montañas, como una nube de grana que anunciaba días de gloria para los cristianos. Luego seguía creciendo aquella franja, y se extendía hasta el Duero, y aparecían los reinos de León y de Navarra y los condados de Castilla, Aragón y Barcelona. ¡Oh, con qué entusiasmo trazaban aquellos niños las líneas de las fronteras cuando los cristianos avanzaban! ¡Qué pena tenían cuando el terrible Almanzor los obligaba a borrarlas todas de nuevo y quedaban otra vez reducidos los cristianos a las montañas de Asturias! ¡Entonces, entonces veían lo que costaba ganar batallas y lo que valen nuestros campos, tantas veces perdidos y ganados, tantas veces empapados en sangre!

—No hay tierra en el mundo—exclamaba don Enrique—que haya costado tantos sudores, tantos sacrificios, tanta sangre como la nuestra. ¿Qué extraño es que por unos puñados de ella

diese a España Colón un Nuevo Mundo? Tierra santa pisamos. No la profanemos con ruines acciones, con pensamientos bajos, con torpes pisadas.

N día, después de terminar el repaso de la Reconquista, dijo don Enrique:

—Mañana repetiremos sobre el mapa mudo todo el segundo período de la Edad Media.

Estos repasos activos les gustaban mucho a sus discípulos, aun a los más desaplicados. Todos querían salir al mapa encerado, aunque no fuese más que a señalar el sitio de una batalla o la dirección probable de una expedición.

—Señor Quevedo—dijo don Enrique apenas entró en clase.

No lo había acabado de decir, cuando apareció sobre un banquillo que había delante del mapa un niño muy alegre y vivaracho.

—Señale usted—le dijo el profesor—las plazas conquistadas y fortificadas por Alfonso III y sus inmediatos sucesores.

El muchacho se volvió al mapa y, a lo largo del Duero, fueron apareciendo unas crucecitas blancas como estrellas. Al mismo tiempo iba

nombrando los puntos a que correspondían aquellas cruces: Zamora, Simancas, Osma, San Esteban de Gormaz, Medinaceli.

—Está bien. Ahora trace usted una línea de izquierda a derecha indicando aproximadamente hasta dónde habían llegado ya los cristianos en ese tiempo.

Inmediatamente apareció sobre el mapa negro una raya encarnada que, siguiendo la corriente del Duero hasta Medinaceli, cortaba la del Ebro un poco más arriba de Zaragoza y venía a terminar, después de internarse hacia los Pirineos, al Sur de Tarragona.

—Perfectamente. Ahora, si a usted le parece, podíamos hacer un viaje a Córdoba.

ERÁ buena ocasión ésta?

—La mejor, porque acaba de subir al trono Abderrahmán III, cuyo reinado señala el apogeo de la dominación árabe en España. Abderrahmán era un joven gallardo y animoso, esforzado y muy inteligente.

—¿Sabe usted cómo le llamaban los árabes? El más hermoso de los muslimes, el de color sonrosado y ojos azules, el amable, el gentil, el erudito y prudente Abderrahmán, gloria y or-

gullo de los Omiadas. De él dijo Almakari «que Dios le había dado la mano blanca de Moisés, aquella mano poderosa que hace brotar agua de las peñas, que hiende las olas del mar, la mano que domina, cuando Dios lo quiere, los elementos y la naturaleza entera, y con la que llevó el estandarte del islamismo más lejos que ninguno de sus predecesores».

Fomentó mucho la agricultura, la industria y el comercio; mejoró la administración y embelleció notablemente la ciudad de Córdoba. El palacio del Califa era una brillante academia, donde se reunían todos los sabios y artistas de su tiempo.

Diga usted, señor Quevedo, ¿hizo Abderrahmán alguna campaña contra los cristianos?

—Sí, señor. Después de pacificar sus estados y de reconquistar las ciudades de Toledo y Zaragoza, emprendió la guerra santa. Ordoño II de León había entrado por Mérida y Talavera y había vencido a un ejército árabe en San Esteban de Gormaz. El Califa se puso al frente de su ejército, arrasó las tierras del otro lado del Duero y se dirigió contra Sancho de Navarra. A él y a Ordoño II, que vino en su ayuda, los venció Abderrahmán en la batalla de Val de Junquera.

—¿Y no le venció luego a él un rey de León?

—Sí, señor: Ramiro II, en la batalla de Simancas.

—Muy bien. Siéntese usted, y que nos diga algo de Almanzor el señor Ramos.

Salió al medio un muchacho nervioso y algo asustadizo y, sin decir palabra, trazó hacia el Norte, tomando como punto de partida la ciudad de Córdoba, varias rayas, que eran otros tantos rayos con que el terrible Almanzor se propuso aniquilar a los cristianos. Luego se volvió a sus compañeros y habló así:

—A Abderrahmán III sucedió Al-Hakem II, que protegió las artes de la paz, y a éste sucedió Hixem II, a quien oscureció su ministro

ALMANZOR

Almanzor era de familia noble, pero no opulenta; muy ambicioso y de muchísimo talento. Tenía odio mortal a los cristianos y se había propuesto destruir los reinos del Norte. Cincuenta y dos expediciones hizo en veinticinco años—a dos por año, una en la primavera y otra en el otoño—, en las cuales se apoderó de Simancas, Zamora, Barcelona, Coimbra, León, Astorga y Santiago. Las puertas y campanas de la iglesia del Apóstol se las hizo

llevar a cuestas a los cristianos hasta Córdoba. Los reinos del Norte quedaron otra vez reducidos a las montañas de Asturias. El año 1002, dice un cronista cristiano, murió Almanzor en Medinaceli y fué sepultado en los infiernos. Don Lucas de Túy y don Rodrigo Jiménez de Rada aseguran que murió después de la batalla de Calatañazor, en la que fué vencido por un ejército de leoneses, castellanos y navarros.

—¿Qué sucedió después de Almanzor?

—Que el califato decayó rápidamente y, al fin, quedó reducido a la capital, y que Málaga, Granada, Denia, Almería, Zaragoza, etc., se hicieron independientes.

—Hemos terminado el siglo X, que es el siglo de oro de los árabes españoles. Vamos ahora a pasar al siglo XI en Castilla, donde nos espera un gran Rey:

ALFONSO VI

N Alfonso VI vuelven a juntarse los estados que su padre, Fernando I, había dividido, al morir, entre sus cinco hijos.

Para que los castellanos le reconocieran por Rey, tuvo que jurar—dice un viejo romance—que no había

tenido arte ni parte en la muerte *del Rey Don Sancho, su hermano.*

En Santa Gadea de Burgos
do juran los hijosdalgo,
allí toma juramento
el *Cid* al Rey castellano,
si acaso se halló en la muerte
del Rey Don Sancho, su hermano.
Las juras eran tan recias,
que al buen rey ponen espanto;
sobre un cerrojo de hierro
y una ballesta de palo:
Villanos te maten, rey,
villanos, que non hidalgos,
de las Asturias de Oviedo,
que no sean castellanos;
si ellos son de León,
yo te los do por marcados;
cavalguen en sendas yeguas,
en yeguas, que no en caballos;
las riendas traigan de cuerda
y no con frenos dorados;
abarcas traigan calzadas
y no zapatos con lazo;
las piernas traigan desnudas,
no calzas de fino paño;
traigan capas aguaderas,
no capuces ni tabardos;
con camisones de estopa,
no de holanda ni labrados.
Mátente con aguijadas,
no con lanzas ni con dardos;

con cuchillos cachicuernos,
no con puñales dorados;
mátente por las aradas,
no por caminos hollados;
sáquente el corazón vivo
por el siniestro costado,
si no dices la verdad
de lo que te es preguntado,
si tú fuiste o consentiste
en la muerte de tu hermano.
Las juras eran tan fuertes,
que el Rey no las ha otorgado.
Allí habló un caballero
de los suyos más privado:
Haced la jura buen Rey,
no tengais de eso cuidado,
que nunca fué Rey traidor,
ni Papa descomulgado.
Jura entonces el buen Rey
que en tal nunca se ha hallado.

L morir Alimenón de Toledo, que era aliado de Castilla, se propuso Alfonso VI tomar aquella ciudad y, en efecto, la tomó, el 25 de mayo de 1085. Las fronteras cristianas, que durante dos siglos no habían pasado del Duero, llegaron ahora de repente hasta el Tajo. Quiso apoderarse luego de Sevilla, pero el Emir llamó en su ayuda a los *almoravides*, que eran unas tri-

bus belicosísimas del Sahara, convertidas hacía poco al islamismo por un morabito llamado Abdalá-ben-Zasín. Era jefe de los Almoravides Yussuf-ben-Taxfín, hombre ignorante y fanático, pero de buen entendimiento. Dicen que sólo se alimentaba de leche y de carne de camello, y que su vestido era de lana, muy burdo. Salió Alfonso VI a su encuentro, pero fué vencido en Zalaca, cerca de Badajoz (1086), y tuvo que retirarse a Toledo.

—Dios sabe—dijo don Enrique—lo que hubiera sido de nosotros después de aquella espantosa derrota, si Yussuf no hubiera recibido aquella misma noche la noticia de la muerte de su hijo predilecto.

—Partió Yussuf inmediatamente a Africa, y después de celebrar los funerales de su hijo volvió a España y se apoderó de todos los estados musulmanes.

—¿Y no contó con eso el Emir de Sevilla cuando le llamó la primera vez?

—Sí; ya vió que, al llamar a los almoravides, se exponía a perder el reino; pero dijo: «Más vale guardar camellos en Africa que cerdos en Castilla.» Y los llamó.

En una expedición que hizo Alfonso VI por Extremadura y Portugal se apoderó de Lisboa, Cintra y Santarén.

PARA contener a los almoravides y reconquistar la fortaleza de Uclés, que Temín-ben-Yusef le había arrebatado, juntó un gran ejército, en que se alistó lo más florido de la nobleza castellana, y puso al frente de él a su hijo el príncipe Don Sancho, que a la sazón contaba doce años. El día 29 de mayo, por la tarde, se presentaron los cristianos en Uclés. Los moros, al verlos, trataron de abandonar la fortaleza, pero, viendo que era difícil huir, determinaron pelear. Apenas amaneció, cayeron de improviso sobre los cristianos, con gran algazara. Aun así hubieran ganado los nuestros la batalla si a la confusión de los primeros momentos no se hubiera añadido luego la cobarde deserción de los auxiliares judíos y, sobre todo, la pérdida del príncipe Don Sancho.

Cuentan las crónicas que, en lo más recio de la pelea, comenzó a gritar el pobre niño a su ayo don Pedro de Cabra: «¡Padre, padre: mi caballo está herido!» Acudió el ayo a las voces y vió al niño en tierra rodeado de moros. Saltó apresuradamente del caballo y, cubriendo al infante con el escudo, luchó heroicamente largo rato, hasta que uno de los moros le

cortó un pie de una cuchillada y cayó, cubriendo con su cuerpo al desdichado infante. Así murieron los dos, y con ellos los condes Gomecio, don García de Griñón, don Garci Fernández, don Martín Fláinez, don García de Cabra, don Fernando Díaz y don Sancho, nieto del *Cid*, por lo cual se llamó esta batalla *la de los Siete Condes*.

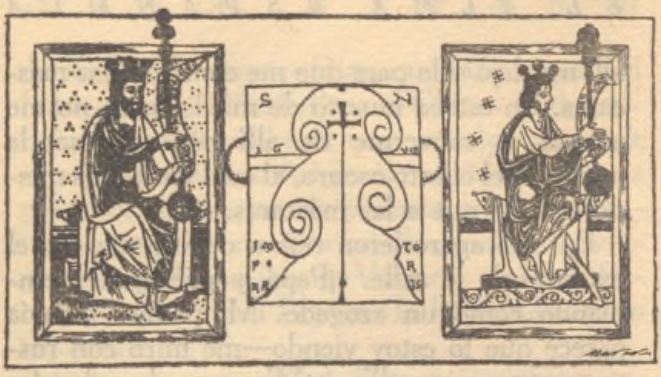
El Rey, cuando lo supo, dicen que repetía inconsolable: «¡Ay, meu fillo! ¡Ay, meu fillo! Alegría de meu coraçon et lume des meus ollos, solaz de miña vellez. ¡Ay, meu espello en que eu me solya ver, et con que tomaba moy gran pracer! ¡Ay, meu heredeiro mayor! ¡Caballeros! ¿Hume lo dexastes? ¡Dadme meu fillo, comes!»

Un año escasamente sobrevivió Alfonso a esta desgracia.

En su tiempo se mejoró mucho el estado material de las poblaciones; hubo más orden y normalidad en la administración y se elevó no poco el nivel científico y literario.

IV

EL CID



EL QUE EN BUEN ORA NASCO

EL *Cid!*—dijo don Enrique, y se quedó un rato pensativo, mirando a sus discípulos.

Todos deseaban que les preguntase. «¡A mí, a mí!», decían algunos. Don Enrique los miraba y callaba. Quería decir algo y no sabía cómo decirlo. Al fin les indicó con un gesto que callasen y habló así:

—Si tuvieran nombre los recuerdos, el primero de mi vida se llamaría *el Cid*. De niño tenía yo mucho miedo a las máscaras; me parecían cosa del otro mundo. Mi padre quiso quitarme aquel miedo, y un día de carnaval me plantó, quieras que no, en mitad de la calle, y

allí me dejó solo para que me comieran las máscaras. Yo estaba muerto de miedo, pero no me atrevía a moverme de allí por no pasar la noche en el cuarto oscuro, al cual tenía más miedo todavía que a las máscaras.

En esto aparecieron seis u ocho juntas en el extremo de la calle. «¡Papá, papá!», grité, temblando como un azogado. Mi padre—todavía parece que lo estoy viendo—me miró con rostro severo y me dijo: «¡Mira que de cobardes no hay nada escrito!»

Yo no sé lo que entonces me sucedió. Sólo recuerdo que cerré los ojos horrorizado y que, al abrirlos, me encontré en brazos de una máscara muy buena, que me acariciaba y me llamaba por mi nombre. Le dije que se levantara un poco la careta, y ¡cuál no sería mi asombro al ver que era mi primo Manolo, que acababa de regalarme el mejor caballo de cartón que he tenido en mi vida!

«¿Ves—me decía mi padre—cómo no es tan fiero el león como le pintan?» Entonces me habló del *Cid*. *El Cid* era un caballero muy valiente que había en Castilla; pero el Rey no le miraba con buenos ojos, y porque le dijeron no sé qué cosas contra él, le desterró y le quitó todos sus bienes.

Cuando las gentes le veían ir al destierro, se

decían unas a otras: «¡Dios, qué buen vasallo si hubiese buen señor!» Pero *el Cid* no se desanimó. En vez de no hacer nada o volverse contra el rey, lo que hizo fué juntar soldados e irse a pelear contra los moros; y, como era tan valiente, los venció en muchas batallas, y al poco tiempo conquistó el reino de Valencia y se lo ofreció al Rey, a aquel Rey que lo había desterrado injustamente.

Entonces conoció el Rey y conocieron todos que *el Cid* era el hombre más valiente del mundo, pues con un puñado de hombres había ganado tantas batallas y conquistado un reino, y juntamente conocieron que *el Cid* era el hombre más noble y generoso, pues, pudiendo, no se vengaba del Rey, y en vez de echarle en cara su injusticia prefería echarse a sus pies y ofrecerle el fruto de sus afanes. El Rey le perdonó y quiso verle. Al llegar a su presencia, postróse de rodillas *el Cid* y, apoyando las manos en el suelo, mordió humildemente las hierbas del campo en señal de sumisión. El Rey le recibió en su reino y en su gracia; le encomendó el gobierno de Valencia, y, como si esto fuera poco, casó a las hijas del *Cid:* una, con Ramiro, Infante de Navarra, y otra, con Ramón Berenguer III, Conde de Barcelona.

¡Con qué noble orgullo cantaban medio siglo después los juglares de Castilla:

Hoy los Reyes de España sos parientes son,
a todos alcança ondra por el que en buena hora naçió.

Nunca se me olvida—añadió don Enrique—esta primera lección de valentía que me dió mi padre, a raíz de mi primera victoria sobre el miedo. Después me llevó a su despacho, sacó un libro viejo de un armario y, abriéndolo por la mitad, me mostró un guerrero de hermosa barba, con un casquete de hierro en la cabeza. Vestía una cota de malla, sobre la cual llevaba una túnica, ceñida con una correa o cinturón, del cual pendía una gran espada. «Este es *el Cid*», me dijo. Yo le estuve mirando un buen rato sin pestañear. «Dale un beso», añadió. Y le di un beso en la cara.

HACE algunos meses, visitando yo un día la Catedral de Salamanca, me mostraron, entre otras insignes reliquias y alhajas valiosísimas que allí se conservan, un crucifijo muy antiguo, que llaman del *Cid*. Durante su vida lo llevaba

consigo *el Campeador* y, después de su muerte, lo trajo a Salamanca el Obispo don Jerónimo, y allí se conserva, junto con otros dos pergaminos, en uno de los cuales aparece

claramente la rúbrica del *Cid*, y en el otro se ha podido leer, con ayuda de reactivos, la de su esposa doña Jimena.

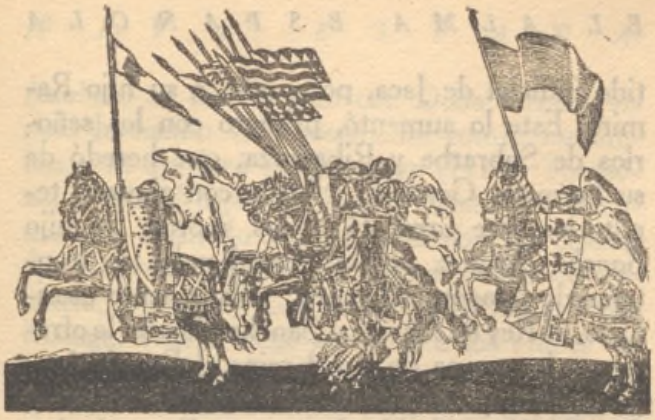
Al tomar aquel crucifijo en las manos me pareció que estaba caliente todavía, como si conservara, a través de los siglos, el ca-

lor del pecho del *Cid*. Calor de amor a España y a su Rey, que no pudieron entibiar ni el soplo helado de la envidia ni los fríos glaciales del destierro; calor de vida española, que no se consumía ya estérilmente en la inacción o en la intriga, sino que se desbordaba, magnánima y fecunda, por los surcos que abrían con sus espadas las huestes triunfantes del *Cid;* calor de fuerza española, que iba matando los monstruos de la desunión y de la discordia y plasmando, entre los brazos de la cruz, el gran corazón de España. Al besar aquel crucifijo me pareció que besaba tres corazones: el corazón del *Cid*, el corazón de España y el corazón de mi padre.

V

LA GRAN CRUZADA ESPAÑOLA

EL REY QUE GANÓ VEINTINUEVE BATALLAS CAMPALES. LOS TRES GRANDES ALFONSOS: «EL BATALLADOR», «EL EMPERADOR» Y «EL NOBLE». BATALLA DE LAS NAVAS DE TOLOSA



AYER—dijo don Enrique—, no dimos puntada en el repaso. A ver si hoy ganamos lo perdido. Señor Ponce de León, díganos usted lo más importante del siglo XII, dejando aparte el desdichado matrimonio de Alfonso *el Batallador* con Doña Urraca. Comience por

ARAGON

—En el reparto que hizo de sus estados Sancho III de Navarra, tocó el reino de Aragón, que entonces se reducía a lo que es hoy el par-

tido judicial de Jaca, poco más, a su hijo Ramiro. Este lo aumentó, primero con los señoríos de Sobrarbe y Ribagorza, que heredó de su hermano Gonzalo, y luego con algunos territorios que arrebató a los moros. Su hijo *Sancho Ramírez* siguió extendiendo las fronteras de Aragón. Al morir, villanamente asesinado, el Rey de Navarra, Sancho Garcés, le ofrecieron la corona de aquel reino al Rey de Aragón; y, aunque aspiraba también a ella el Rey de Castilla, fué preferido el aragonés. En sus luchas contra los moros, se apoderó de Padilla, Naval, Graus, Castellar, Bolea, Piedra Tejada y Monzón, y, además, hizo tributario suyo al Emir de Zaragoza. Murió atravesado por una flecha enemiga en el sitio de Huesca. Al morir, hizo jurar a sus hijos, Pedro y Alfonso, que no levantarían el sitio hasta apoderarse de aquella plaza. Pedro I lo cumplió dos años más tarde, después de haber vencido en la batalla de *Alcoraz* a un poderoso ejército que venía en socorro de los sitiados. Sucedió a Pedro I su hermano

ALFONSO I *EL BATALLADOR*

que siguió luchando contra los moros y se apoderó de Egea, Tauste, Tudela y otros pueblos.

Anulado su matrimonio con Doña Urraca, siguió luchando victoriosamente contra los árabes y se apoderó de Zaragoza (1118), Tarazona, Borja, Magallón, Epila, Calatayud, Alhama, etc. Llamado por los mozárabes de Granada, atravesó con su ejército los reinos de Valencia, Murcia y Granada y llegó hasta Vélez Málaga. Volvió luego a sujetar a los árabes rebeldes de Lérida, Tortosa y Valencia, y se apoderó de Mequinenza. Puso sitio a Fraga y, en una batalla contra el Emir de Lérida, que venía a socorrerla, fué vencido por primera y única vez en su vida, durante la cual había ganado veintinueve batallas campales.

—¿Qué otro Alfonso reinaba por entonces en Castilla?

ALFONSO VII *EL EMPERADOR*

que, al morir sin sucesión el aragonés, quiso apoderarse de aquel reino; pero sólo consiguió que los Reyes de Navarra y de Aragón le ofreciesen cierto vasallaje. Entonces fué cuando reunió Cortes en León y fué proclamado *Emperador*. Hizo dos expediciones contra los moros: una, antes de tomar el título de *Emperador*, por Sevilla, Córdoba y Jerez, y otra después, en que

dividió sus tropas en cuerpos volantes, que se esparcieron por Jaén, Baeza, Ubeda, Córdoba y Andújar. Esta jornada terminó con la toma de Almería (1147), que volvió a caer poco después en poder de los *almohades*. Cuando *el Emperador* se disponía a luchar contra estos terribles enemigos, le sorprendió la muerte.

—Y dividió sus reinos y le sucedieron: en Castilla, Sancho III, Alfonso VIII, Enrique I y Doña Berenguela, y en León, Fernando II, Alfonso IX y Fernando III, en el cual se unieron definitivamente León y Castilla.

El suceso más importante de este tiempo es la batalla de las Navas.

ALFONSO VIII

sucedió a Sancho III, y su minoría fué muy turbulenta, por las rivalidades de los Castros y los Laras, que se disputaban la Regencia. Llegado a la mayor edad, y casado con Doña Leonor, hija de Enrique II de Inglaterra, recuperó algunos lugares de la Rioja que le había arrebatado el Rey de Navarra. Luego luchó contra los árabes y, con la ayuda de Alfonso II de Aragón, logró apoderarse de Cuenca.

El año 1194 llegó hasta las playas de Algeci-

ras, y desde allí dirigió un arrogante desafío al Emperador de Marruecos. Este lo aceptó y se presentó en España con un poderoso ejército. Alfonso VIII pidió auxilio a los Reyes de León, Navarra, Aragón y Portugal, y, como éstos no acudiesen con la presteza que Alfonso deseaba, hizo él solo frente al ejército de los almohades en *Alarcos*, donde fué completamente derrotado el 19 de julio de 1195. A esta tremenda derrota se siguió una guerra entre León y Castilla, que terminó con el matrimonio del leonés con Doña Berenguela, hija de Alfonso VIII. Deseoso éste de vengar la derrota de *Alarcos*, entró de nuevo por tierras de Jaén, Baeza y Andújar, provocando la ira de Mohamed-Aben-Yacud, emperador africano, que decidió aplastar de una vez al Rey de Castilla.

En este momento aparece al lado de Alfonso VIII la gran figura de don Rodrigo Jiménez de Rada, Arzobispo de Toledo. Recorrió este insigne Prelado toda España y, a su voz de fuego, como en otro tiempo a la de Pedro *el Ermitaño*, se levantaron como un solo hombre, las mesnadas de Alhendega, los guerreros de Silves, los almogábares de Daroca, los escuadrones de Nájera y las milicias concejiles de ambas Castillas. Recorrió luego Francia, Bélgica, Italia y Alemania, hablando a cada cual

en su lengua y atrayendo a la Imperial Toledo nuevas huestes guerreras que pisaban por primera vez el suelo castellano. ¡Hermoso espectáculo el que entonces ofrece la Vega de Toledo!

ALLI ESTA TODA ESPAÑA

EL viento glorioso de Covadonga agita las banderas, que parecen querer enlazarse y confundirse para formar con sus sedas multicolores la gran bandera de sangre y de sol que ha de ser la única bandera de España. Aquella roja, que lleva don Alvar Núñez de Lara, es la de Castilla; aquella blanca, que tremola don Miguel de Loesía, es la de Aragón; la amarilla, que ostenta el bizarro Dalmau de Crexel, es la de Cataluña; aquella otra, es la de Portugal; aquella blasonada, es la de los ultramontanos. A los lados de éstos van las milicias de los Concejos de Castilla. Detrás marcha una legión extraña; no se sabe de dónde viene: dicen que de Albarracín; su señor, el indómito Azagra, no lleva más título que el de siervo de la Virgen. A uno y otro lado, como formando las alas heráldicas

de un águila enorme, bordada sobre el verde tapiz de la Vega, las Ordenes militares, con sus maestres a la cabeza: Gomes Ramires conduce a los templarios; don Gutierre de Armildes, a los sanjuanistas; don Rui Díaz de Yanguas, a los calatravos; don Pedro Arias de Toledo, a los santiaguistas.

EN MARCHA

El 21 de junio se puso en movimiento el ejército cristiano. Don Diego López de Haro guiaba la vanguardia, compuesta de los auxiliares extranjeros en número de diez mil caballos y cuarenta mil infantes. Detrás iban los Reyes de Aragón y de Castilla, cada uno con su ejército. Acompañaban al Rey de Aragón los Obispos de Barcelona y Tarazona, los condes de Ampurias, de Rosellón y de Barcelona, y lo más florido de la caballería aragonesa y catalana. Con Alfonso VIII, iban el Arzobispo don Rodrigo, alma de esta grandiosa cruzada; los Obispos de Palencia, Sigüenza, Osma, Avila y Plasencia; los Caballeros del Temple, los de San Juan, los de Calatrava y los de Santiago; don Sancho Fernández, infante de León, y los tres condes de Lara. Mandaban la retaguardia don Gonzalo Rodríguez Girón y sus cuatro hermanos, con

otros muchos nobles de Asturias, Cantabria, Galicia y Portugal. Las provisiones eran transportadas en setenta mil carros; otros dicen que en setenta mil acémilas.

LOS EXTRANJEROS SE VAN

Al llegar a Calatrava se retiraron las tropas extranjeras, so pretexto de no poder soportar los calores del verano. Algo se desanimaron con esto los españoles; pero he aquí que de pronto oyen sonar las bélicas trompetas de una nueva mesnada y ven aparecer a lo lejos las lanzas de Ainsa y los recios mandobles de Viguera, que trae de Navarra Sancho *el Fuerte*. Danse un apretado abrazo los tres Reyes. Dios, desde la altura, los bendice y manda al ángel tutelar de España que apreste para ellos las palmas de la victoria.

El día 12 de julio llegaron al puerto de Muradal y se apoderaron de la fortaleza de Castro Ferral. Siguieron adelante hasta el paso de la Losa, pero lo encontraron defendido por un ejército mahometano. Celebróse consejo para ver lo que se debía hacer. Unos decían que había que forzar, costara lo que costara, aquel paso; otros, que no. En tan críticos momentos

se presentó al Rey Alfonso un pastorcillo, que algunos dicen si sería un ángel o algún otro Santo, el cual le mostró una vereda oculta, por donde, sin que los viese el enemigo, llegaron a una meseta, llamada las Navas de Tolosa, que está en el partido de la Carolina, junto a Despeñaperros.

Mahomad quiso dar en seguida la batalla, pero los cristianos resolvieron no darla hasta el lunes 16. El domingo por la noche anunciaron los heraldos, a voz de pregón, que se dispusieran todos para la batalla del día siguiente. Muchos se confesaron y comulgaron. Antes de amanecer, celebró el Arzobispo don Rodrigo el Santo Sacrificio de la Misa y, al terminar, absolvió y bendijo a todo el ejército. Al romper el alba, se mandó que todos ensillaran los caballos y requirieran sus lanzas y ballestas. Luego, a una nueva orden del Rey, resonaron por todo el campo las trompetas y atambores, y el ejército se puso en movimiento.

TODOS QUERIAN IR EN LA VANGUARDIA

que dirigía don Diego López de Haro. En ella iban sus dos hijos don Lope y don Pedro, su primo don Iñigo de Mendoza y sus sobrinos

Martín Núñez y Sancho Fernández. Detrás iban las cuatro Ordenes militares y los Concejos de Madrid, Almazán, Atienza, Ayllón, San Esteban de Gormaz, Cuenca, Huete, Uclés y Alarcón. El Rey de Navarra conducía el segundo cuerpo con las banderas de Segovia, Avila, Medina del Campo y muchos otros caballeros vizcaínos, guipuzcoanos, gallegos y portugueses. El tercer cuerpo, o sea el ala izquierda, lo dirigía el rey de Aragón con los caballeros y Prelados de su reino, al frente de los cuales ondeaba el pendón de San Jorge. Mandaba la retaguardia y el centro el Rey de Castilla, cuyo estandarte, con la imagen de la Virgen, tremolaba el alférez Alvar Núñez de Lara.

EL EJERCITO MUSULMAN

tenía forma de media luna. En el centro se alzaba la tienda del Califa, rodeada de diez mil negros de aspecto horrible, cuyas largas lanzas, clavadas en tierra, formaban un parapeto inexpugnable. Para más seguridad, había delante de este muro de carne un semicírculo de gruesas cadenas y más de tres mil camellos. Dentro de esta fortaleza estaba el Emir Mahomad, vestido con el manto que solía llevar en las batallas su

abuelo Abdelmumen; a sus pies tenía un escudo y a su lado un caballo; en una mano la cimitarra y en la otra el Korán, en el cual leía durante la batalla.

Miráronse frente a frente los dos ejércitos. El de Mahomad era inmenso, el mayor que se había visto hasta entonces en Africa: lo componían ciento sesenta mil voluntarios y trescientos mil soldados almohades, alárabes y zenetes. El de los cristianos sería como la cuarta parte.

Comienza la batalla. Don Diego López de Haro rompe las dos primeras líneas enemigas y en pos de él avanza, arrollador, el ejército cristiano; pero como «sobie por logares asaz desaguisados pora combater», al llegar a la tercera línea, formada por los almohades, detiénese impotente para quebrantar aquel muro de hierro.

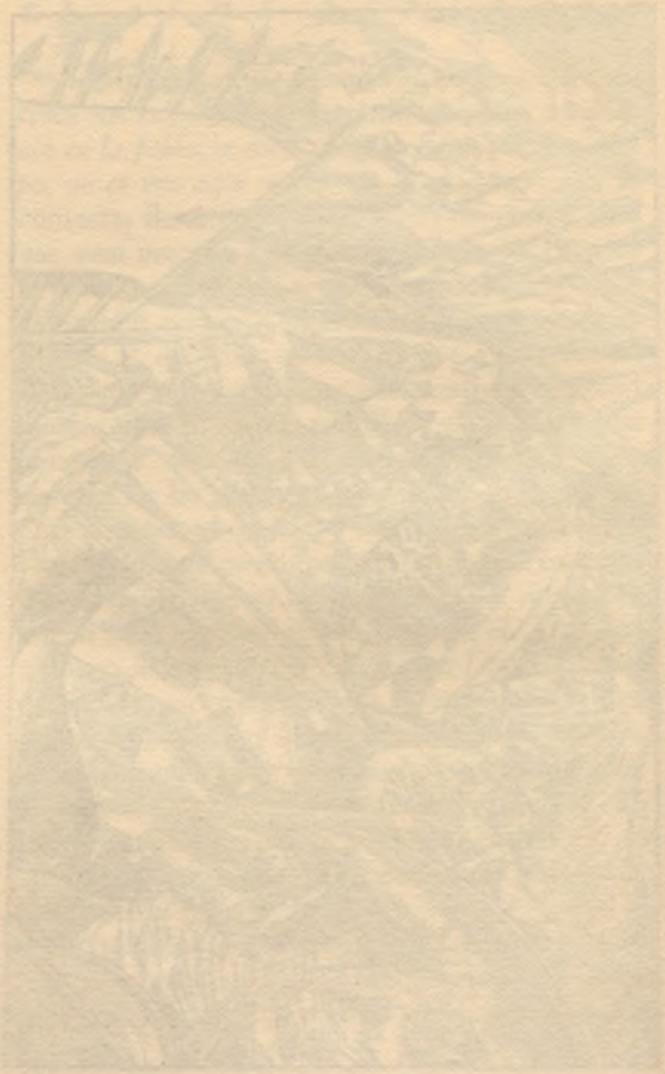
UENAN los tambores del Miramamolín, y los feroces almohades atacan con tal vigor que la primera línea cristiana comienza a flaquear. Acuden en su auxilio algunos caballeros de la segunda, pero el número y valor de los contrarios y lo desventajoso del terreno los obligan a retroceder.

Viendo el Rey de Castilla el peligro que corrían los suyos, «sin inmutarse *nin en la color nin en la fabla*, le dice a don Rodrigo: —*Arzobispo, yo et vos aquí morremos.* Y el Arzobispo le contesta, lleno de confianza: —*Non quiera Dios que aquí murades; antes aquí habedes de triunfar de vuestros enemigos.* —*Vayamos a priesa*—dice el Rey—*a acorrer a los primeros que están en gran peligro.* Y, diciendo y haciendo, va a meterse en medio de los moros, pero le contiene Fernán García, mientras Gonzalo Ruiz de Girón y sus hermanos acuden con tropas de refresco en socorro de las primeras haces.

—*Arzobispo*—vuelve a decir Alfonso a Don Rodrigo—*aquí mueramos, ca tal muerte conviene a nos, et tomarla en tal articulo et tal angostura por la ley de Cristo et mueramos en él.* Y el Arzobispo le contesta: —*Señor, si a Dios place eso, corona nos viene de victoria...; pero si de otra guisa ploguiere a Dios, todos comunalmientre somos parádos porá morir con vusco, et esto ante todos lo testigó yo, porá ante Diós.* El Rey no esperó más, y, resuelto a morir o a vencer, se metió con su estandarte real en lo más recio de la pelea.

Arrastrada por el ejemplo del Rey se lanzó tras él, como un solo hombre, toda la retaguardia. Hicieron lo mismo el Rey de Aragón

«... los moros caían a cientos y a miles.»



y el de Navarra, y la victoria se inclinó del lado de los cristianos.

La batalla se convirtió desde este momento en un degüello general, en que los moros caían a cientos y a miles.

Llegan ya los cristianos al redoblado valladar de robustos eslabones de hierro que defienden la espantable muralla de diez mil agigantados negros y agemes encadenados por los muslos, dentro de la cual se alza la tienda del Miramamolín. Huyen espantados los tres mil camellos. Varios caballeros intentan asaltar aquella fortaleza de carne; pero en vano. En esto se oye un inmenso grito de júbilo. Obediente al acicate, se ha lanzado el enorme corcel de don Alvar Núñez de Lara dentro de la muralla, sobre la cual ondea ya el estandarte de Castilla. Al mismo tiempo, o quizás poco antes, logra penetrar hasta cerca de la tienda el Rey de Navarra, rompiendo con su gran montante las férreas cadenas. Viéndose perdido Mahomad, arroja el libro de las manos y pide un caballo. Surge entonces a su lado la ensangrentada figura de su hermano Zeit Alazarí, que, con voces de anatema, le grita: «Monta, señor, en esta yegua overa, que nadie la alcanza y nada la rinde, y huye de este horrible campo de Icab. ¡Huye, desventurado, que hoy es el fin de los musli-

mes! ¡Horrible 15 de Safer de 609!» Y salta Mahomad sobre la remendada jaca pía de la Arabia, y corre, y corre con el moro cabalgando siempre a su estribo y relatándole todos los desastres de la batalla.

Los cristianos persiguieron a los fugitivos hasta muy entrada la noche. El Rey de Castilla había mandado que no se hiciesen cautivos, y los cristianos lo cumplieron a maravilla, dejando tendidos en aquellos campos cerca de doscientos mil mahometanos.

Después de la batalla juntáronse los Reyes y adalides, y el Arzobispo don Rodrigo, dirigiéndose al Rey de Castilla, le dijo: «Acordaos, Señor, que el favor de Dios ha suplido a vuestra flaqueza; no olvidéis tampoco que a vuestros soldados habéis debido la alta gloria a que habéis llegado en este día.»

Postróse luego el ejército cristiano ante la cruz arzobispal, en que se veían recientes las señales de los golpes que había recibido en la batalla, y en el silencio de la noche, en medio de aquellos campos de desolación y de muerte, resonó un himno grandioso de vida y de esperanza. *Te Deum laudamus.*

Bendita, Señor, sea tu grandeza;
Que después de los daños padecidos,

¡V I V A E S P A Ñ A!

Después de nuestras culpas y castigos,
Rompiste al enemigo
De la antigua soberbia la dureza.
Adórente, Señor, tus escogidos,
Confiese cuanto cerca el ancho cielo
Tu nombre, ¡oh, nuestro Dios, nuestro consuelo!

(*Fernando de Herrera.*)

VI

FLORES DE CASTILLA

SAN FERNANDO. — LAS LÁMPARAS DE LA ALJAMA. — JUGABA Y REÍA. — CÓMO DEMANDÓ LA CANDELA. — ALFONSO «EL SABIO». — JUAN II. EL «POEMA DEL CID». — ROMANCES, EJEMPLOS Y SERRANILLAS

VI

FLORES DE CASTILLA

SAN FERNANDO

LA Reconquista—dijo don Enrique apenas entró en clase al día siguiente—toca ya a su fin. Si San Fernando hubiera vivido un poco más, es probable que entre él y Don Jaime *el Conquistador* la hubieran terminado; pero Dios no quiso que terminase tan pronto aquella prueba, sin duda, para acabar de purificar a sangre y fuego la España cristiana.

Díganos usted brevemente, señor Enríquez, lo más importante del Rey Santo.

—Era hijo de Alfonso IX de León y de Doña Berenguela, una de las mejores Reinas que ha habido en España.

—Y de las más discretas y prudentes. Su nie-

to, el Rey Sabio, decía de ella que «era espejo de Castilla y de León y de toda España, por cuyo consejo y por cuyo seso se guiaban muchos reinos. Esta era toda cumplida sierva et amiga de Dios». Y así salió su hijo tan parecido a ella. ¿Sabe usted lo que solía decir San Fernando? Que temía más las maldiciones de una vejezuela de Castilla que todas las lanzas de los moros. Figúrese usted si estarían contentos los castellanos con tal Rey.

—Fué uno de los más gloriosos de la Reconquista por las victorias que ganó, por las reformas que introdujo y porque en él se juntaron definitivamente los reinos de Castilla y de León.

Una vez asegurado en el trono, dirigió sus armas contra los moros y se apoderó de Andújar, Martos, Priego, Loja, Alhama, Capilla, Salvatierra, Alcaudete y Baeza. Colocó en Toledo la primera piedra de la Catedral, e inmediatamente marchó contra Jerez. De Jerez pasó a Córdoba y la tomó (29 de junio de 1236). Convirtió la Aljama en Basílica, y mandó que las campanas de Santiago, que desde los tiempos de Almanzor estaban allí sirviendo de lámparas, fuesen trasladadas de nuevo a Compostela en hombros de cautivos mahometanos.

El año 1241 se apoderó de Jaén e hizo tributario de Castilla al Rey de Granada. Sitió luego a Sevilla, ayudado del célebre marino Ramón Bonifaz, y la tomó, después de un asedio de quince meses.

JUGABA Y REIA

SAN Fernando no fué solamente un gran conquistador: fué también un gran gobernante, un perfecto caballero y un gran Santo. Fundó las Catedrales de Burgos y Toledo; protegió a las Universidades; concedió fueros y tierras a varios pueblos; organizó las milicias concejiles, y dió, primero a los cordobeses y luego a los sevillanos y murcianos, el *Fuero Juzgo*, que es el primer Código que se escribió en lengua vulgar, encargando a su hijo don Alfonso que preparase un Código General más completo.

Tenía San Fernando «muy buena palabra en todos sus dichos», y departía y jugaba y reía con mucho donaire y «era muy mañoso en todas buenas maneras que el buen caballero debíe usar».

Añade su hijo don Alfonso que «se pagaba

de homes de corte que sabian bien de trobar, et cantar, et de joglares que sopiesen bien tocar estrumentos, ca desto se pagaba él mucho, et entendia quien lo facia bien, et quien non».

—En una palabra—dijo don Enrique—era un Rey y un Santo muy español en todo. Esto de la elegancia y alegría es muy de notar, porque, fuera de España, tienen a nuestros Santos y a nuestros Reyes por unos avechuchos raros y de mal agüero, especie de buhos misteriosos y terroríficos que aborrecen toda luz que no sea la de las lámparas de las iglesias o la de las hogueras de la Inquisición.

COMO DEMANDO LA CANDELA

EAN ustedes cómo pinta la muerte de San Fernando su hijo y sucesor Alfonso X en la *Crónica general*: «De que la hora (de su muerte) entendió que era llegada et vió la santa compaña que le estaba atendiendo, alegróse mucho; et dando ende grandes gracias et grandes loores a Nuestro Señor Jesucristo, demandó la candela que todo cristiano debe tener en mano al su finamiento, et diéronsela; et ante que la tomase

tendió las manos contra el cielo, et alzó los ojos contra el su Criador, et dijo: «Señor: dísteme regno que non había, et honra y poder mas que yo merescí; dísteme vida, esta non durable, cuanto fué tu placer. Señor: gracias te dó, et réndote et entrégote el regno, que me diste, con aquel aprovechamiento que yo y pude facer; et ofrézcote la mi alma.» Et demandó perdon al pueblo et a cuantos y estaban, que si dél, por alguna mengua que en él hobiera, querella alguna habien, que le perdonasen. Et todos llorando mucho de los oios, recodieron (respondieron) que rogaban a Dios que le perdonase, ca de ellos perdonado iba. Desí tomó la candela con ambas las manos, et alzola contra el cielo, et dijo: «Señor: desnudo salí del vientre de mi madre que era la tierra, et desnudo me ofrezco a ella. Et, Señor, rescibe la mi alma entre compaña de los tus siervos.» Et bajó las manos con la candela, et adoróla en creencia de Sancti Spiritu. Et mandó a toda la clerecia rezar la letania et cantar *Te Deum laudamus* en alta voz. Desí, muy simplemente et muy de paso enclinó los oios et dió el espíritu a Dios. Et la su alma ser heredada con los sus santos fieles en la gloria de su Sancto reino durable; amen.» (*Crónica general*, núm. 11-33.)

ALFONSO X *EL SABIO*

YA que hemos citado al Rey Sabio, diga usted algo de él.

—Era buen guerrero, como lo demostró en vida de su padre, sometiendo a los moros de Sevilla, y parecía que iba a terminar la Reconquista; pero las guerras de Portugal y de Navarra primero, luego la necia aspiración a la corona de Alemania y a la postre los disgustos que le dió su hijo Don Sancho, le apartaron cada vez más de la magna obra de la Reconquista. Le faltó, según dicen, el don de gobierno, el conocimiento de las personas y de las cosas y la energía necesaria para reprimir a los poderosos.

—Fué—añadió don Enrique—una de las más bellas figuras de nuestra Historia. Como Rey, fué una calamidad, pero hoy le perdonamos todos sus desaciertos que, a la distancia de siete siglos, apenas se echan ya de ver, y no nos fijamos más que en sus obras escritas: *El Fuero Real*, el Código de las *Siete Partidas*, los *Libros del Saber de Astronomía*, la *Crónica General* y las *Cantigas de Nuestra Señora*, que son un tesoro riquísimo de la literatura española.

—¿Qué Rey se parece mucho a Alfonso *el Sabio*?

JUAN II

que convirtió su corte en una gran Academia de sabios y artistas, y principalmente de poetas. El cordobés Juan de Mena era el que más le gustaba al rey.

—No crea usted que tenía mal gusto Juan II. «Placíale—dice Fernán Pérez de Guzmán—oir los hombres avisados...; sabia hablar y entender latín; leia muy bien; placíanle mucho libros e historias; oia muy de grado los decires rimados, e conocia los vicios dellos; habia gran placer en oir palabras apuntadas, e aun él mismo las sabia bien decir... Sabia del arte de la música, cantaba e tañia bien.» Pero como Rey desafinó mucho; primero, entregándose a su favorito don Alvaro de Luna, y luego, cortándole la cabeza.

Durante estos siglos de la Reconquista se formó la lengua castellana, y en ella se escribieron obras admirables.

EL *POEMA DEL CID*

aunque rudo en la forma—no podía por menos, estando la lengua a los principios—es lo único que puede compararse en todas las literaturas con los *Poemas* de Homero. Allí aparece la lengua y el habla de Castilla, ruda, pero noble; torpe en los movimientos, pero con una fuerza y energía insuperables.

Juntos en uno todos los caballeros andantes, no valen por uno cualquiera de aquellos héroes de carne y hueso, entre los cuales se levanta la figura gigantesca del *Campeador*, como la Catedral de Burgos entre las casas que la rodean.

Tenemos después los

ROMANCES

que, según dicen, son como fragmentos de los grandes poemas primitivos, en que se cantaban las hazañas de nuestros héroes. Son muchas y muy hermosas estas poesías y muy parecidas al *Poema del Cid*, con la diferencia de que la lengua y la versificación, que en el poema eran de hierro, en los *Romances* son ya de oro.

¿Quién hizo estas maravillas? No se sabe. Andaban en boca del pueblo, y los eruditos las recogieron para que no se perdiesen.

Los primeros autores conocidos son el riojano Gonzalo de Berceo, que compuso los *Milagros de la Virgen;* el alcalaíno Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, que escribió el *Libro de Buen Amor*, una de las obras más frescas y lozanas de todas las literaturas; el infante Don Juan Manuel, sobrino del Rey Sabio, y más escritor que él, como puede verse en el *Libro de Patronio;* el Marqués de Santillana, don Iñigo López de Mendoza, el poeta más refinado de la corte de Don Juan II y autor de primorosas *Serranillas;* el canciller Pedro López de Ayala, natural de Vitoria, que escribió el *Rimado de Palacio* y varias *Crónicas* muy notables, como la del rey Don Pedro I.

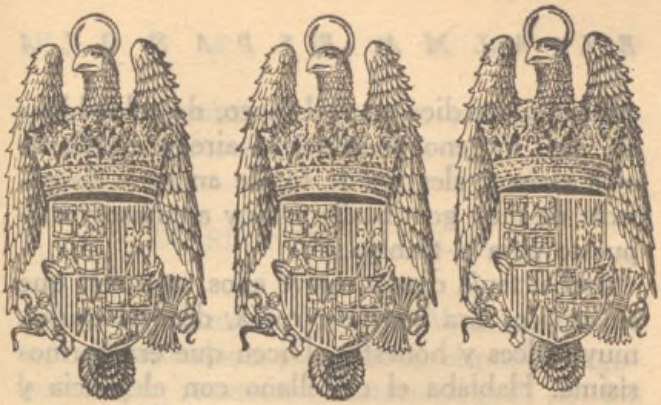
A estos añadiremos tres autores famosísimos que, en rigor, pertenecen a la Edad de Oro: Jorge Manrique (de Paredes de Nava?), compuso una elegía a la muerte de su padre que, según Lope de Vega, debía estar escrita en letras de oro; Fernando de Rojas, de la Puebla de Montalbán, escribió la *Tragicomedia de Calixto y Melibea*, de la cual dice Cervantes que sería divina si encubriera más lo humano; el regidor de Medina del Campo, Garci-Ordóñez

de Montalbo, es el autor o quizá el refundidor del *Amadís de Gaula*, del cual dice el mismo Cervantes que es el primero y el mejor de todos los libros de caballería.

VII

LOS REYES CATÓLICOS

EL DÍA MÁS SEÑALADO. — DERRIBANDO CASTILLOS SE LEVANTA CASTILLA. — GRANO A GRANO. — LA CAMPANA DE LA VELA. — LO QUE PASÓ EN GRANADA



EL DÍA MÁS SEÑALADO

QUEL día estaba don Enrique entusiasmado, como siempre que hablaba de los Reyes Católicos. Después de contar el novelesco matrimonio de los dos Príncipes exclamó, haciendo suyas unas palabras del célebre Nebrija:

—«No vió España día más señalado que aquel en que fueron celebradas las bodas de Príncipes de tanta grandeza. Apenas hubo uno que no se llenara de alegría y no saltara de gozo y no diese gracias a Dios; ni lugar ni ciudad que no decretara hacimientos de gracias y fiestas públicas.»

Fernando tenía entonces diez y ocho años y

era lo que se dice un real mozo; de color blanco, algo moreno de andar al aire y al sol; de ojos vivos y alegres; de frente ancha y despejada; de muy gentil talle y muy animoso y dispuesto para el trabajo.

Isabel tenía diez y nueve años, uno más que su esposo. Era blanca y rubia, de ojos azules, muy dulces y honestos. Dicen que era hermosísima. Hablaba el castellano con elegancia y fué muy aficionada a las letras. En un año aprendió, con doña Beatriz Galindo, la lengua latina, de manera que entendía perfectamente cualquier escrito o conversación en aquella lengua. Era muy amiga de verdad y de mantener su palabra; muy inclinada a hacer justicia; de gran corazón; incansable en el trabajo y muy firme y constante en lo que una vez emprendía. Algunos la comparan a Santa Teresa, y dicen que «si la Santa hubiese sido Reina, fuera otra Doña Isabel, y que si esta esclarecida Princesa fuera religiosa—que bien lo fué en sus virtudes—, fuera otra Santa Teresa». (Palafox.)

A estos dichosísimos Príncipes debe España su unidad y el haber subido, como dice un cronista, a *la mayor empinación, triunfo e honra e prosperidad que nunca España tuvo*. Ellos llevaron a cabo en muy pocos años la transformación de Castilla, el engrandecimiento de Ara-

gón, la conquista de Granada y el descubrimiento del Nuevo Mundo.

DERRIBANDO CASTILLOS...

Castilla, al morir Enrique IV, estaba infestada de salteadores y bandidos; el pueblo, agobiado y sin recursos; la autoridad real, por los suelos. A los pocos años, todo había cambiado. Cuarenta y seis castillos derribaron en Galicia los delegados regios Acuña y Chinchilla, entre ellos tres del conde de Altamira y seis del de Camiña, que eran otras tantas madrigueras de bandidos. Andalucía estaba dividida en bandos y ardía en guerras civiles. La Reina abrió audiencia pública en Sevilla y, apenas comenzaron los procesos, huyeron de la ciudad más de cuatro mil personas, temerosas de caer en manos de la justicia. El duque de Medinasidonia y el marqués de Cádiz fueron desterrados de Sevilla; el marqués de Aguilar y el conde de Cabra tuvieron que alejarse de Córdoba. El castillo de Castronuño y otros seis de la ribera del Duero, que tenía en su poder un famoso forajido llamado Pedro de Mendaño, fueron sitiados y tomados, lo mismo que los de Hornachuelos, Andújar, Bujalance, Mérida, Medellín,

Montánchez y otros. Los que no eran necesarios para la defensa del país, fueron destruídos.

No había entonces temor que se torciese la vara de la justicia. Los Reyes velaban sobre los tribunales y eran los primeros en juzgar con equidad. «Ordenamos—decían—de nos asentar a juicio en público dos dias en la semana con los del nuestro consejo e con los alcaldes de nuestra corte, e estos dias sean lunes e viernes, el lunes a oir las peticiones, e el viernes a oir los presos segund que antiguamente está ordenado por los Reyes nuestros predecesores... E mandamos que en aquellos dias se lean e se provean las quejas e peticiones de fuerzas e de negocios arduos e las quejas, si algunas hubiere de los del nuestro consejo e de los oficiales de la nuestra casa, porque más promptamente se provean.»

«Acuérdome—dice Fernández de Oviedo—verla en aquel Alcázar de Madrid con el católico Rey Don Fernando, V de tal nombre, su marido, sentados públicamente por tribunal todos los viernes, dando audiencia a chicos e grandes cuantos querian pedir justicia; et a los lados, en el mismo estrado alto—al cual subían por cinco o seis gradas—, en aquel espacio fuera del cielo del dosel, estaba un banco de cada parte, en que estaban sentados doce oidores del

consejo de la justicia e el presidente del dicho consejo real, e de pies estaba un escribano de los del consejo, llamado Castañeda, que leia públicamente las peticiones; e al pie de las dichas gradas estaba otro escribano de cámara del consejo, que en cada peticion asentaba lo que se proveia. E a los costados de aquella mesa donde esas peticiones paraban, estaban de pies seis ballesteros de maza, e a la puerta de la sala desta audiencia real estaban los porteros, que libremente dejaban entrar, e así lo tenian mandado, a todos los que querian dar peticiones. Et los alcaldes de corte estaban allí para lo que convenia o se habia de remitir o consultar con ellos. En fin, aquel tiempo fué aureo e de justicia; e el que la tenia, valíale. He visto que despues que Dios llevó esa sancta Reina, es más trabajoso negociar con un mozo de un secretario, que entonces era con ella e su consejo, e más cuesta.»

Una de las causas más ruidosas que se juzgaron en este tribunal, y en que se mostró la rectitud inflexible de la Reina, fué la de Alvaro Yáñez de Lugo, vecino de Medina del Campo. Obligó éste a un escribano a hacer una escritura falsa, con el fin de apropiarse ciertos bienes. Para asegurar el secreto, mató al escribano y lo enterró en su misma casa. Querellóse la viuda

ante los Reyes, hiciéronse las pesquisas necesarias, y, por algunos indicios, fué preso Alvaro Yáñez. Convencido de su delito lo confesó, ofreciendo cuarenta mil doblas para la guerra contra los moros si se le perdonaba la vida. Hubo algunos en el consejo real «cuyo voto —dice Pulgar—era que se recibiesen, pues aquello en que se habian de distribuir era cosa santa y necesaria. Pero la Reina no lo quiso facer e mandó degollar a aquel caballero, pospuesto el gran interese que le era ofrecido. E comoquiera que sus bienes, según las leyes, eran aplicados a su cámara, pero no los quiso tomar, e fizo merced dellos a sus fijos, porque las gentes no pensasen que movida por cobdicia había mandado facer aquella justicia.»

OS pueblos de España—dice Marineo Sículo—, que por muchos años habían sido fatigados de la adversa fortuna y grandes tempestades, sobrepujadas y vencidas las fuerzas rabiosas de los vientos y grandes torbellinos, con muy grande alegría arribaron al deseado puerto de tranquilidad, donde, pasadas las oscuras tinieblas de la noche, vieron el res-

plandeciente sol y clarísima luz del día. De allí cobraron los pueblos de España, después de las espantables furias infernales, toda seguridad, sosiego y esperanza de su vida, pues con el mandamiento real todos dejaron las armas y mudaron las costumbres, de tal suerte, que ninguno temía a ladrones armados, ningunos temían asechanzas. Tanta era la autoridad de los Católicos Príncipes, tanto el temor de la justicia, que no solamente ninguno hacía fuerza a otro, más aún, no le osaba ofender con palabras deshonestas, porque la igualdad de la justicia, que los bienaventurados Príncipes hacían era tal, que los inferiores obedecían a los mayores en todas las cosas lícitas y honestas a que están obligados; y asimismo era causa que todos los hombres, de cualquier condición que fuesen, ahora nobles y caballeros, ahora plebeyos y labradores, y ricos o pobres, flacos o fuertes, señores o siervos, en lo que a la justicia tocaba todos fuesen iguales.»

Verdaderamente, «aquel tiempo fué aureo e de justicia». Y, como la justicia es compañera inseparable de la paz, comenzó a reinar en todas partes una paz octaviana, de manera que «muchas de las fortalezas que poco antes con diligencia se guardaban, vista esta paz estaban abiertas, porque ninguno había que osase fur-

tarlas, e todos gozaban de la paz e seguridad.» (Pulgar: *Crón. II*, 95.)

Los caminos públicos quedaron limpios de salteadores; los campesinos se dedicaban a sus labranzas; llenábanse las fábricas de operarios inteligentes y laboriosos; los tribunales de justicia funcionaban con regularidad; las Cortes legislaban pacíficamente; la autoridad real era respetada; la nobleza servía a sus Soberanos, y el pueblo adoraba a sus Reyes. Ya podían éstos pensar en la conquista de Granada y del mundo entero. Con tales Reyes, el pueblo español era capaz de todo, hasta de lo imposible.

Un día le dijo un famoso embajador florentino al Rey Católico: «¿Cómo se explica que España, que hasta hace poco apenas era conocida en Europa, se haya puesto a la cabeza de las naciones?» Y el Rey le contestó: «Es que los españoles tienen muchas buenas cualidades para la guerra y para la paz, pero necesitan estar bien gobernados.» Ahora lo estaban, e iban a asombrar al mundo con sus conquistas, con sus descubrimientos, con sus hazañas, con sus virtudes, con sus libros, con sus cuadros, con sus monumentos, de manera que medio siglo más tarde se podría decir con verdad que los cielos y la tierra estaban llenos de la majestad y de la gloria de España.

GRANO A GRANO

UERIENDO Muley - Hassem, Rey de Granada, sacudir el yugo de Castilla, se negó a pagar el tributo de cautivos y dinero que solían pagar los Sultanes anteriores. «Volveos—dijo al comendador de Santiago, don Juan de Vera y Mendoza—y decid a vuestros Soberanos que ya son muertos los Reyes de Granada que pagaban tributo a los cristianos, y que en Granada no se labran sino alfanjes y hierros de lanzas contra nuestros enemigos.» Este arrogante desafío indignó a nuestros Reyes. «Uno a uno he de sacar los granos a esa granada», dicen que repetía Don Fernando. Y una a una fueron cayendo en poder de los cristianos Alhama, Loja, Illora, Moclín, Vélez Málaga, Baeza, Almería, Guadix. Granada había quedado, como dice Zurita, *desfigurada y deshecha, como cabeza sin cuerpo y sin brazos.* Era, pues, llegada la hora de tomarla, y los Reyes Católicos la tomaron.

El 20 de abril de 1591 se presentó Fernando ante los muros de Granada con un ejército de cuarenta mil infantes y diez mil caballos. Po-

cos días después, cuando ya estaban fortificados los reales y puestas las tiendas de los caballeros y las barracas de los soldados, llegó la Reina al campamento, acompañada de sus hijos, con los cuales se había quedado esperando en Alcalá la Real. En todas las cosas graves y de importancia quería hallarse presente la Reina para animar con su presencia a sus vasallos. Alojóse en una magnífica tienda de seda y oro que le prestó el marqués de Cádiz, y era, según dice Bernáldez, «el pabellón más rico y elegante que pudiera trazar el gusto y la opulencia». Una noche, al acostarse, mandó la Reina a una doncella que retirase una vela que ardía junto a su lecho y le impedía conciliar el sueño. La doncella la retiró, pero tuvo la poca precaución de dejarla encendida junto a unas cortinas de seda, en las cuales prendió la llama apenas las movió un poco el viento, produciéndose un incendio horroroso que abrasó gran parte del campamento. Al día siguiente determinaron los reyes sustituir las tiendas por casas y convertir el campamento en una ciudad, cercada de fosos, con cuatro puertas y una plaza de armas en el centro. Todos pusieron manos a la obra, y a los ochenta días quedaba convertido el campamento en una linda ciudad de 400 pasos de largo por 312 de ancho. Los

soldados querían que se llamase Isabela, por el grande amor que tenían a la Reina, pero ésta no lo consintió, y dispuso que se llamase Santa Fe.

Con esto acabaron de perder el ánimo los sitiados y, como no tenían ni esperaban recibir de fuera recursos para un largo asedio, y el hambre comenzaba a hacer estragos en la ciudad, decidieron entregarse a la clemencia de nuestros Reyes. Enviaron, pues, al alcaide de Granada, Abul Cacim el Muleh, para que tratara de la entrega de la ciudad.

Firmadas las capitulaciones, entraron triunfalmente en Granada los cristianos el día 2 de enero de 1492, último día de la reconquista española.

LA CAMPANA DE LA VELA

HAY que ir a Granada el día de la Toma y oirle contar a la campana de la Vela lo que pasó en Granada aquel día. Parece que se vuelve loca de contento, y cuenta, y cuenta, y cuenta y no acaba hasta que le mete a uno en la Capilla Real.

Allí me encontré yo hace algunos años. El recinto estaba materialmente atestado de gen-

te: en el presbiterio, en las verjas, en las columnas, en los púlpitos, en todas partes se veían racimos de cabezas que se alargaban para ver aquel espectáculo único. A la entrada del crucero, delante de los sepulcros de los Reyes Católicos, había un altar como de campaña, regalo de Doña Isabel. Los paños, los ornamentos, las banderas fueron bordadas por ella y por sus damas. En el coro bajo estaba el Arzobispo rodeado del Cabildo Catedral. Entró luego el Concejo de la ciudad con sus escuderos y hombres de armas, pajes, maceros, alcaldes, ediles. El alférez mayor de Castilla llevaba el pendón morado de la Reina Católica. El Arzobispo, revestido de pontifical, rezó las preces rituales; los niños de coro entonaron un himno que parecía el Gloria de la noche de Navidad. El alférez tremoló gallardamente por tres veces el pendón morado sobre las apiñadas cabezas, mientras las músicas militares, los tambores y los clarines tocaban la Marcha Real. ¡Qué momentos aquellos! Yo quise mirar hacia el sepulcro de los Reyes, pensando que se habrían incorporado en sus lechos de piedra; pero no vi nada; tenía los ojos llenos de lágrimas.

Terminada la ceremonia, bajé al panteón y oré ante los restos mortales de la Reina inmortal de Castilla.

LO QUE PASO EN GRANADA

Luego me dirigí a la Catedral, donde un elocuente predicador explicaba a los fieles la ceremonia que habíamos presenciado. «Ese pendón —decía—que después de cuatrocientos veinte años acabáis de ver tremolar sobre los sepulcros de los conquistadores de Granada, nos conduce a las alturas donde lo desplegó al viento por vez primera el gran conde de Tendilla. ¡Qué cuadro tan sublime el que contemplan nuestros ojos desde lo alto de la Alhambra!

»Está amaneciendo. Aboardil, el que reinó últimamente en Guadix, bien asegurado ya de la ruina de su sobrino el rey Boabdil, que va a dejar el cetro de Granada, y suficientemente remunerado de nuestros Reyes, se despide muy gustoso y emprende su marcha a Berbería. Los vítores y las enhorabuenas resuenan en todo nuestro ejército. Los Monarcas, los Prelados, los generales, el resto de las tropas, todos se visten de gala y salen de Santa Fe en orden de batalla hasta el lugar de Armilla. Divídese en tres cuerpos el ejército: uno queda allí, escoltando a la Reina, a sus damas y a sus fieles consejeros; el otro se acerca al puente del Genil, capitaneado por el Rey Don Fernando, y el más

aguerrido dirige su marcha hacia la Alhambra. El Cardenal Arzobispo de Toledo don Pedro González de Mendoza, el conde de Tendilla don Iñigo López de Mendoza y el comendador mayor de León del Orden de Santiago don Gutierre de Cárdenas, rodeados de infantería y de caballería, cubren esa llanura que hoy nos sirve de paseo. La plata brillante de la cruz arzobispal; el escudo de armas de Castilla y de León y la roja insignia del Patrón de España son los tres objetos que llaman la atención de cuantos observan los estandartes triunfadores. La púrpura del Prelado, las banderas, los plumajes, las joyas de los nobles guerreros, la alegría que se ve pintada en los rostros de los militares, todo aumenta el esplendor de sus lucidas armas. El sonido de las cajas y de las trompetas, de los clarines y de los timbales anuncia a los moros la llegada de los vencedores. A su estruendo repentino se conmueven las entrañas del rey Boabdil. Saca con anticipación de la Alhambra a su madre la Aixa y a su familia; la envía por otro camino con encargo de que le esperen más allá del Genil, y se apercibe para recibir a los que ya no puede mirar sino como a señores. Sube el Cardenal con toda su gente por delante de la puerta de los Molinos; acércase al sitio que hoy ocupa el Convento de los

Mártires, y todos se detienen a la vista del Rey Boabdil y de los caballeros moros que le acompañan. Entonces, levantando la voz, el rey Boabdil dice estas palabras al Cardenal: «Id, señor, y ocupad los alcázares por los reyes poderosos, a quien Dios los quiere dar por sus muchos merecimientos y por los pecados de los moros.» El Cardenal y su gente dirigen su marcha hacia la Alhambra, mientras con semblante macilento baja el rey Boabdil por el mismo camino que trajo el Cardenal y se acerca al lugar que hoy ocupa la ermita de San Sebastián, donde quedaba en observación con su gente el Rey Don Fernando. Descúbrense a un mismo tiempo los dos Reyes. El moro va a apearse de su caballo para besar la mano al cristiano, y éste no lo consiente. El moro se aproxima, besa el brazo de su vencedor y, con voz trémula, le dice: «Tuyos somos, Rey invencible; esta ciudad y reino te entregamos, confiados que usarás con nosotros de clemencia y de templanza.» Fernando se enternece y manda se dé a Boabdil la cantidad estipulada en las capitulaciones. El moro la recibe, comienza a suspirar reciamente y se encamina a incorporarse con su familia para llegar al lugar de su destino.

»Auméntase la inquietud en los ánimos de Isabel y de Fernando no viendo aún desde don-

de están las señales públicas de posesión que deben hacer el Cardenal y los que le acompañan. Pero de pronto lanza un grito de alegría todo el ejército. En la torre de la campana aparece, en manos del Cardenal de Toledo, la cruz arzobispal y, a su lado, la blanca bandera del Apóstol Santiago comienza a ondear gallardamente, agitada por su Comendador mayor de León, y ese pendón respetable, en que se miran los timbres de los Reyes de España, es igualmente tremolado por el primer Capitán General del reino de Granada. Los reyes de armas guardan las formalidades de estilo y claman en altas voces: ¡GRANADA, GRANADA POR LOS INCLITOS REYES DE CASTILLA DON FERNANDO Y DOÑA ISABEL, QUE DIOS GUARDE MUCHOS AÑOS!

»Las salvas de artillería, los tiros de los arcabuces, los instrumentos militares, los gritos de los vencedores, todo forma un estruendo apacible en los contornos de Granada. Don Fernando, a las riberas del Genil, y Doña Isabel en Armilla, se postran en tierra, levantan sus ojos al cielo y, con una devoción digna de sus piadiosos y religiosos corazones, dan gracias al Todopoderoso. Entónase con la mayor solemnidad el *Te Deum laudamus*. Los Prelados, los grandes, la corte toda repite los signos de ale-

gría con las lágrimas en los ojos, con la ternura en el corazón y con la religión grabada en los pechos. Doña Isabel sale de Armilla con su gente y viene a unirse con Don Fernando. Juntos los dos Monarcas, reciben los parabienes de todos los que les rodean, pero estos modestos conquistadores restituyen toda la gloria de sus armas al Dios de los ejércitos.» (Francisco Garci-Pérez de Vargas: *Sermón de la Toma*. 1804.)

VIII

LA MAYOR COSA DESPUÉS DE LA CREACIÓN

«LA CALUMNIADA».—¿QUÉ HA HECHO ESPAÑA? — EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA. CRISTÓBAL COLÓN. — ¿QUÉ SE PROPONÍA? — COLÓN EN ESPAÑA. — EL VIAJE DE COLÓN

VIII

LA MAYOR COSA DESPUÉS DE LA CREACIÓN

-LA CALUMNIADA.—¿QUÉ HA HECHO ESPAÑA? — EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA. CRISTÓBAL COLÓN. — ¿QUÉ SE PROPONÍA? — COLÓN EN ESPAÑA. — EL VIAJE DE COLÓN

«LA CALUMNIADA»

ACABO de leer—comenzó diciendo don Enrique—una lindísima comedia de los hermanos Quintero: *La Calumniada*. ¿Saben ustedes quién es *la calumniada*? Nuestra Patria: España. España —dicen—no ha hecho más que quemar herejes, apagar luces y derramar sangre. ¿Hay mayor calumnia?

Viajando, no hace mucho, fuera de España, me encontré con un señor que creía de buena fe que se podía escribir la historia de la civilización sin contar para nada con nosotros. —¿Qué hace España?—me dijo. —Está descansando—le contesté. El buen hombre soltó una carcajada que me dejó helado. —¡Oh descansando, descansando—repetía—. ¿Y qué ha hecho España? Iba a decirle una atrocidad; pero vi que su pregunta nacía de ignorancia, más que de malicia,

y me contenté con decirle: —España cerró el paso a los árabes y salvó a Europa de una invasión mil veces peor que la de los bárbaros. España venció a los turcos en Lepanto y libró de nuevo a Europa de otra invasión tan terrible como la primera. España descubrió, conquistó y civilizó el Nuevo Mundo. España comunicó a Europa las ciencias del Oriente. España creó, al comenzar la Edad Moderna, la mejor infantería del mundo. España produjo los navegantes más audaces y los más grandes conquistadores. España inauguró la ciencia experimental y la filología comparada. España echó las bases de la vida moderna e ideó el sistema parlamentario antes que ninguna otra nación. España escribió el *Quijote* y *Los Nombres de Cristo;* pintó las *Lanzas* y las *Meninas;* esculpió el *Cristo de los Cálices;* levantó El Escorial, y venció a Napoleón...

Luego le hablé de nuestros grandes capitanes y estadistas, de nuestros misioneros, de nuestros santos, de nuestros sabios, de nuestros monumentos, de nuestras instituciones, de nuestras leyes y gobierno, de todo. Al fin quedamos muy amigos, y él muy deseoso de hacer un viaje por España, para conocer de cerca aquella gran nación que, por serlo tanto, era tan calumniada.

EL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

Cuando les pregunten a ustedes: «¿Qué le debe a España la Humanidad?», respondan: «El descubrimiento de América.» Y si les preguntan: «¿Qué es el descubrimiento de América?», contesten: «La mayor cosa, después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió.» (Gómara.) Juntas todas las empresas de los otros pueblos, no valen lo que esta sola empresa de España.

Pero Colón—se dirá—no era español. Fuese o no fuese español—que eso está todavía por averiguar—, es lo cierto que Colón emprendió aquella obra en calidad de español, con la fe y el dinero de España, con buques y marineros españoles y tomó posesión de las tierras descubiertas en nombre de España.

CRISTOBAL COLON

ACIÓ en Savona, el año 1451, y pasó los veinte primeros años de su vida al lado de sus padres, ejercitando, como ellos, el oficio de tejedor y acaso el de tabernero. No estudió, como se ha dicho, en la Universidad de Pavía ni en ninguna otra

Universidad. Aprendió un poco de latín y leyó media docena de libros: la *Historia Rerum*, de Pío II; la *Imago Mundi*, de Pedro de Ailly; los viajes de Marco Polo; la *Geografía* de Ptolomeo, y la *Historia Natural*, de Plinio. Luchó en Nápoles contra los aragoneses, a las órdenes de Renato de Anjou; hizo un viaje a la isla de Chíos, y en 1476 arribó a Portugal en unos navíos genoveses que venían huyendo del corsario francés Colón *el Viejo*. En los mismos navíos fué luego de Lisboa a Inglaterra y visitó los puertos de Bristol y Galway. Las descripciones que hace de Islandia dan a entender que no estuvo nunca en aquella isla. Vuelto a Portugal se estableció en Lisboa, el año 1477; el 1478 hizo un viaje a la isla de la Madera; el 1479 aparece en Génova y luego otra vez en Portugal, donde se casa con Felipa Moñiz de Perestrello. Los años siguientes (1482-1485) hizo varios viajes a Guinea. El objeto de estos viajes, como el de casi todos los emprendidos en tiempo del Infante Don Enrique y de Alfonso V, era hacer el periplo de Africa, llegar al Mar Indico y adquirir noticias de los reinos del Preste Juan. Este sería, naturalmente, el tema obligado de las conversaciones a bordo, y en ellas expondría cada uno sus opiniones o apoyaría la que mejor le pareciese. «Muchas hubo—decía más tarde Duarte

Pacheco—en estos reinos de Portugal en los tiempos pasados entre algunos sabios acerca del descubrimiento de las Etiopías, de Guinea y de las Indias. Porque unos decían que no debía descubrirse a lo largo de la costa del mar y que sería mejor atravesar con ánimo esforzado la extensión del Océano hasta dar en alguna tierra de la India o vecina de ella, y que, por esta vía, se acortaría el camino; otros dijeron que mejor sería descubrir a lo largo de la tierra, sabiendo poco a poco lo que en ella había y sus derrotas, conociendo la gente que había en cada provincia, para verdaderamente saber el lugar en que estaban, por donde podían ser ciertos de la tierra que iban a buscar, porque de otra manera no podían saber la región en que estaban. Y a mí me parece que la segunda opinión fué más acertada.»

A Colón le pareció más acertada la primera, aunque, realmente, era la menos científica. Por entonces debió conocer el proyecto del sabio florentino Pablo del Pozzo Toscanelli, para llegar a las costas orientales de Asia por un camino más corto que el que solían seguir los portugueses; pero falto de conocimientos para apreciar sus errores (el principal era la corta distancia que, según él, había entre Asia y Portugal), lo acogió con tal fe y entusiasmo que no

paró hasta que, como veremos, logró realizarlo.

Para que se entienda bien lo que Colón se proponía hay que tener en cuenta los conocimientos geográficos de entonces. Ya se daba por cierto que la tierra era esférica y no plana; pero se ignoraba lo que había al otro lado de Europa, más allá del Atlántico, que entonces se llamaba el *Mar Tenebroso*. Todos suponían que había en aquel mar algunas islas y que detrás de ellas, a muy corta distancia, se extendían las costas orientales de Asia. En esto de creer que las costas orientales de Asia distaban muy poco de Europa había un gran error, que había vulgarizado el Cardenal Ailly en su *Imago Mundi*, y consistía en dar al grado ecuatorial 56 millas y $^{2}/_{3}$, diez millones de metros menos de los que realmente tiene.

CÓMO no se lanzaban a descubrir aquellas islas y a buscar aquel camino para el Asia? Bastaba ver —dice Lummis—un mapa cualquiera para no pensar en semejante viaje. Alrededor de aquellas palabras *Mar Tenebroso* se veían pintados monstruos horribles, más horribles que los grifos,

centauros y cíclopes antiguos. En aquellas latitudes había un terrible pájaro, de alas colosales, que se llamaba el pájaro *rok*, que arrebataba con su enorme pico embarcaciones enteras llenas de hombres y las llevaba por los aires, despedazando con sus uñas a los desgraciados navegantes. Además, como no tenían entonces idea de la gravitación, creían que si un barco llegaba al extremo del Océano, corría gran peligro de salir de la tierra y caer en el vacío. El problema que había que resolver era éste: ¿Es posible atravesar el *Mar Tenebroso* y llegar por él en menos tiempo a las costas orientales de Asia? La respuesta general era que no se podía. Colón dijo que sí, y acertó: esa es su gloria.

Hacia el año 1483 presentó su proyecto a Juan II de Portugal; pero la Junta, encargada de examinarlo, lo rechazó, advirtiendo que contenía graves errores cosmográficos y que, aun dado caso que el proyecto fuese admisible, no lo eran las condiciones en que se proponía.

Lo mismo, poco más o menos, debieron responder en Francia y en Inglaterra a su hermano Bartolomé, que, según dicen, presentó el mismo proyecto a Enrique VII Tudor y a la regente de Francia, Ana de Beaujeu.

A fines del año 1484 o a principios del 1485 se presenta

COLON EN ESPAÑA

DESEMBARCA en Palos de Moguer con su hijo Diego y, sin saludar a unos parientes que tenía en Huelva, se va derecho al convento de la Rábida, donde esperaba recoger importantes noticias acerca del piloto onubense Alonso Sánchez. Diéronselas, a lo que parece, muy cumplidas el prior Fray Juan Pérez y Fray Antonio de Marchena, y no falta quien asegure que, además de las noticias que deseaba, le dieron los frailes una carta de ruta del difunto piloto, que Colón utilizó en su primer viaje.

De la Rábida se trasladó inmediatamente a Sevilla y consiguió que el banquero florentino Juanoto Berardi lo presentara a don Enrique de Guzmán, duque de Medina-Sidonia, y a don Luis de la Cerda, duque de Medinaceli. Este se entusiasmó con el proyecto de Colón y escribió al gran Cardenal de España, don Pedro González de Mendoza, para que se interesase en el asunto y hablase de él a nuestros Reyes. La respuesta de la Reina no pudo ser más satisfactoria: que en breve se trasladarían a Cór-

doba ella y su marido, que fuese allá Colón y determinarían lo que conviniese.

Fué allá Colón, y en mayo de 1486 presentó a los Reyes su proyecto. Los Reyes le oyeron con interés y le dieron buenas esperanzas; pero como se trataba de una empresa tan arriesgada, remitieron el proyecto a una Junta de varones doctos, presidida por Fray Hernando de Talavera. Es posible que esta Junta celebrara sus últimas reuniones en Salamanca, donde se hallaban los Reyes a fines de 1486. Lo que no parece cierto es que interviniera en este negocio Fray Diego de Deza, ni menos que se nombrase otra Junta de Maestros de aquella Universidad, que, según se venía repitiendo hasta ahora, había celebrado sus reuniones en San Esteban y en la granja de Valcuebo. Colón debió hablar ante la Junta con mucha reserva. Más que razones científicas, que era lo que la Junta deseaba, aducía noticias particulares, sobre cuyo origen se negaba a dar explicaciones.

La Junta tardó en dar su dictamen cuatro años, que a Colón se le debieron hacer cuatro siglos. Llegó a verse tan apurado, que para vivir tuvo que dedicarse a vender libros. A fines del año 1490 o a principios del 1491 dió la Junta su dictamen rechazando el proyecto de Colón. El motivo que alegaba era la penuria del Tesoro,

debida a las guerras que había habido que sostener aquellos años.

OLÓN sintió, naturalmente, la repulsa; pero no se dejó dominar del desaliento. Visitó de nuevo al duque de Medinaceli y a sus amigos de la Rábida y les dijo que, visto el parecer de la Junta, había decidido pasar a Francia y ofrecer sus servicios a aquella nación. Los frailes le aconsejaron que no saliese de España, que si el proyecto era realizable, como parecía, España era la llamada a realizarlo. Volvieron a discutirse los planes de Colón, y el resultado fué: que el prior Fray Juan Pérez escribió una carta a la Reina; que la Reina le contestó diciéndole que fuese a verse con ella en Santa Fe; que Fray Juan Pérez fué allá y habló con la Reina, y que la Reina mandó llamar a Colón. Volvió éste a la corte y expuso de nuevo sus proyectos y las condiciones en que se comprometía a realizarlos.

A los Reyes les pareció que pedía demasiado y rechazaron el proyecto. Colón salió inmediatamente de Santa Fe y tomó el camino de Córdoba. Tras él salió poco después un alguacil

real que alcanzó a Colón en el puente de Pinos y le dijo que se volviera, que los Reyes aceptaban sus condiciones.

Volvió Colón, y gracias a las gestiones de sus amigos y, sobre todo, gracias a la magnanimidad de la Reina Isabel, se llegó a un acuerdo definitivo, en virtud del cual se concedía a Colón el título hereditario de almirante de las tierras que se descubrieran, el cargo de gobernador y virrey de las mismas, el diezmo de todas las ganancias y jurisdicción omnímoda para fallar los pleitos que ocurrieran en los nuevos territorios.

Firmadas las capitulaciones, marchó Colón al puerto de Palos, donde en un mes se aprestaron las tres naves que habían de hacer aquel portentoso viaje. Las naves se llamaban la *Pinta*, la *Niña* y la *Santa María*. Esta hizo de capitana, y en ella se embarcó Colón; en la *Pinta*, Martín Alonso Pinzón, y en la *Niña* un hermano de éste, llamado Vicente Yáñez Pinzón.

El día 3 de agosto de 1492, a las ocho de la mañana, se dieron a la vela y, después de sesenta y nueve días de navegación, desembarcaron en el Nuevo Mundo el día 12 de octubre. La primera isla que descubrieron fué la de Guanahani, en las Antillas. De allí pasaron a las de Cuba y Haití. El 16 de enero de 1493 emprendieron el viaje de regreso, y el 15 de marzo

entraron en el puerto de Palos. Los Reyes estaban en Barcelona, y allá se dirigió Colón a darles cuenta de su viaje y de las tierras descubiertas.

«EL VIAJE DE COLON

—dice un autor norteamericano—costó 7.000 duros; pero la historia no acabará de contar los beneficios de aquel hecho trascendental. Muchos hubieran sufrido de buen grado los trabajos y amarguras de aquel gran marino a cambio de haber prestado al género humano tan señalado servicio, si de antemano hubieran sabido cuál iba a ser el resultado. Pero ni Colón ni la magnánima Isabel I de Castilla conocieron las verdaderas consecuencias de aquella empresa. Muchos proyectos deben ser emprendidos sin otra base que la fe. Necesitamos cruzar muchos océanos desconocidos, sin más guía que nuestras convicciones. Todo nuevo continente se halla del otro lado del mar. Muchos mundos quedan todavía por descubrir. La imprenta, el vapor, la electricidad, la telegrafía, el fonógrafo y el telégrafo sin hilos han abierto otros tantos mundos nuevos. Pero ¿quién duda de que, al fin y al cabo, estos son meros ejemplos de los descubrimientos que aún quedan por hacer?»

IX

VOLUNTAD ES VIDA

LOS CONQUISTADORES DE AMÉRICA. — CORTÉS Y PIZARRO. — CÓMO MUEREN LOS HÉROES. — EL CARDENAL CISNEROS. — ¿QUÉ ES MAS: DAR UNA ABSOLUCIÓN O ESCALAR UN BALUARTE?

EL SIGLO DE ORO

AL llegar al siglo XVI, no se contentaba don Enrique con un solo repaso. Además del ordinario que ya conocemos, tenía otro extraordinario, en que procuraba que sus discípulos penetrasen el sentido de los hechos y se empapasen bien en la gloria de España.

Vamos a asistir a uno de estos repasos.

—A ver, señor Prieto: diga usted los principales descubrimientos de América, después de Colón.

—Alonso de Hojeda recorrió, en 1499, las costas americanas desde el Orinoco hasta el Magdalena. Vicente Yáñez Pinzón descubrió, en 1500,

las costas del Brasil. Ponce de León arribó a la Florida en 1513. Y el mismo año descubrió el mar Pacífico Vasco Núñez de Balboa, y tomó posesión de él en nombre del Rey de España.

—¿Sabe usted de dónde era Vasco Núñez de Balboa?

—Sí, señor: de Extremadura.

—Tierra adusta y grave, que parece el reino de la voluntad y de la fuerza. De allí eran Francisco Pizarro, el mayor de todos los conquistadores de América, y el cortesísimo Cortés; de allí García de Paredes, llamado el Sansón de Extremadura, y Diego Alvarado, y San Pedro de Alcántara, de quien solía decir Santa Teresa que parecía que estaba hecho de raíces de árboles, y el Cardenal Siliceo, maestro de Felipe II, y el pintor Luis de Morales, apellidado *el Divino*, y el gran humanista Francisco Sánchez de las Brozas (*el Brocense*), y Donoso Cortés, gran orador y polemista católico, y José Espronceda, uno de los mayores poetas del siglo XIX.

CONQUISTA DE MEJICO

Diga usted dos palabras sobre las conquistas de Méjico y del Perú, que son las principales; ¿no?

—Sí, señor. Descubierto Méjico por Grijalba, se dirigió allá Hernán Cortés desde la isla de Cuba, con once naves y seiscientos hombres, con los cuales se apoderó de Tabasco.

—Dice un autor norteamericano—interrumpe el profesor—que, al ver por primera vez a los españoles, se quedaron los indios como nos quedaríamos ahora nosotros si viéramos desembarcar en España un ejército del planeta Marte. Los indios no habían visto nunca ni sabían lo que eran caballos, y al verlos, y al ver sobre ellos unos hombres blancos vestidos de hierro y con unos tubos en las manos que lanzaban rayos y truenos, creyeron que eran dioses o poco menos. Después ya se convencieron de que eran hombres como ellos. Siga usted.

—Funda Cortés la ciudad de Veracruz y, para obligar a los soldados a ir adelante, hace destruir las naves. Llega poco después a Méjico Pánfilo de Narváez con orden de quitar el mando a Cortés y arrestarle; pero Cortés logra apoderarse de Narváez y, con los mil cuatrocientos soldados que acababan de llegar, vuelve a la ciudad de Méjico, donde se ve a punto de perecer con toda su gente en la llamada *Noche Triste*. Vence luego en Otumba a un ejército de cuarenta mil indios y, después de rehacerse

con nuevas tropas, vuelve a la ciudad de Méjico y se apodera de ella.

CONQUISTA DEL PERU

ASI al mismo tiempo emprendían la conquista del Perú Francisco Pizarro, Diego Almagro y el sacerdote Fernando Luque. Al principio todo les salió mal, hasta que Pizarro, que era hombre muy práctico, se dirigió a España y consiguió que el Emperador le diera tres naves y ciento ochenta y tres soldados. Después de muchas peripecias, logró entrar en el Perú con ciento sesenta y siete hombres, sesenta y siete caballos, tres cañones y veinte ballestas.

Disputábanse el trono de los Incas dos hermanos: Huascar y Atahualpa. Pizarro se apoderó de éste y, cayendo rápidamente sobre los indios, los derrotó. Poco después conquistó la ciudad de Cuzco, fundó la de Lima (1535) y unió a España el imperio de los Incas.

—¡Qué fin tan desgraciado tuvo el más grande de los conquistadores de América!—exclamó don Enrique—. Un día (26 de junio de 1541) asaltaron la casa de Pizarro algunos desconten-

«... trazó en el suelo una cruz, la besó devotamente y expiró.»

(Tomamos esta lámina de la obra *Tradiciones peruanas*, de R. Palma.)

tos. Martínez de Alcántara, hermano del conquistador, y Francisco de Chaves lograron contenerlos en un pasillo. Pizarro no tuvo tiempo para vestirse la armadura y, liándose al brazo izquierdo una manta y empuñando la espada, se lanzó como un león contra los asesinos; pero, ¡ay!, el león estaba ya viejo y achacoso y, aunque logró tender en tierra a tres de ellos, al fin le alcanzó una terrible cuchillada en la garganta y cayó. Los conspiradores hundieron villanamente sus espadas en aquel cuerpo heroico donde alentaba todavía uno de los corazones más hermosos que Dios ha dado a la Humanidad. El gran Pizarro hizo un esfuerzo supremo antes de morir, invocó el nombre del Redentor y, mojando un dedo en su propia sangre, trazó en el suelo una cruz, la besó devotamente y expiró.

Dígame usted ahora quién fué el primero que dió la vuelta al mundo.

—Magallanes, que descubrió el Estrecho de su nombre.

—Fíjese usted en la pregunta: ¿Magallanes volvió al punto de partida?

—No, señor. Murió en la isla de Mactan, en Filipinas. El que dió la vuelta entera fué Sebastián Elcano, en cuyo escudo se leen aquellas palabras: *Tú fuiste el primero que me rodeaste.*

—¿Y de dónde era Sebastián Elcano?
—De Guetaria, en las

PROVINCIAS VASCONGADAS

—Patria de grandes marinos. De allí eran el almirante Oquendo y Blas de Lezo y Andagoya, compañero de Pizarro, y muchos de los que fueron a América con los primeros descubridores y conquistadores. «El país vasco—dice un escritor moderno—comprendió la grandeza de la hora y se incorporó al ímpetu universalista de la España de entonces. Pocos hombres han tenido tan alto el sentido de la universalidad como San Ignacio de Loyola... Como todos los cantábricos en general, el vasco tenía las cualidades que distinguen al hombre de acción y que se requerían para aquellas empresas: valor, voluntad, largo aliento y amor a la aventura. Pero, además de esto, poseían para aquellos trances homéricos la capacidad del tozudo trabajo.» (José María Salaverría: *Los Conquistadores.*)

Raza admirable la que ha producido santos como el citado fundador de los Jesuítas; Prelados, como Fray Juan de Zumárraga, primer Arzobispo de Méjico; escritores, como Fray

Antonio de Guevara, Francisco de Vitoria, el canciller Ayala, el P. Larramendi y Trueba; soldados como Juan de Urbieta, que hizo prisionero en Pavía a Francisco I, y poetas y músicos como Alonso de Ercilla, Félix María Samaniego, Iparraguirre, Usandizaga y otros.

—Pero, ¿no le parece a usted, señor Rojas, que unas docenas de españoles no es posible que vencieran a tantas docenas de miles de indios?

—El hecho es que los vencieron—dice con mucho aplomo el muchacho.

—¡Ya los hubiera querido yo ver con otros soldados como ellos!

—Los que venció en Italia el Gran Capitán no eran indios, ni mucho menos, sino los mejores soldados que había entonces en Europa; y los que venció Carlos V en Pavía y Felipe II en San Quintín tampoco eran indios; ni tenían traza de tales los que venció Don Juan de Austria en Lepanto, y Farnesio y Requesens en los Países Bajos.

—Muy bien. Diga usted algo de

CISNEROS

NACIÓ en Torrelaguna (Toledo) el año 1436; estudió en Alcalá y Salamanca; se ordenó de sacerdote y fué Vicario general de Sigüenza. Luego se hizo religioso franciscano y fué confesor de la Reina Católica y Arzobispo de Toledo. El año 1500 puso la primera piedra de la Universidad de Alcalá, y el 1502 comenzó a preparar la *Biblia Políglota*, que dijo usted que valía por cuatro catedrales. El año 1506 fué nombrado Regente del Reino, y el 1516 volvió a desempeñar este cargo, hasta que desembarcó en España Carlos V. Murió en Roa el 8 de noviembre de 1517.

—Hechos principales de su regencia.

—Lo primero que hizo fué proclamar Rey de Castilla a Don Carlos, hijo de Doña Juana *la Loca*. Los nobles le dijeron que a ver con qué poderes hacía aquello. Cisneros les contestó que con los que le daba el testamento del Rey Católico. Viendo que no les satisfacía esta respuesta, les mostró unos cuantos cañones y les dijo: *Esos son mis poderes*. Mejoró mucho la administración y, para tener a raya a los nobles, creó una milicia permanente.

Sostuvo dos guerras: una con el corsario Barbarroja y otra con Juan de Albrit, que intentó recobrar el reino de Navarra.

—Vean ustedes un rasgo de la entereza y valentía de Cisneros.

«Estando nuestro Prelado—dice uno de sus biógrafos—en la última gobernación, entendió el Rey de Francia usurpar el reino de Navarra. Envióle un embajador un poco soberbio que le dijo de su parte que, si no entregaba Navarra, vendría el Rey Don Francisco de Francia a tomarla, y luego toda Castilla, y se apoderaría de Madrid. Y, para responderle, el Cardenal mi señor metió al embajador en una sala en donde tenía mil y veinte cuentos de doblones en costales, que había montado el patrimonio real en aquellos dos años. Mandólos dar navajadas y, derramándose el oro por la pieza, le dijo: «Decid a vuestro Rey que con este dinero y este cordón—tomóle en su mano—, si él tratare de venir a Navarra, que yo iré a darle la batalla a París.» (Quintanilla: *Vida de Cisneros*, página 67.)

¡Y sí hubiera ido! Cisneros era uno de los hombres más valientes y enérgicos que ha habido, y dicen sus biógrafos que su inclinación a las armas era mayor, si cabe, que a las letras. En España no es raro encontrar Prelados y

sacerdotes a lo Cisneros, a los cuales se puede aplicar lo que del Obispo don Jerónimo dice el *Poema del Cid*:

> Bien entendido es de letras e mucho acordado
> de pie e de caballo mucho era arreciado.

Y para que vieran sus discípulos que el verdadero valor no está reñido con el sacerdocio, les contó don Enrique el caso siguiente, rigurosamente histórico:

A CUAL MAS VALIENTE

ERA el 8 de abril de 1579; el ejército de Alejandro Farnesio, acampado junto a los muros de Mastrich, se disponía a dar el día siguiente un nuevo asalto a la ciudad. En medio de las tiendas de uno de los campamentos había una apiñada muchedumbre de soldados, sentados unos, en pie otros, formando un gran corro, en cuyo centro se veía un hombre de pequeña estatura y débil aspecto subido sobre un tambor que sostenía una tabla; vestía la sotana de la Compañía de Jesús y, con un crucifijo en la

mano, predicaba a los terribles tercios la palabra divina.

Mientras él hablaba, alejábanse, ora unos, ora otros, hacia unas tiendas que tenían encima una cruz. Iban a confesarse con los misioneros jesuítas que el duque de Parma había hecho venir a los campamentos para que atendiesen al bien espiritual de los soldados.

Sobre la batería más próxima a las trincheras católicas habían puesto por burla los herejes una imagen de Nuestra Señora con el Niño en los brazos. Volvióse a ella el P. Juan Fernández, y dijo con sencillez a los soldados: «¿Quién no tiene ánimo para rescatarla? Hacedlo, y a sus pies daremos gracias por la toma de Mastrich.» Al oir esto, dijo con cierto desenfado un joven alférez: «No pise yo tierra de Castilla si ese Juan Fernández no tiene por más fácil escalar un baluarte que dar una absolución.» Oyólo el jesuíta y, bajándose de su improvisado púlpito se dirigió a él, y, cogiéndole del brazo, le dijo: —¿Conoceisme? —Sí—contestó el joven. —¿Sabéis que soy sacerdote? —Sí. —Pues arrodillaos a mis pies y besad esta mano que absuelve y que bendice. Postróse algo turbado el joven y besó la mano que el padre le alargaba. —¡Satisfecho heis al ministro de Dios, caballero!—le dijo entonces el Padre—. El hombre ruin, el

villano Juan Fernández, no es digno de besar el polvo de vuestras huellas. Y, diciendo y haciendo, se postró a los pies del alférez y, con la frente hundida en el polvo, repetía: —Pisadme, señor Alvar de Mirabal; pisadme, que tan sólo pisaréis envoltura de miseria.

Dos horas después, ya muy entrada la noche, salió de la tienda del P. Juan Fernández un hombre, envuelto en un largo ferreruelo: era el alférez Alvar de Mirabal que, después de confesarse con el Padre, había jurado a sus pies morir en el asalto o rescatar la imagen de María que los herejes profanaban.

Apenas amaneció, comenzó la artillería gruesa a batir las murallas, entre las puertas de San Antón y de San Pedro. Ya cerca de mediodía, a una señal de Farnesio, seguida de la explosión de una mina, colocada debajo de la puerta de San Gervasio, comenzó el asalto por las puertas dichas y por las brechas que los cañones habían abierto en la muralla. Vióse entonces, antes que nada, a un hombre que pareció cruzar los aires desde las trincheras católicas a la batería del Burgo, donde estaba la imagen de la Virgen, afirmarse con una vigorosa sacudida y dejar caer el saltafosos de que se había servido para dar aquel prodigioso salto. El guerrero no vaciló: abrazóse a la imagen, que era grande

y de peso, y dejóse caer con ella desde lo alto de la batería, y, rodando, sin soltarla, llegó a las trincheras del campamento. Púsose en pie chorreando sangre y, embrazando una adarga y blandiendo una partesana, se unió a los asaltantes, gritando: *¡Santiago!... ¡Viva la Virgen!*

El alférez Alvar de Mirabal había cumplido su juramento.

De pronto se oyó una detonación horrible en la puerta del Burgo y viéronse volar por el aire hombres, piedras, armas, miembros humanos... Los herejes habían volado una mina y destruído la flor del ejército de Farnesio. El asalto se había hecho imposible, y el generalísimo dió la orden de retirada.

¿Dónde estaba el P. Juan Fernández? Nadie lo sabía. Algunos soldados lo habían visto durante el asalto en los puestos de más peligro. Uno añadió que, media hora antes, le había preguntado el jesuíta las señas de la puerta del Burgo. En esto le vieron varios soldados acercarse al terrible foso. Los herejes hicieron fuego sobre él con un falconete, pero el jesuíta siguió adelante. Sonó entonces una nueva descarga de mosquetería, y el Padre rodó hasta el fondo y quedó inmóvil sobre un montón de cadáveres.

Afortunadamente, no había muerto. Apenas

anocheció, incorporóse poco a poco y comenzó a reconocer los cadáveres, para ver si había alguno con vida. —Hermano, ¿vivís?...—iba diciendo con voz muy queda—. Soy el P. Juan Fernández, que viene a confesaros para que salvéis vuestra alma. Cuarenta y dos moribundos confesó aquella noche y, después de recorrer todo el foso, se volvió al amanecer al campamento. Los soldados le recibieron en triunfo; el gran Farnesio, después de besarle la mano, le hizo montar en su hacanea, diciendo: —Montad, Padre Juan Fernández, y encaminaos a mi tienda, que allí encontraréis apercibimiento. Y, volviéndose a Mirabal, añadió: —Tenedle vos el estribo, Alvar de Mirabal, y confesad que esta vez fué mayor hazaña echar una absolución que escalar un baluarte.

X

EL AGUILA IMPERIAL

CARLOS V, EMPERADOR. GUERRA DE LAS COMUNIDADES. — BATALLA DE PAVÍA. LOS SOLDADOS ESPAÑOLES

CARLOS V, EMPERADOR

OY—comienza diciendo el profesor—vamos a hablar del Monarca más poderoso de su siglo: ¿que fué, señor Enríquez...?

—Carlos V. En él se juntaron, por una parte, los reinos de Castilla, Aragón y Navarra, con las recientes colonias ultramarinas y las posesiones de Cerdeña, Sicilia, Nápoles y el Rosellón; por otra, todo el imperio de Alemania y los estados de Flandes, el Artois, el Franco-Condado, Luxemburgo y el Charolais, a los cuales hay que añadir Túnez y Milán, que ganó poco después el Emperador, y las nuevas conquistas de Méjico, el Perú, Centroamérica y parte de Chile, con las islas Palaos y Carolinas.

—Díganos usted algo de su vida.

—Nació en Gante, el día 25 de febrero del

año 1500, y se crió en los Países Bajos con su tía Margarita, viuda del príncipe Don Juan. Tuvo por maestros, en las letras, a Adriano Florencio, y en las armas, a Guillermo de Croy.

—¿A qué era más inclinado, a las letras o a las armas?

—A las armas.

—Dicen que, siendo todavía muy niño, quiso retratarle un famoso pintor, pero no había manera de hacer que el chiquillo se estuviese quieto y con el rostro y aire natural que convenía. Viendo que no hacía caso de fiestas ni caricias, desenvainó uno la espada y se la puso delante. El niño no se asustó; antes se quedó mirándola con tanto agrado y tan gustoso embebecimiento, que el pintor pudo retratarle muy a su gusto y con el semblante que quería.

Fué Carlos V un gran soldado. En montar a la brida no había en su tiempo quien le igualase; «y armado parecía tan bien y era tan sufrido, que dijeron los ejércitos que, por haber nacido Rey, perdieron en él el mejor caballo ligero de aquel siglo». Y era al mismo tiempo tan excelente general, que él mismo dirigía las campañas. El gran duque de Alba decía de sí que en la escuela del Emperador había aprendido el arte militar.

—Siga usted.

—Hablaba muy bien—continuó Gonzalo—, además de su idioma nativo, que era el flamenco, el alemán, el italiano y el francés. El castellano lo hablaba muy mal al principio, y por eso, y por haber venido a España rodeado de flamencos, y por haber dado el Arzobispado de Toledo a Guillermo de Croy, que también era flamenco, le recibieron con cierta antipatía los españoles. Elegido Emperador de Alemania, pidió a las Cortes de Santiago el dinero que necesitaba para las fiestas de la coronación. Diéronselo de mala gana y, apenas se marchó, levantáronse en armas los descontentos.

GUERRA DE LAS COMUNIDADES

ESPUÉS de varias alternativas terminó esta guerra con la derrota de los comuneros en Villalar, donde fueron degollados al día siguiente Padilla, Bravo y Maldonado. Al oir al pregonero que los condenaban por traidores, exclamó Juan Bravo: «Mientes tú y quien te lo mandó decir. Traidores, no; mas celosos del bien público, sí, y defensores de la libertad del reino.»

—La guerra de las Comunidades—dijo don Enrique—no fué más que la protesta airada de los españoles contra un soberano que no les mostraba el afecto debido, que les metía en casa huéspedes importunos y ambiciosos y les sacaba de ella el dinero que hacía falta en España. Los españoles estaban muy encariñados con los Reyes Católicos y querían que España siguiese el camino que ellos le habían trazado, sin mezclarse para nada en las intrigas y rivalidades europeas. A propósito de rivalidades: ¿Sabe usted cuál fué la causa de las guerras entre Carlos V y Francisco I?

—Sí, señor: las ganas que ambos tenían de preponderar en Europa y, por parte de Francisco I, el sentimiento de que Carlos V le hubiera arrebatado la corona de Alemania.

BATALLA DE PAVIA

EN qué batalla cayó prisionero el Rey de Francia?

—En la batalla de Pavía. El año 1524 penetra Francisco I en Italia, se apodera de Milán y pone sitio a Pavía, donde se había refugiado Antonio de Leyva. En esto

averigua el marqués de Pescara que los sitiados no tienen pólvora ni dinero. Junta a toda prisa 3.000 escudos y se los entrega a dos soldados españoles, llamados Cisneros y Francisco Romero, que se ofrecen a llevarlos a Pavía con toda seguridad.

Buscan, para ello, dos campesinos de mucha confianza; les cosen los 3.000 escudos en el forro de los jubones y se van los cuatro al campamento francés: los campesinos, como que van a vender víveres, y los soldados diciendo que quieren servir al Rey de Francia. Una noche cambian los vestidos; los soldados se ponen los jubones con los 3.000 escudos y por una mina, en que van matando a los centinelas franceses, llegan a la ciudad. Se me olvidaba decir que al despedirse de los campesinos, les dijeron los soldados: «Volved mañana, y si antes de mediodía oís tres cañonazos en la plaza, corred a Lodi y decid al marqués de Pescara que los 3.000 escudos están en poder de Antonio de Leyva; si no los oís, id también a decirle que hemos muerto.» Volvieron al día siguiente los campesinos y oyeron los tres cañonazos, uno por cada mil escudos.

La situación del marqués de Pescara era también apuradísima. Cuatro meses hacía que los soldados no recibían sus pagas. Para colmo de

desdichas, llegan en esto al campamento doce mil alemanes, ansiosos de botín y dispuestos a retirarse si no reciben puntualmente las pagas. El marqués, que conocía bien a los españoles, les dice claramente el apuro en que está, y termina su razonamiento con estas palabras: «Para mostrar más nuestro valor, fortuna nos ha traído a tiempo que no tengamos un mal real para pagar; antes bien, tenemos necesidad de pediros los bienes que tengáis para pagar a los alemanes. Bien conozco ser ésta cosa la más nueva del mundo y la más grave que a gente de guerra se pidió jamás; pero yo confío en que vuestro valor se extendería a más si fuese menester. Por tanto, yo os ruego que me respondáis lo que penséis hacer en todo.» La contestación de los españoles fué que no sólo renunciaban a la paga, sino que darían a los alemanes lo que tuvieran. Pescara no pudo contener las lágrimas y abrazó con toda su alma a aquellos soldados que tenían arranques de rey.

El ejército español se dirigió a Pavía. Por entonces recibió el marqués de Pescara un cartel de desafío de Francisco I, en que le ofrecía 20.000 escudos si en el plazo de veinte días le daba la batalla. «Decid a vuestro Rey y señor —dijo Pescara al mensajero—que los generales españoles no acostumbran pelear porque sus

enemigos les den dinero, y que guarde esos 20.000 escudos para una ocasión que espero yo ha de venir.»

Llega Pescara a vista de Pavía y comienza a molestar a los franceses. Francisco I no hizo caso de sus generales, que le aconsejaban que levantase el sitio. El 24 de febrero, a primera hora de la mañana, reúne Pescara a los españoles y les dice: «Ya sabéis que nunca vengo a hablaros sino cuando hay trabajos y lacerias. Señores, hijos míos, no tenemos más tierra amiga en el mundo que la que pisamos con nuestros pies; todo lo demás es contra nosotros. Todo el poder del Emperador no basta para darnos mañana un solo pan. ¿Sabéis dónde lo hallaremos únicamente? En el campo de los franceses que veis allí. Por tanto, hermanos míos, si mañana queremos tener qué comer, vamos a buscarlo allí; y, si esto no os parece bien, decídmelo, para que yo sepa vuestra voluntad.» La respuesta fué la que el marqués deseaba. «Bien sabía yo, hijos míos—exclamó—, que había de hallar en vosotros el esfuerzo que a mí me faltase.»

Prenden fuego inmediatamente al campamento y hacen como que se retiran; pero luego dan la vuelta hacia unas tapias que rodean el campamento francés. Manda Pescara que rompan

con una gruesa viga aquellas tapias, y los dos ejércitos se miran frente a frente. Comienza la batalla. Al principio molesta mucho a los nuestros la artillería francesa; pero, de pronto, se interpone el fogoso Rey francés entre ella y los españoles, facilitando el avance de nuestros arcabuceros, que comienzan a hacer su oficio con admirable puntería. El ejército francés se desordena. El marqués del Vasto arrolla a los suizos. Leyva sale con los suyos de la plaza y vence a una división entera. Viéndose perdidos los franceses se arrojan desesperados contra el marqués de Pescara, el cual, como si esperase aquel momento supremo para hacer la más suprema valentía, grita a los suyos: «¡Ea, mis leones de España, hoy es día de matar esa hambre de honra que siempre tuvisteis, y para eso os ha traído Dios a tanta multitud de pécoras! ¡Santiago y España!»

No era menester más. Aquellos leones destrozaron en un momento las alas del ejército francés. Sólo quedaba ya un grupo de caballeros y generales que defendían heroicamente al Rey de Francia. Nuestra infantería ataca denodadamente a aquel grupo y lo destroza también, derribando al mismo Francisco I. Un soldado vizcaíno, Juan de Urbieta, se arroja sobre él sin conocerle y, poniéndole la espada al

pecho, le dice: «¡Ríndete o muere!» Y el Rey le contesta: «No me rindo a ti; me rindo al Emperador; yo soy el Rey.»

Diez mil soldados del ejército sitiador quedaron tendidos en el campo y casi otros diez mil perecieron en la fuga.

EL SOLDADO ESPAÑOL

EAN ustedes—dijo don Enrique—lo que son los soldados españoles. Dirigidos por Pescara, Farnesio, Palafox, *el Cid*, son los más valientes del mundo, los más fuertes y sufridos, los más generosos, los más dóciles. Llevan con paciencia, y hasta con donaire, los mil trabajos y privaciones de la milicia; y no tienen miedo a nada ni a nadie; se meten por lanzas y bayonetas como si no temieran perder la vida. Parece que su corazón, lleno de confianza en sus jefes, lleno de amor a España, les dice que el amor es más fuerte que la muerte; que si pierden la vida en el combate hallarán otra mejor en el cielo más grande que hay en la tierra: en el corazón de su patria.

¿Terminaron en Pavía nuestras guerras con Francia?

—No, señor; allí puede decirse que empezaron.

—¿Qué otras guerras tuvo que sostener el Emperador?

—Las guerras con los protestantes. Carlos V los venció en la batalla de Muhlberg, después de la cual publicó el famoso *Interim* en que hacía algunas concesiones a los protestantes; pero no adelantó nada, porque en seguida volvieron a sublevarse. Aliado Mauricio de Sajonia con el Rey de Francia, Enrique II, hizo firmar a Carlos V el tratado de *Passau* y, poco después, la *paz de Ausburgo*, en que se les dió a los protestantes la libertad religiosa que pedían. Esto apenó mucho al Emperador. Como estaba ya viejo y achacoso dejó el gobierno de sus estados a su hijo Felipe II, y se retiró al monasterio de Yuste, donde murió el día 21 de septiembre de 1558.

XI

LA ESPAÑA INMORTAL

EL GRAN REY. — EL ESCORIAL. — LA ARMADA INVENCIBLE. — LEPANTO. — SABIOS Y ARTISTAS ESPAÑOLES. — LA PATRIA DEL SOL. — ESTA ES CASTILLA...

EL GRAN REY

ESTAMOS en un paseo—dice don Enrique—. Junto a nosotros pasan unos señores cuya conversación nos parece muy interesante, tan interesante, que suspendemos la nuestra para ver de qué hablan; pero, con el barullo, no logramos oir más que estas dos frases: *Ese es el gran rey... Nuestro gran rey...* ¿De quién les parece a ustedes que van hablando esos señores?

—De San Fernando.

—De Alfonso XIII.

—De Carlos V.

—De los Reyes Católicos.

—De Cisneros.

—De...

—Vamos despacio—continúa don Enrique—.

Figúrense ustedes que oímos además esta frase: *El Demonio del Mediodía*. ¿Podemos ahora saber con certeza de quién hablan?

—Sí, señor—contestan los más aventajados.

—¿De quién, señor Quevedo?

—Si las tres frases se refieren al mismo Rey, es seguro que van hablando de Felipe II, a quien llamaban los protestantes *el Demonio del Mediodía*.

—¿Y le parece a usted que Felipe II fué un gran Rey?

—De los más grandes que ha habido. Nació en Valladolid, el 21 de mayo de 1527. Fueron sus maestros el doctor Siliceo y don Juan de Zúñiga. Aprendió latín, francés, Geografía, Historia, Matemáticas y Arquitectura. Esta dicen que le gustaba mucho.

—Cuando se construyó El Escorial—añade el profesor—, intervenía en las obras como si hubiera sido arquitecto toda su vida, y hasta parece que trazó los planos de algún edificio. Era muy aficionado a las ciencias y a las artes, al revés de su padre, a quien, como vimos, le gustaban más las armas que las letras.

—Era de mediana estatura, más bien un poco bajo, de ojos vivos y azules, de pelo rubio y de facciones muy correctas. Su porte exterior era majestuoso. Vestía con mucha sencillez, y siem-

pre de negro, sin dijes ni adornos de ninguna clase. Hablaba poco y muy sobre pensado, y ordinariamente en voz baja. Siempre se le veía sobre sus consultas y papeles, escribiendo y despachando, y si alguna vez salía de caza, aceleraba la vuelta para trabajar dos o tres horas. Gracias a este constante trabajo y a su extraordinario don de gobierno, pudo sostener él solo durante cuarenta y dos años el peso abrumador de tantos negocios.

—Era mucho más español que su padre—dice don Enrique—, y estaba más encariñado que él con nuestras cosas. Fué, y así lo presentan los contemporáneos, la encarnación del espíritu español, lo cual es una gran alabanza de este Rey, porque ser la encarnación del espíritu español cuando España era la primera nación del mundo, la más poderosa, la más fuerte y respetada, y la que daba la ley a las demás naciones, es decir que Felipe II era un Rey extraordinario, el mejor que ha habido en España, y uno de los mejores que ha habido en el mundo.

«¡Oh gloriosa España—exclamaba a raíz de su muerte un gran orador—, numerosa en gente, poderosa de armas, maestra de guerras, rica de perlas y de oro, abundante de vituallas, copiosa de todas las cosas, más copiosísima de devoción, de santidad, de religión y de fe! ¿Y de

dónde te ha nacido tanta gloria, España? De estos católicos Reyes, responde la agradecida España.»

Sí; bien sabían los españoles de entonces a quién debían la prosperidad de que gozaban, y bien contentos estaban con su Rey. ¿Que le odiaban los protestantes? Milagro fuera que odiando, como odiaban, a la Iglesia, no odiaran también al Soberano que más la defendía y amparaba. Siga usted.

—Cuando ciñó la corona de España (1556), tenía Felipe II veintinueve años. Su padre había procurado que aprendiese prácticamente el difícil arte de gobernar y, mientras él andaba por Alemania, dispuso que su hijo ejercitase la regencia de España con el consejo y dirección del Cardenal Tavera, del Obispo Valdés y del secretario Francisco de los Cobos. Con el mismo fin ordenó que, siendo todavía Príncipe, visitase los países que más tarde había de gobernar: Italia, Flandes y Alemania.

—Todo era menester—dice don Enrique—para llevar adelante la obra del Emperador y para vencer las dificultades que le habían de crear el odio de los protestantes, la rivalidad de Francia, la sublevación latente de Italia, la ambición de los turcos, la mala fe de los moriscos, la demencia de su primogénito, la muer-

te arrebatada de sus esposas y hasta las enfermedades y tribulaciones con que le probó Dios los últimos años de su vida. Díganos usted brevemente, indicándolos nada más, los hechos principales de su reinado.

—La guerra contra el Papa.

—Otra dificultad, y bien seria por cierto, con que yo no contaba. El Rey más católico del mundo tiene que dar comienzo a su reinado declarando la guerra al Papa, no como a Papa, ya les dije, sino como a soberano temporal y por motivos puramente temporales. Invade los estados Pontificios el duque de Alba y amenaza asaltar a Roma; viene el duque de Guisa en auxilio del Papa, pero, después de algunos encuentros con los españoles, vuelve a Francia, y el Papa se ve obligado a firmar el tratado de Cavi. ¿Qué pasaba en Francia, señor Quevedo?

—Que como Enrique II había quebrantado la tregua de Vaucelles, había invadido el Norte de Francia el duque de Saboya con un ejército de cincuenta mil hombres y se dirigía a la ciudad de San Quintín. Junto a ella derrotó, el 10 de agosto de 1557, al general Montmorency y el 27 del mismo mes al valiente Coligny, que, después de una lucha desesperada, tuvo que entregar a los españoles aquella importante ciudad. Con esta victoria quedaba abierto el camino de

París. Cuando lo supo el Emperador dicen que exclamó lleno de alegría: *¡Está en París mi hijo el Rey!*, dando por cierto que entraría inmediatamente en París.

EL ESCORIAL

PARA conmemorar esta victoria levantó Felipe II El Escorial, dedicado al mártir español San Lorenzo, en cuyo día se ganó aquella memorable batalla. El Escorial es la obra más grandiosa de su tiempo. Ocupa una superficie de medio millón de pies cuadrados; tiene cinco pisos, diez y seis patios, doce claustros, tres mil ventanas, doce mil seiscientas setenta puertas, cuatro mil quinientas sesenta y seis habitaciones, mil celdas, nueve torres, ochenta y seis escaleras, cincuenta y siete fuentes, nueve órganos, cuarenta altares en la iglesia, trece oratorios, cinco mil códices, treinta y seis mil volúmenes y siete mil cuatrocientas veintidós reliquias, entre ellas doce cuerpos enteros. Comenzó esta obra gigantesca, considerada como la octava maravilla del mundo, el arquitecto Juan de Toledo, y la continuó Juan de Herrera, que intro-

dujo en la arquitectura española un nuevo estilo, que se llamó herreriano. Debajo del altar mayor de la iglesia está el panteón de los Reyes de España, desde Carlos V hasta Alfonso XII.

—Sublevación de los Países Bajos.

—Fué muy parecida a la guerra de las Comunidades. Los flamencos, que tan encariñados estaban con el Emperador, no miraron nunca con buenos ojos a su hijo, ni él a ellos. Además les molestó mucho que Felipe II nombrase un extranjero, el Cardenal Granvela, para primer ministro de la Princesa gobernadora Margarita de Parma y que no sacase de allí las tropas españolas. A esto se añadió el aumento de Obispados—de cuatro que eran subieron a catorce—y el temor de que el Rey implantase en aquellos países la Inquisición. Subleváronse los flamencos, y ni la destitución de Granvela, ni la política terrorista del duque de Alba, ni las contemporizaciones de Requesens, ni el *Edicto perpetuo* de don Juan de Austria, ni la noble diplomacia de Farnesio pudieron poner término a aquellas malhadadas guerras, que no lo tuvieron completo hasta que consiguieron los flamencos la libertad religiosa.

—Que era precisamente lo que no les quería conceder Felipe II. En las instrucciones que daba a los gobernadores siempre les advertía

que no cediesen en nada «que toque en menoscabo de alguna (cosa) de las de nuestra santa fe católica, porque jamás verné—decía—en que en éstas haya un punto de quiebra, aunque se pierdan los Estados.»

—Anexión de Portugal.

UERTO el Rey Don Sebastián le sucedió, provisionalmente como quien dice, el caduco Cardenal don Enrique. Aspiraban a la corona de aquel reino la duquesa de Braganza, el duque de Saboya, el prior de Crato y Felipe II, que, como hijo de la hija mayor del rey Don Manuel, juzgaba que debía ser preferido a los otros pretendientes. Oponíanle una ley apócrifa, llamada de Lamego, según la cual no podían aspirar a la corona los extranjeros. A esto respondía Felipe II que el Rey de España no podía ser considerado como extranjero en Portugal. Fué, pues, allanando el terreno y venciendo las dificultades que se ofrecían—la principal era la popularidad del prior—y, por si era necesario emplear la fuerza, envió al duque de Alba con un ejército de treinta mil hombres, que se apoderó fácilmente de las

plazas más importantes y entró al fin en Lisboa.

—Con esto realizaba Felipe II el sueño de los Reyes Católicos: la unión peninsular, y añadía a la corona de España las extensas colonias asiáticas y americanas que habían conquistado los portugueses. ¿Trató de hacer algo parecido con Inglaterra?

—Sí, señor. A la Reina María, esposa de Felipe II, sucedió en el trono de Inglaterra la impía Isabel o Jezabel, como la llamaban los católicos. Por católica y por rival, persiguió a María Estuardo, Reina de Escocia, y al fin la degolló, sin que lograran impedirlo ni su suegra, la Reina de Francia, ni Felipe II, a quienes se había dirigido en demanda de socorro la *Reina Mártir*, como la llama el P. Coloma. Formáronse varios planes para arrojar del trono a aquella mala mujer, pero todos fracasaron. El que pareció más acertado fué el de una invasión directa, en que habían pensado hacía tiempo el duque de Alba y don Juan de Austria, fundada en el derecho de sucesión al trono de Inglaterra, para el cual proponía Felipe II a la Infanta Isabel Clara Eugenia, nieta de Catalina de Médicis. El 18 de abril de 1587 se presentó en la bahía de Cádiz con una escuadra inglesa el pirata Drake y des-

truyó los buques allí anclados. Esto dió pie a Felipe II para realizar cuanto antes el plan que meditaba. Envió, pues, contra Inglaterra una escuadra formidable, que se llamó la *Armada Invencible*, compuesta de ciento treinta naves, entre galeones, naos, galeras, etc., en que iban treinta mil hombres, contando los soldados y gente de mar. Muerto el marqués de Santa Cruz, que era el señalado para dirigir la expedición, nombró Felipe II, en su lugar, al duque de Medina Sidonia, que sabía poco de mar y, como dicen, se ahogaba en poca agua. Resultado: que sólo sesenta y cinco buques, con unos diez mil hombres, regresaron a España. La inexperiencia del jefe, las tempestades y la escuadra inglesa dieron cuenta de los demás. Cuando se enteró Felipe II de lo sucedido, dicen que exclamó: «No envié yo mis naves a luchar contra los elementos.»

—Guerras contra los turcos y africanos.

—Para reprimir a los corsarios berberiscos envió otra expedición al Africa, que se apoderó de los Gelves, de los cuales se decía en España: «Los Gelves, madre, malos son de ganare.» Y tan malos, que en seguida volvieron a caer en poder de los turcos. Los moriscos de Granada se sublevaron a las órdenes de Aben-Humeya y se hicieron fuertes en las Alpujarras. Contra

ellos envió Felipe II a su hermano don Juan de Austria, que los venció y castigó como merecían. Terminada esta guerra fué enviado don Juan a otra más gloriosa, que ha inmortalizado su nombre.

Los turcos acababan de apoderarse de la isla de Chipre, que era de los venecianos; éstos pidieron auxilio al Papa; el Papa, a su vez, lo pidió al Rey de España, y juntas España, Roma y Venecia enviaron una escuadra de trescientas naves y ochenta mil hombres, al mando de don Juan de Austria, a luchar con la escuadra turca, la mayor que había salido de Constantinopla.

En el combate naval de Lepanto, la escuadra turca fué completamente vencida por la cristiana. Allí peleó y perdió el uso de la mano izquierda Miguel de Cervantes Saavedra, autor de la mejor novela del mundo: el *Quijote*.

—A propósito del *Quijote*. ¿Florecieron mucho las ciencias y las artes en el siglo XVI?

—Sí, señor; y por eso se llama aquel siglo y el siguiente

EL SIGLO DE ORO

Nosotros no podemos apreciar todavía el mérito de nuestros grandes escritores de entonces; pero así, en general, sabemos que fueron mu-

chísimos en número, que escribieron de todo y muy bien y que, así como ahora copiamos y traducimos nosotros las obras extranjeras francesas, inglesas y alemanas, se copiaban y traducían entonces las nuestras en todas partes.

Son famosísimos los historiadores Juan de Mariana, Diego Hurtado de Mendoza, Bernardino de Mendoza y Carlos Coloma; los teólogos Francisco Vitoria, Francisco Suárez, Melchor Cano, Luis de Molina, Alfonso de Castro, Domingo de Soto y muchos más; los filósofos Luis Vives, Fox Morcillo, Gómez Pereyra, Vázquez, Huarte, etc.; los escriturarios Alfonso de Zamora, Arias Montano y Fray Luis de León; los místicos y ascéticos San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, el Beato Juan de Avila, Fray Luis de Granada, Fray Juan de los Angeles, Malón de Chaide, Pedro de Rivadeneyra.

—¿Y en qué clase de obras le parece a usted, señor Ponce de León, que se distinguieron más los españoles?

—En todas.

—Hombre, sí; pero fíjese usted en alguna especialmente, por ejemplo, en el teatro.

—El creador de nuestro teatro nacional, que es el más nacional y el más rico del mundo, fué Lope de Vega, que dicen que compuso más de dos mil comedias, con las cuales inundó los

teatros de España, Nápoles, Milán, Bruselas, Viena y Munich. Muchas de sus obras se tradujeron a todas las lenguas de Europa. Siguieron a Lope: Tirso de Molina, Guillén de Castro, Ruiz de Alarcón, que tenía dos jorobas y muchísimo talento, Rojas, Moreto y Calderón de la Barca. Este último compuso *La vida es sueño* y muchos *Autos sacramentales*, que se representaban en carros el día del Corpus.

—¿No tuvimos también, fuera del teatro, algunos poetas famosos?

—Sí, señor: Fray Luis de León, Fernando de Herrera, Quevedo, Góngora, Rioja, Rodrigo Caro, Gutierre de Cetina y Baltasar del Alcázar.

—¿De dónde eran la mayor parte de esos autores que usted ha nombrado?

—De mi tierra.

—Sí, señor, de Andalucía,

LA PATRIA DEL SOL

DE allí eran también Nebrija, el mejor humanista de su tiempo; y Velázquez, el mejor pintor de la tierra; y Murillo, el mejor pintor del cielo; y Martínez Montañés, el mejor escultor religioso de España y quizá del mundo; y Gon-

zalo de Córdoba; y Fray Luis de Granada, llamado el Cicerón español por su extraordinaria elocuencia y elegancia. Andalucía ha producido en todos los tiempos grandes sabios, grandes artistas y, sobre todo, grandes santos. Es la patria de la luz. Las provincias del centro y del Norte han puesto más sangre en nuestra bandera; Andalucía ha puesto más sol.

Notó, al decir esto don Enrique, un gesto de desagrado en uno de los alumnos.

—No se enoje usted, señor Ferreiro—dijo sonriendo—, que también Galicia es tierra de grandes hombres; también ustedes parece que tienen un pedacito de sol en la cabeza o una de aquellas estrellitas que aparecieron sobre el sepulcro del Apóstol. Buena prueba de ello es que en Galicia hasta las mujeres tienen mucho talento. Pocas regiones de España podrán presentar nombres como los de Concepción Arenal, Rosalía de Castro y Emilia Pardo Bazán, geniales escritoras las tres, y el de María Fernández Pita, que se distinguió el año 1589 en la defensa de La Coruña.

De Galicia han salido santos como San Rosendo y San Froilán; Prelados como Diego Gelmírez, Alonso de Fonseca y Rodrigo de Castro; artistas como Gregorio Fernández; sabios como los benedictinos Feijóo y Sarmiento; escritores

como Pastor Díaz, Linares Rivas, Pérez Lugín y Wenceslao Fernández Flórez; marinos como Varela, Méndez Núñez y los hermanos Bartolomé y Gonzalo de Nodal, descubridores del cabo de Hornos.

—De Castilla no nos ha hablado usted nunca—dicen varios.

—Si dijeran ustedes que no les he hablado de otra cosa en los últimos siglos de la Reconquista y en todo lo que hemos visto de la Edad Moderna... Ustedes quieren decir que no les he hecho expresamente un elogio de Castilla. ¿Pero qué mayor elogio quieren que su historia? Además, dada la postración en que hoy están las provincias del centro y el desvío o indiferencia con que las miran los que no las conocen o no quieren conocerlas, parece que le da a uno vergüenza de ponerse a alabarlas. Así que, en vez de enumerar sus hombres ilustres, sus instituciones, sus monumentos, sus empresas, lo que haré será recitarles unos versos que escribió hace poco un amigo mío, que al mirar desde el tren una tarde de agosto esas campiñas desoladas, se acordó de los que desprecian o no aman a Castilla y escribió lo que sigue:

CASTILLA

Suena un silbido estridente
que ningún eco repite...
Parte el tren bajo un torrente
de fuego que nos derrite.

Ni un bosque, ni una montaña.
Sólo vemos al pasar
alguna humilde espadaña
como vela en alta mar,

o algún castillo distante
que, en la vaga lejanía,
parece una estatua orante
sobre una tumba vacía.

Grandes rastrojos, un carro,
un pozo, un árbol, un huerto,
algunas casas de barro
y... la calma del desierto.

Esta es Castilla *la Vieja*,
la de los viejos castillos,
la de los usos sencillos,
la de la fe y habla añeja;

la que, fiel a sus monarcas,
luchó con turcos y moros
hasta agotar los tesoros
de su sangre y de sus arcas,

Como criada en trabajos,
era recia, algo bravía,
pero noble; no sabía
tener pensamientos bajos.

Creía, sin presunción,
que no le faltaba nada
mientras tuviese una espada,
una almena y un pendón.

Dábale temple de acero
su fe robusta y sencilla;
y donde entraba Castilla
entraba la Cruz primero.

Ponía a sus gustos tasa
su fortuna mala o buena;
nunca buscaba en la ajena
lo que tenía en su casa.

Hoy Castilla es esa torre
que se inclina desplomada;
esa aldea abandonada
y esa fuente que no corre;

ese árbol que no da fruto
ni sombra; esa cruz caída;
esa mujer mal vestida
y esa vestida de luto.

Adiós, Castilla, *la Vieja*,
la de los viejos castillos,
la de los usos sencillos,
la de la fe y habla añeja.

Si alguno, al verte tan pobre,
quiere tus tierras comprar
por un puñado de cobre,
dile: *Más habéis de dar.*

Por dos puñados o tres
de esta tierra, ¡ved qué loco!,
me dió un mundo un genovés
y aún pensó que daba poco.

Hizo una pequeña pausa don Enrique y después añadió lo que verá el lector en el capítulo siguiente.

XII

LA ESPAÑA INMORTAL

(CONTINUACION)

LOS LEONES DE ESPAÑA. QUERER ES PODER.—A DIOS ROGANDO...—SALVE, REY ALFONSO

LOS LEONES DE ESPAÑA

—Acabamos de recorrer el período más glorioso de nuestra historia. En él hemos visto cómo España,

aquella nación pequeña
—tan pequeña, que algún día,
sin estrecharse, cabía
en el hueco de una peña—

llenó el mundo. Y fué pequeño
el mundo. Le dió otro Dios,
y, cuando llenó los dos,
dijo que *la vida es sueño*.

¿Quién es ésta, quién es ésta?
—preguntaban las naciones—.
Y mandaba a sus leones
que les diesen la respuesta.

Y aquellos leones aprisionaban en Pavía las águilas reales, encadenaban entre las brumas del septentrión el monstruo de la herejía, despedazaban con sus dientes o hacían huir a sus antiguas madrigueras las sierpes africanas, y sepultaban en los abismos del golfo de Lepanto aquel espantoso dragón que llevaba escrita en su frente la palabra *blasfemia*.

Aquellos hombres borraron de la historia la palabra *imposible* y convirtieron en juegos de niños las hazañas de Hércules. Combatían sin armas, daban la vuelta al mundo sin dinero, cruzaban sin naves el Océano, ganaban batallas después de muertos y, sin aeroplanos ni dirigibles, se remontaban a las alturas y traían a la tierra noticias del cielo. Y luego, para conquistarlo y llevar a él muchas almas, dejaban todo lo de acá y se iban a enseñar la doctrina a los niños, a cuidar a los enfermos en los hospitales, a redimir cautivos, a convertir herejes, a predicar el Evangelio a los gentiles.

Aquellos hombres tenían plena conciencia de su valer y de los enormes tesoros de energía acumulados en la voluntad humana; sabían que de los hombres se hacen los héroes y los santos; que por Dios no queda si el hombre pone de su parte lo que puede; que todo consiste en un

quiero de esos que no retracta uno aunque lo maten; decían quiero; quemaban, si era preciso, las naves para cortarse la retirada, y se salían con la suya, como nos saldríamos nosotros, si quisiéramos de veras. Pero no queremos.

Siendo yo niño, me dijo un día mi madre que le copiase cierta oración que a ella le gustaba mucho. Yo no tenía ganas de escribir y, apenas cogí la pluma, dije que aquella no servía. Me trajo otra, y lo mismo. Iba a traerme la tercera, pero mi padre, que había entendido la maniobra, le dijo: «No te canses, que lo que quiere *el señorito*—y recalcó mucho esta palabra—es una pluma que escriba sola.» Luego se acercó a mí, cogió la primera pluma, que, ciertamente, estaba algo averiada, y no sé qué le hizo que pude escribir con ella toda la oración.

He ahí la diferencia que hay entre nuestros padres y nosotros. Ellos, con cualquier pluma escribían bien; nosotros no escribimos con ninguna, porque queremos plumas que escriban solas. Cuando mi padre me oía decir: «No puedo», casi siempre me replicaba con energía: «Haz un poder». ¡Y vaya si se podía! «Querer es poder—solía repetirme—. Voluntad es vida. Obra empezada está medio acabada. A Dios rogando y con el mazo dando.»

Además, nuestros padres eran hombres muy

de Dios. Sabían que para Dios no hay nada imposible; que *quien a Dios tiene, nada le falta*, y, al revés, que quien no tiene a Dios no tiene nada ni sirve para nada; y, por eso, contaban siempre con Dios y dirigían a El todas sus empresas, y Dios se encargaba de allanarles las dificultades o de darles a ellos los arrestos necesarios para vencerlas. Borrad a Dios de nuestra historia, y nuestra historia no tiene sentido: es un libro de caballerías absurdo, el más absurdo de todos: la historia de *Don Quijote*, sin el último capítulo, en que recobra el juicio el pobre hidalgo y muere cristianamente.

Así lo ha entendido con admirable sentido histórico y cristiano nuestro Católico Monarca. Cuando pueblos y gobernantes impíos se obstinan en negar a Cristo y lo arrojan de las leyes, de las instituciones, de los tronos, y, aun heridos de muerte, como Juliano *el Apóstata*, caen gritando: «¡Venciste, Galileo; pero no queremos que reines sobre nosotros», nuestro gran Rey se postra ante El en el Cerro de los Angeles y le dice:

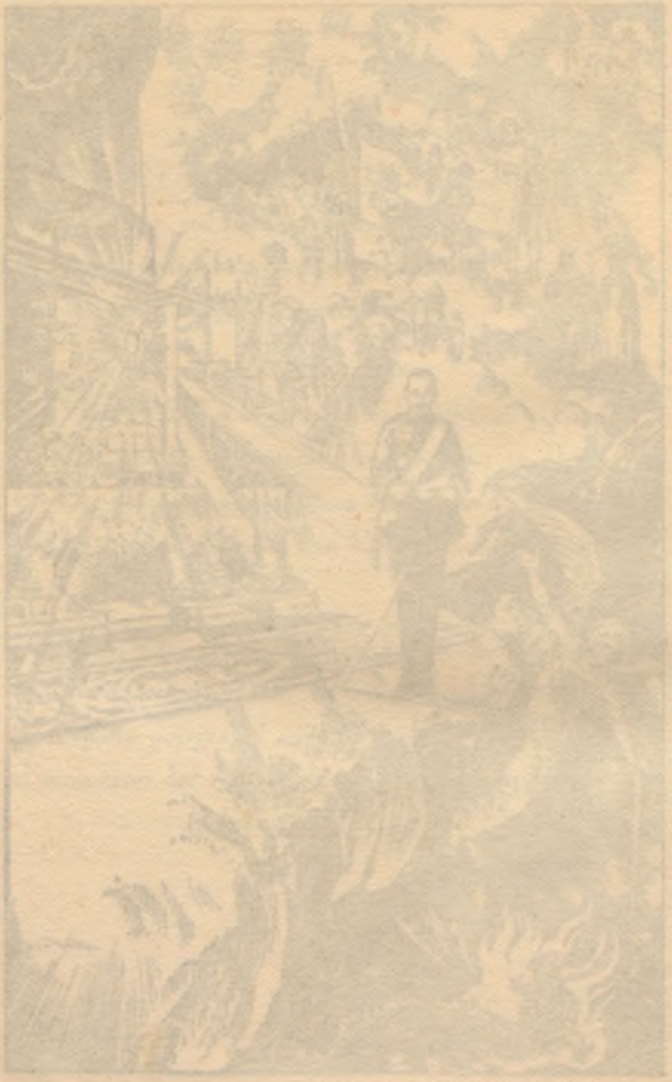
UEDATE CON NOSOTROS, SEÑOR. España, pueblo de tu herencia y de tus predilecciones, se postra hoy reverente ante este trono de tus bondades que para Ti se alza en el centro de la Península... Venga a nosotros tu Santísimo Reino, que es reino de justicia y de amor. Reinad en los corazones de los hombres, en las inteligencias de los sabios, en las aulas de las letras y en nuestras leyes e instituciones patrias... Desde estas alturas que para Vos hemos escogido, como símbolo del deseo que nos anima de que presidáis todas nuestras empresas, bendecid a los pobres, a los obreros, a los proletarios todos, para que en la pacífica armonía de todas las clases sociales encuentren justicia y caridad que haga más suave su vida, más llevadero su trabajo. Bendecid al Ejército y a la Marina, brazos armados de la Patria, para que, en la lealtad de su disciplina y en el valor de sus armas sean siempre salvaguardia de la Nación y defensa del Derecho. Bendecidnos a todos los que, aquí reunidos en la cordialidad de unos mismos santos amores de la Religión y de la Patria, queremos consagraros nuestra vida pidiéndoos, como prenda de ella, morir en la seguridad de vuestro amor y en el regalado seno de vuestro Corazón adorable.»

¡SALVE, Rey Alfonso! Tu gloria
no tendrá ya fin.
Hoy ha escrito tu nombre la Historia
con letras de fuego y carmín.

CRISTO ha bendecido ese nombre, y España
ha puesto, al besarlo, una lágrima en él.
Oyó como un trueno lejano los gritos de saña
que, al hablar Alfonso con Cristo, lanzaba Luzbel.

¡SALVE, Rey Alfonso! Cristo ha consagrado
tu cetro y corona, tu espada y blasón.
Si España peligra, si surge a tu lado
el monstruo del odio, empuña tu acero sagrado,
suelta tu león.

«Quédate con nosotros, Señor.»



CONCLUSIÓN

Un día se soltó el león. Los del *Cid* embrazaron los mantos y rodearon un escaño en que dormía su señor. Ferrán González, uno de los infantes, se metió, lleno de miedo, debajo del escaño. El otro, Diego González, salió por la puerta, gritando: «¡Ya no volveré a ver a Carrión!», y se escondió, más muerto que vivo, detrás de una viga de lagar.

En esto despertó *el Cid* y preguntó: «¿Qué pasa?» «El león que se ha soltado», le dijeron. Levantóse tranquilamente y se fué para el león. El león, al verlo, se acobardó y agachó la cabeza. Cogióle *el Cid* por la melena y lo metió en la jaula.

Vuelto a palacio preguntó por sus yernos, y nadie le supo dar razón de ellos. Comenzaron a llamarlos, y nada; no parecían por ninguna parte. Al fin salieron de sus escondrijos y, entre las burlas y risas de los cortesanos, se presentaron, demudados y sin color, en presencia del *Cid*.

(*Cantar de Mío Cid*, vv. 228-2.310.)

EN el número tres le espera un joven de Valladolid que conoce a su Reverencia y quiere saludarle.

—¿Cómo se llama?

—El se lo dirá. Dice que quiere darle una grata sorpresa.

—¿De veras?

—Eso me dijo cuando le pregunté cómo se llamaba. El es un joven como de unos veinte años, alto, bien formado y muy guapo y alegre. Conoce mucho esto, y a su Reverencia muchísimo, y le quiere... ¡Si viera con qué cariño preguntó al Hermano por usted y las cosas que le dijo!

Entré en el recibidor. El joven me conoció nada más verme.

—No he querido—me dijo—dar mi nombre al portero porque quería darle a usted una sorpresa que creo no le será desagradable.

—Desde luego; pero...

—¿Usted no me conoce?

—En este momento no recuerdo... Digo, sí. Esos ojos y esa sonrisa me son muy conocidos. ¿Usted es Gonzalo?...

—Gonzalo Enríquez, *el pequeño Almirante de Ríosequillo*, como usted me llamaba.

—Lo de *pequeño* pasó a la historia. ¡Cómo has crecido, criatura! No sabes las ganas que tenía de verte. ¿Y tu mamá y tu tío?

—Bien, gracias. El que estuvo a la muerte, no sé si sabrá, fué don Félix.

—Sí, ya me lo dijiste en una de tus cartas. Y ahora ¿cómo está?

—Como nunca. Con esto de Primo de Ri-

vera y con lo del viaje de los Reyes a Roma, parece que le han quitado de encima veinte años.

—¡Cuánto me alegro!

—El día que llegó el dicurso del Rey, temimos que le diera un ataque. El pobre viejo lloraba, reía, besaba el periódico y decía unas cosas tan tiernas... Mi tío dejó de leer. —Siga usted, por Dios—le dijo don Félix. —Mire que le va a dar a usted algo. —¡Mejor! ¿Qué mejor que morir de una gran alegría? Siga usted; y si me muero, dígale a Su Majestad que he muerto de alegría leyendo su discurso y gritando: ¡VIVA ESPAÑA!, y que he entrado en el cielo gritando: ¡VIVA ESPAÑA!, y que lo primero que he de hacer en el cielo es irme al Eterno Padre a decirle que allí hay que hacer obra para levantar al Rey de España un trono como yo diga; que lo vean hasta los chiquillos del Limbo y no se harten de gritar: ¡VIVA ESPAÑA! ¡VIVA EL REY DE ESPAÑA!

—¡...!

—Nada; que se aprendió el discurso de memoria y lo recita, ¿qué digo lo recita?, lo reza como si fuera una oración. Como que se pone a rezar el Padrenuestro, y en vez de decir: *Padrenuestro...*, dice: *Santísimo Padre*, y le larga a Dios nuestro Señor el discurso del Rey.

—¿De veras?

—Eso le dice mi tío para darle broma.

—¿También él estará muy entusiasmado?

—Como todos.

—Tú ya veo que lo estás, y me alegro.

—¿Y usted, no?

—No digo eso. Digo que me alegro de verte tan entusiasmado.

—Creo que el discurso es para entusiasmar a cualquiera. ¿Lo tiene usted ahí?

—Sí. Ahora mismo acaban de entregarme en la portería el último número de *Vallisoletana*, con este pliego, en que han impreso aparte el discurso del Rey. Está bien, ¿verdad?

—Sí, muy bien.

—A ver, léeme lo que a ti más te guste.

Gonzalo leyó con mucho sentido los párrafos siguientes:

IRCULA a torrentes, Santísimo Padre, por la Historia española la savia de la fe: si la Cruz de Cristo dejara de sombrear nuestro territorio nacional, España dejaría de ser España.

»La predicación del Apóstol Santiago y la Aparición de la Virgen en el Pilar de Zaragoza hacen ya de mi pueblo el predilecto de la Pro-

videncia; la fusión de todas las razas desparramadas por el solar hispano bajo el cetro de Recaredo, teñido en la sangre de un mártir, augura ya la misión que desempeñará mi pueblo en la Historia: la de ser el soldado de la Religión, la de ser el defensor indefectible de la Iglesia Católica.

»Por eso, cuando los sectarios de Mahoma se derraman por nuestra Península, en batallas de gigantes, en continuo jadeo de siete siglos, nuestros padres sirven de dique a aquel turbión de barbarie que amenazaba a Europa, y con Europa a la Iglesia de Jesucristo, arrojando de nuevo a los hijos del Islam a sus desiertos africanos. Y no satisfechos todavía con haber realizado *solos* la Reconquista, la Cruzada de Occidente, nuestros guerreros cierran con broche de oro las Cruzadas Orientales, sepultando en las aguas de Lepanto, allí donde flotan unidas las banderas del Pontificado con las banderas españolas, la Media Luna, que amenazaba convertir el Mediterráneo en un lago musulmán. Y en defensa de la Religión contra los sectarios de Lutero, corren nuestros tercios a las dunas de Flandes y a las orillas del Elba, como antes contra los árabes habían ido a Alarcos, y a Las Navas, y al Salado, y a Granada, aquellos caballeros de epopeya, corderos al tañido de la campana que llama

a la oración, leones al sonido del clarín que convoca a la pelea, que constituyen las Ordenes religiosomilitares de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa, cuyas veneras, como gran maestre, por delegación apostólica, ostento con ufanía sobre mi pecho, como escapulario de mis creencias, como pregón de mi arraigada fe.

»Rehecha la unidad nacional bajo los augustos Monarcas Católicos, Fernando e Isabel, Dios confía a España la misión de completar con sus descubrimientos la geografía del orbe; y las carabelas de Colón, en cuyos mástiles ondea la enseña española, surcan mares desconocidos y hacen surgir de entre las ondas el Continente americano; y un navío aprisiona por primera vez con estela de espuma, que es estela de gloria, al planeta, navío que sale de puertos españoles y por piloto lleva al legendario Elcano. Y para gloria de la Religión y grandeza de la Patria, nuestras Universidades con sus enseñanzas, y nuestros artistas con su genio, y nuestros Códigos con sus cristianas disposiciones, y nuestros mártires con su sangre, y nuestros misioneros llevando el Evangelio a las más apartadas latitudes, y nuestros teólogos, asombro en Trento por su ciencia, y nuestros místicos haciendo hablar a nuestro idioma el lenguaje de los ángeles, y nuestro pueblo con sus costumbres y

sus tradiciones de honda raigambre secular, están pregonando a través de los siglos que todos los ideales, todas las grandezas, todas las glorias de España han brotado de la tierra bendita, integrada a la vez por el patriotismo y por la Religión; porque nuestros soldados, y nuestros misioneros, y nuestros descubridores, y nuestros navegantes, y nuestros Reyes, tan numerosos que superan a las arenas del desierto, tan esclarecidos que han dejado un reguero de luz en los anales de la Humanidad, jamás enarbolaron la bandera de España sin que estuviera rematada por la Cruz, y al descubrir el Nuevo Mundo y crear veinte naciones en el Continente americano, en el pecho de aquellas naciones encendieron la fe de Cristo, aun antes de poner en sus labios la gallarda lengua de Cervantes.

»No se ha entibiado la fe de mi pueblo, Santo Padre; no se ha disminuído ni un ápice la que desde mi niñez, fruto de las maternas enseñanzas, arde en mi corazón: pregonándolo está la consagración que en el Cerro de los Angeles, con aplauso de todos mis súbditos y la presencia de mi Gobierno, hice de España al Corazón Sacratísimo de Jesús.»

Al leer las últimas palabras se conmovió Gonzalo de manera que apenas pudo pronunciarlas.

Me alargó en silencio el papel y luego añadió, sencillamente:

—Esto es lo que a mí más me gusta.

—Y a mí. Al oirte me parecía que estaba oyendo al Rey

—Dicen que él se emocionó mucho al leerlo.

—Como tú ahora.

—Mucho más, sin comparación. Y no era para menos. Presentarse como Rey de España ante el Vicario de Jesucristo a dar razón de su fe y de la de su pueblo, «el primero en los anales de la Iglesia Católica»; considerar que al través de aquellos artesones, dorados con el primer oro de América, presenciaba aquel acto el mismo Cristo; pensar que sus palabras llegarían hasta los últimos confines de la tierra, levantando, quizá, tempestades de odio, y ver que un acto o, como dicen ahora, un gesto tan de Rey había de ser tan mal recibido y tan mal interpretado por algunos de sus súbditos, era para emocionar a cualquiera, cuanto más a un hombre de gran corazón y de superior inteligencia como nuestro Rey.

—A todo esto, no me has dicho todavía qué es de tu vida.

—Ya lo sabe usted.

—Sé que terminaste la carrera de Leyes y que, por consejo de tu tío, comenzaste y debes estar

terminando la de ingeniero agrónomo; que has estado un año en Suiza y otro en los Estados Unidos; que te aburre la vida de ciudad y que piensas dedicarte a la Agricultura.

—Eso es todo. Usted recordará que en una de mis cartas le decía que había pasado una temporada deliciosa en Valdesoto, en casa de los marqueses de Canillejas.

—Sí; y recuerdo que me hacías en ella un gran elogio de aquellos señores.

—Que viven, como los antiguos señores españoles, en medio del campo, llevando a él sus propios gustos, su propia cultura y hasta sus necesidades y refinamientos, civilizando el campo y siendo en él los hermanos mayores del pueblo, de ese eterno niño que se va haciendo cada vez más huraño, cada vez más fiero y rencoroso, porque vive solo, porque cree que lo explotan como a un esclavo, porque, falto de nuestro apoyo y dirección, ha caído indefenso en las garras de los agitadores y caciques.

—¿Eso aprendiste en Valdesoto?

—No; en Valdesoto no hice más que recordarlo y sentirlo. Ya sabía yo que el verdadero españolismo no consiste en decir ¡VIVA ESPAÑA!, sino en ser nosotros tales que, al vernos, lo digan los demás. En Valdesoto se hablaba poco de España, y, sin embargo, todos sentíamos que

España estaba allí en aquellos señores que viven, entre los pobres y labriegos, la vieja, la buena vida española; que oyen la misa diaria en la soledad de sus campos; que cuidan de las flores de sus jardines y de los frutos de sus huertos; que ejercitan la caridad sin tasa ni medida; que rezan todas las noches el rosario; que bendicen la mesa; que aman a Dios y a su prójimo; que sienten la pasión honda de la Patria chica y de la grande, y han convertido su casa en un santuario de todo lo bueno, de todo lo noble, de todo lo tradicional y clásico.

—¿Y tú piensas hacer algo parecido en Ríoseco?

—No; por ahora no pienso más que en hacer de mi vida un ¡VIVA ESPAÑA! en la forma que Dios me dé a entender. ¿Usted seguirá, como siempre, enfrascado en sus infolios y pergaminos?

—Ahora los tengo algo abandonados. Estoy escribiendo un libro, para el cual me ha venido de perlas tu visita.

—¿Y cómo se titula?

—Como tu vida.

—¿Viva España?

—¡VIVA ESPAÑA!

ÍNDICE

ÍNDICE

LIBRO PRIMERO

LA TIERRA ESPAÑOLA

Páginas.

I.—El amor a la Patria es santo.—España es nuestra Patria.—Amemos a España, a toda España: amémosla como es 9

II.—Amemos a España como la amaron nuestros padres, como la amó Dios.—El día que nació España le regaló Dios un Nuevo Mundo que tenía guardado para ella. 27

III.—Fué tan grande España, que ser hijo suyo era la mayor nobleza.—Miremos bien de dónde venimos y adónde debemos ir.—La memoria de nuestros padres es lumbre de nuestra vida.—Amemos a nuestros padres y amaremos a España como ellos la amaron. 47

IV.—El gran libro de la Patria.—Todo lo que nos rodea nos habla de Dios, de nuestros padres, de nuestros héroes, de nuestros Santos, de nuestros artistas, de nuestros sabios, de nosotros mismos y de los que vendrán después de nosotros 61

I N D I C E

Páginas.

V.—¿Por qué amamos tanto a nuestra tierra?—La flor y el nido.—Un dibujo y unos versos.—El que ama mucho a su madre y a su tierra será buen soldado, y si canta, no será mal poeta. 75

VI.—Nuestro suelo.—España vista al través de unas gafas ahumadas, a simple vista y a vista de pájaro.—Los enemigos del campo son dos: la rutina y la sequía.—Amemos el campo.—El suelo de España es un hermoso tapiz tendido sobre un cofre inmenso lleno de riquezas. 91

VII.—Campos de estrellas.—El señor de Peñafiel. La fábula de la lechera.—Viajemos por España a la española.—La vida es sueño.—El Príncipe despierta.—Aquí la envidia y mentira..... 109

LIBRO SEGUNDO

LA SANGRE ESPAÑOLA

I.—Tierra heroica.—Iberos y Celtas.—La capa y la mantilla.—En el Museo Numantino.—Una uña de león.—Espadas y pucheros..... 125

II.—Amor a la independencia.—Griegos, Fenicios y Cartagineses.—Cómo unos bueyes pueden ganar una batalla.—El rodillo de Asdrúbal. Lo que no sabía Napoleón.—El juramento de Aníbal.—Los españoles en Italia..... 141

III.—El sueño de Aníbal.—La isla del Tesoro.—El león devorado por la serpiente.—Viriato. Numancia, terror de Roma.—Caída de Numancia.—Un beso del sol..... 157

Páginas.

IV.—España en tiempo de los romanos.—Agricultura, Industria y Comercio.—Emperadores y literatos españoles.—Nacimiento de Cristo. Predicación del Evangelio en nuestra Patria. La era de las persecuciones..... 177

V.—El valle del Ebro.—Visión de las siete ciudades.—Olite y Tafalla, la flor de Navarra. Ante los Pirineos.—En Pamplona..... 191

VI.—En Zaragoza.—El Pilar y La Seo.—Los aragoneses.—El Primer Sitio de Zaragoza.—La joven artillera.—Guerra a cuchillo.—Los franceses se van.—Segundo Sitio.—Honrosa capitulación 203

VII.—De Zaragoza a Barcelona.—El castillo de Monzón.—El *Cid* de toga y el *Cid* de tizona. La guerra de Cuba.—Salmo penitencial. Consejos de madre.—El catalán, de las piedras saca pan y del agua lo demás..... 223

VIII.—Barcelona, en sitio y en belleza, única.—Vista panorámica desde el Tibidabo.—Montserrat.—El elefante de Muley-Haffid..... 235

IX.—La huerta de Valencia.—El trabajo hace milagros.—La patria de las flores.—La Guerra Europea.—Sol y aire..... 241

LIBRO TERCERO

EL ALMA ESPAÑOLA

I.—*La madre de España:* Ultimos días de los godos.—El rey Don Rodrigo.—La invasión sarracena.—Batalla de la Janda o Guadibeca.

I N D I C E

Páginas.

El rey Don Pelayo.—Batalla de Covadonga. La santina asturiana..... 253

II.—*Primeros reyes de la Reconquista:* Del mal el menos.—A Favila lo mató un oso.—Los bigotes de Doña Urraca.—Alfonso I *el Católico*.—Fruela.—Alfonso II *el Casto*.—Ramiro I.—Alfonso III..... 267

III.—*El mapa mudo de España:* Abderramán III. Almanzor.—Alfonso VI.—Los Almoravides. 279

IV.—*El Cid*..... 293

V.—*La gran Cruzada española:* El Rey que ganó veintinueve batallas campales.—Los tres grandes Alfonsos: *el Batallador*, *el Emperador* y *el Noble*.—Batalla de las Navas de Tolosa. 301

VI.—*Flores de Castilla:* San Fernando.—Las lámparas de la Aljama.—Jugaba y reía.—Cómo demandó la candela.—Alfonso *el Sabio*.—Juan II.—*El Poema del Cid*.—Romances, ejemplos y serranillas 321

VII.—*Los Reyes Católicos:* El día más señalado.—Derribando castillos se levanta Castilla.—Grano a grano.—La campana de la Vela.—Lo que pasó en Granada..... 333

VIII.—*La mayor cosa después de la Creación: La Calumniada*.—¿Qué ha hecho España?—El Descubrimiento de América.—Cristóbal Colón.—¿Qué se proponía?—Colón en España. El viaje de Colón..... 353

IX.—*Voluntad es vida:* Los conquistadores de América.—Cortés y Pizarro.—Cómo mueren los héroes.—El Cardenal Cisneros.—¿Qué es más: dar una absolución o escalar un baluarte? 367

Páginas.

X.—*El águila imperial:* Carlos V Emperador. Guerra de las Comunidades.—Batalla de Pavía.—Los soldados españoles..... 387
XI.—*La España inmortal:* El gran Rey.—El Escorial.—La Armada invencible.—Lepanto.—Sabios y artistas españoles.—La Patria del sol.—Esta es Castilla..... 397
XII.—*La España inmortal* (continuación): Los leones de España.—Querer es poder.—A Dios rogando...—Salve, Rey Alfonso..... 417
Conclusión..... 427

ÍNDICE DE LAS ILUSTRACIONES

Páginas.

Primera cubierta.—Escudo de Carlos V. (Tomado de un cuaderno de las Cortes de Madrid de 1528, publicado el mismo año).
Escudo de Carlos V. (De una medalla de 1537, hecha por Hans Reinach.) 5
La Agricultura 11
Pendón de Alfonso VII 25
Escudo de los Reyes Católicos 29
El sueño de la Reina Isabel 43
La madre 57
Alfonso *el Sabio*. (Miniatura de las Cantigas. Códice escurialense j. b. 2.) 63
El pueblo natal 85
La industria 93
Arcos de San Juan de Duero 127
Vasos numantinos 139
Ruinas de Numancia 143
Batalla de Velice 149
Salida de los numantinos 173
Los Apóstoles 179
Los invasores 196
Zaragoza 205
Escudo de armas de la Puerta Real. (Poblet). 249
Alfonso VI y Alfonso VII. (Del códice de las estampas, catedral de León.) 281
Crucifijo del Cid. (Catedral de Salamanca.) .. 299
Batalla de las Navas 315
San Fernando (Córdoba) 323
Muerte de Pizarro 373
El Emperador Carlos V. (Medalla hecha en 1537 por Hans Reinach.) 396
Quédate con nosotros, Señor 425
Por la señal 435

JJ Valencia 9-1-94

A
M
D
G